Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 1



INDOEUROPEOS: MITO Y MEMORIA



UrKultur

Sumario

El mundo de los Indoeuropeos

Alain de Benoist

Más de 450 millones de representantes de la especie *Homo Sapiens* viven actualmente en Europa. Herederos de una misma cultura, tienen también un origen común. Sus ancestros son los indoeuropeos.

El término "indoeuropeo" pertenece en estricto sentido al campo de la lingüística, y secundariamente a la etnología. Comenzó a emplearse a finales del siglo XIX, época en que fueron publicados los trabajos de Franz Bopp, Alexander von Humbolt y Jacob Grimm sobre el estudio comparado de los principales sistemas lingüísticos hablados en Europa (a excepción del lapón, el finés, el húngaro y el vasco). A partir de una correlación de formas, este método comparativo dedujo (por medio de una serie de operaciones de equivalencia análogas al cálculo de proporciones aritméticas) una parentela que implicaba la necesidad lógica de un origen común. En otros términos, las actuales "lenguas-hijas" europeas tienen una misma "lengua-madre": el indoeuropeo. Fue un descubrimiento capital, que enlaza el más antiguo pasado con el corazón del más inmediato presente.

Gracias al titánico esfuerzo de los lingüistas, pudo restaurarse parcialmente, y sucesivamente, la gramática, la sintaxis y el léxico del indoeuropeo. Por convención, se distinguen tres etapas sucesivas de esta lengua: el protoindoeuropeo, el indoeuropeo común (fase inmediatamente precedente a las primeras dispersiones) y el indoeuropeo tardío o veteroindoeuropeo, casi con toda seguridad hablado en una zona que abarca desde las estepas rusas al norte del Caspio hasta las orillas surorientales del Báltico.

Además de un amplio conjunto de lengua hoy día desaparecidas (ilirio, macedonio, hitita, tocario, véneto, tracio-frigio etc.), la familia de las lenguas

derivadas del indoeuropeo común comprende las formas arcaicas de las lenguas indioarias (sánscrito, hindi, pali, antiguo persa), así como el griego, el albanés y la totalidad de las lenguas eslavas, bálticas, célticas, germánicas y latinas.

Los investigadores no tardaron en preguntarse sobre el origen de estos pueblos que hablaban estas lenguas al salir de la prehistoria.

"Se considera entonces –escribe Bosch-Gimpera– la existencia de un pueblo primitivo (el "*Urvolk*" de la escuela alemana), cuya cuna ("*Urheimat*") los más sitúan en los confines entre Asia y Europa, hablando una lengua original ("*Ursprache*"), de cuyos dialectos derivan las lenguas indoeuropeas históricas".

Dos tesis sobre la "Urheimat"

Innumerables polémicas, en las que nunca estuvieron ausentes las implicaciones políticas, se han mantenido sobre la cuestión del origen o de la Patria Ancestral de los indoeuropeos.

La lingüística constituye la más fuerte base para establecer las indicaciones precisas. "El indoeuropeo común –observa de nuevo Bosch-Gimpera– comprende una serie de términos que designan una flora, una fauna y un clima propio de las regiones templadas, más húmedas que secas y más frías que calurosas (…) Numerosas lenguas indoeuropeas utilizan palabras vecinas para designar los mismos animales: el oso, el lobo, el castor, la ardilla; los mismos árboles: abedul, haya, sauce; y otros términos generales: miel, frío, hielo, nieve. Todo esto nos sugiere sin duda que los dialectos indoeuropeos, antes de su dispersión, eran hablados por individuos que habitaban una región templada, boscosa y continental".

La idea de un origen "asiático" de los indoeuropeos, avanzada en 1888 por Max Müller y después por Arbois de Jubainville, C.F. Keary y William Ripley, ya no es defendida en la actualidad por ninguno de los investigadores serios, los cuales se enfrentan en dos escuelas.

La tesis nórdica, o germánica, se funda en los caracteres somáticos atribuidos a los pueblos indoeuropeos por los textos antiguos. Estos caracteres (cabellos rubios, ojos azules o claros, talla elevada, labios finos, prominencia del mentón dolicocefalia, etc.) son específicos de las subrazas nórdicas, formadas a partir de un sustrato cromañoide en un territorio comprendido entre las riberas del mar del Norte y el Báltico y su Hinterland. En 1878, Theodor Poesche sitúa la "*Urheimat*" en la actual Lituania; el lituano parece ser, en efecto, la lengua viva indoeuropea más cercana al indoeuropeo común. A los argumentos antropológicos se añaden los argumentos lingüísticos y arqueológicos, Karl Penka (*Die Herkunft der Arier*, 1886) sitúa el hogar de nacimiento de los indoeuropeos en el norte de Alemania y la Escandinavia meridional. Sus tesis son completadas por Isaac Tylor (1888) y Hermann Hirt (*Die Urheimat der Indogermanen*, 1892). En 1902, Gustaf Kossinna, fundador de la revista "Mannus", propone una Patria Ancestral situada en la

Alemania central. La validez de la tesis nórdico-germana será aceptada por Harold Bender, Hans Seger, Schachermeyer, Gustav Neckel, Ernst Meyer, Julius Pokorny (el gran restaurador de la lengua céltica original), Stuart Mann, etc. También ha sido repropuesta recientemente por Nicolas Lahovary, Paul Thieme y el gran historiador del sánscrito Raim Chandra Jaim (*The most ancient Aryan Society*, 1974).

La segunda tesis, y la más corroborada por la arqueología, es la de una "*Urheimat*" situada en la Rusia meridional. Otto Schrader la presentó por vez primera en 1890, seguido por V. Gordon Childe (*The Aryans*, 1926), Walter Schulz (1955), R.A. Crossland (1957) y, sobre todo, por el gran prehistoriador español Pedro Bosch-Gimpera, quien, en 1961, escribía: "El agregado étnico que habrá de dar lugar a la formación de los pueblos indoeuropeos se manifiesta en los entornos del primer neolítico. El indoeuropeo es un pueblo nacido dentro del neolítico, y sus primeras representaciones materiales evidenciadas por la arqueología –datadas aproximadamente en el V milenio aC– son estrictamente neolíticas. Este rol parece corresponder a ciertos grupos étnicos del sur de la Rusia contemporánea" (*Los Indoeuropeos*, 1961).

La idea de una Patria Original rusomeridional ha sido particularmente defendida por la arqueóloga Marija Gimbutas en sus dirigentes trabajos publicados desde 1954. Para Gimbutas, los pueblos nómadas de la cultura kurgan (los "*kurgan*" son la primera manifestación conocida de los túmulos funerarios), que a partir del cuarto milenio antes de nuestra era penetran en la cuenca del Danubio procedentes del Este y darán lugar a la cultura balcánica veteroeuropea, la primera que se desarrolla independientemente tanto de las culturas eneolíticas eurooccidentales como de las nacidas en Mesopotamia (los protosumerios) y la cuenca mediterránea, son los indoeuropeos. La cultura kurgan es de naturaleza indoeuropea, y sus representantes deben ser considerados los primeros indoeuropeos.

Las dos tesis no son inconciliables. Un autor como Ward Goodenough (*Pastoralism and Indo-European Origins*, 1970) ha propuesto interpretar a los pueblos kurgan como una simple extensión pastoril de una cultura indoeuropea que se habría desarrollado en la Europa septentrional; esto es, una parte de estos pueblo que, después de haber destruido la cultura paleolítica europea, habrían descendido hacia el sur (los "pueblos del hacha de guerra" o "*Streitaxtvölker*") difundiendo primeramente las técnicas de la piedra pulimentada y después de la metalurgia del bronce, y que habrían sido los ancestros de los luvitas, los hitittas y los griegos micénicos. Elementos de esta cultura permanecerían en la Europa central antes de formar los contingentes de una ulterior diáspora. Esta teoría, muy convincente para Adriano Romualdi, es lógica para Hans Krahe, quien distingue, sobre el plano lingüístico, entre la lengua veteroeuropea ("*Altereuropaïsch*" –no confundir con los "pueblos viejoeuropeos" [paleolíticos o eneolíticos, no indoeuropeos, como los ligures] de los que habla Marija Gimbutas) y el indoeuropeo ("*Indogermanisch*") propiamente dicho. También goza del favor de James Mallory, autor de uno de los

ensayos más recientes sobre la cuestión (*A short history of the Indo-European Problem*, 1974). La Patria Original podría entonces situarse en una zona circunscrita entre el Elba y el Vístula, limitando al norte con la península de Jutlandia y al sur con los montes Cárpatos.

Estructuras sociales

"Atestiguados históricamente" hacia el segundo milenio antes de nuestra era, los indoeuropeos ya han dejado una larga historia tras ellos. "La arqueología les hace remontar a los principios del neolítico –precisa Bosch-Gimpera. Las raíces de su formación étnica habría que situarlas en el mesolítico".

"Hacia el 8.000 aC –subraya Geipel–, los glaciares escandinavos se retiran definitivamente hacia el norte. Las Islas Británicas se separan del continente. El Báltico encuentra su unión con el mar del Norte. La tundra deja paso a los bosques de coníferas. Europa pasa a tener un clima templado".

A partir del segundo neolítico, los grupos indoeuropeos son ya semisedentarios. Los hombres se dedican a la ganadería, las mujeres y los jóvenes practican una agricultura rudimentaria. Este nuevo tipo de economía sucede a otro modo de vida: el de los grandes cazadores, que practican el nomadismo sobre territorios muy extensos y cuyos miembros se reagrupan en base a la edad. El resultado es una explosión demográfica que va a provocar una completa transformación de la vida social.

Es el momento en que los "genos", o grandes familias de carácter exogámico –término derivado de la raíz indoeuropea *°eg-*, que designa la idea de "sí-mismo"; cfr. latín "*ego*"–, comienzan a asociarse entre sí, a fin de preservar las propiedades hereditarias en común e impedir la dispersión de los jóvenes y los válidos. Cada genos, entonces, establece o refuerza la regla exogámica y la organización patrilocal en el cuadro de una serie de asociaciones tribales con los demás genos, a través de alianzas selladas por matrimonios según una estructura relativamente rígida, a base de obligaciones y de prestaciones recíprocas. No comprendiendo más que a los hombres libres, los "bien nacidos" ("ingenuo" = "*in genos*"), los genos se convierten en una "comunidad de sangre". Como tal, se distingue de la comunidad económica, el "domos" –de la raíz indoeuropea *°dms*–, que es el conjunto formado por el genos y la nueva clase de los no-propietarios, esclavos o siervos libres. En un nivel superior, una distinción similar se establece entre el "*wenos*" (raíz *°ewg-*, con el significado de "nosotros" cfr. inglés "*we*", alemán "*wir*") o comunidad por alianza resultante de la unión de varios genos, y la comunidad económica correspondiente, el "*weikos*" (cfr. latín "*vicus*", castellano "*villa*").

Ulteriormente, estructuras sociales más complejas (ciudades-Estado, reinos, etc.) se establecieron sobre la misma base, el "pueblo" se definía así como una extensión del "nosotros", como conjunto de hombres y mujeres ligados por alianzas los unos a los otros. La noción de "*ethnos*" (indoeuropeo *°sw-edh-nos-*) deriva

directamente del *ºswe-*, es decir de la comunidad de sangre asegurada por el intercambio de matrimonios en el interior del *wenos*.

En la base, el sistema social es fundamentalmente patriarcal. El genos se define por identificación al "ego paterno", representante de una estirpe que se remonta hasta *ºDeiwos Pitar*, el "Padre de lo Alto", es decir el Dios Supremo. Si, en ciertas sociedades primitivas de tipo agrícola, una muerte ritual (la "muerte del padre" en la doctrina de Freud) simboliza la destrucción de la filiación paterna y asegura la validez de la sola descendencia matrilineal, entre los indoeuropeos, el "parto del padre" en la filiación está simbolizado por el ritual de la "covada". El padre engendra simbólicamente y reconoce al hijo haciéndole pasar sobre (es decir, "entre") las piernas, simulando el alumbramiento. En el vocabulario del indoeuropeo común, la madre (la voz "mater" está fuertemente asociada al principio "material") es "la que trae al mundo". Solamente el padre "engendra", es decir "introduce en el seno" del genos. El "engendrar" y el "genos" comparten la misma raíz (*ºgen-*).

El soberano electo

Allí donde las circunstancias animan a los genos a dotarse de una autoridad general, esta recae necesariamente sobre uno de los patriarcas, uno de los jefes de genos elegido por consenso. "El rey es a sus súbditos lo que el padre a sus hijos" (Aristóteles). El rey (raíz *ºreg-*, con el sentido de "elevado"; cfr. latín "*rex*", céltico "*rix*", sánscrito "*rajá*") es elegido por sus "pares", sus iguales. En cierta época histórica, esta delegación de poder pasa de ser provisional a permanente, pasando entonces la monarquía a ser hereditaria. En sus orígenes, el rey está sujeto al control de los patriarcas, en el seno de un consejo de notables o asamblea, similar a la "sahba" de los indoarios, a la "gerusía" de los helenos, al "senado" romano, al "*thing*" germánico, al "*althing*" celta, etc. El rey es elegido por sus iguales, a los que está sujeto, al tiempo que gobierna en nombre de *Deiwos Pitar*, Padre de lo Alto (griego "Zeus Patr" [pronunciado "*Tseus Patér*"], latín "*Deus Iovis Pater*", más tarde "*Júpiter*").

La forma elemental de la soberanía entre los indoeuropeos es, pues, una suerte de aristodemocracia en la que el monarca ejerce una doble función religiosa y política, inseparable la una de la otra. Toda sociedad indoeuropea es una sublimación del genos, donde la cohesión social está asegurada por la proyección de esta estructura original en una superestructura religiosa y política. Términos indisociables, porque entre los indoeuropeos la sociedad de los dioses es una proyección de la sociedad de los hombres. El culto cívico es, asimismo, una extensión del culto doméstico, responsabilidad del padre.

Pastores, agricultores y guerreros, los indoeuropeos trabajan la alfarería y practican la metalurgia. "La arqueología evidencia que domesticaron al perro, fueron los primeros en montar a caballo y utilizaban los bueyes como bestias de carga", escribe Bosch-Gimpera. Los rebaños son símbolo de la prosperidad. El término

indoeuropeo **peku-* designa a vez la riqueza personal (cfr. latín "*pecunia*", francés "*pécule*") y al ganado (cfr. latín "*pecus*", sánscrito "*pasu*", gótico "*fehu*").

La visión del mundo

Los trabajos de los indoeuropeistas, particularmente de Georges Dumézil, han demostrado la existencia, incluso antes de las primeras dispersiones, de una "ideología" indoeuropea común, de una estructura mental específica conformada por una misma visión del mundo que se manifiesta en una particular concepción del hecho religioso, de la sociedad, de la soberanía, de las relaciones entre los hombres y entre los hombres y los dioses, por una teología, una liturgia, una poesía y una literatura épica comunes. Esta "ideología", escribe Dumézil, es "obra de pensadores cuyos sucesores son los brahamanes indoarios, los druidas celtas y los colegios sacerdotales romanos". (*La ideología tripartita de los indoeuropeos*, 1958).

En el dominio de la poesía, los trabajos de Antoine Meillet y Roman Jakobson, ampliados más tarde por Calvert Watkins y Donald Ward, han revelado estructuras análogas entre las literaturas griega, védica, eslava e irlandesa que solamente pueden explicarse por una herencia común y que hacen presuponer la existencia, en las primeras comunidades indoeuropeas, de una corporación de "cantores-poetas", semejantes a los "ollaves" irlandeses o los "escaldos" de la vieja Escandinavia.

A propósito de la sociedad indoeuropea, Donald Ward (*On the poets and poetry of Indo-Europeans*, 1973) reanuda la fructífera distinción, introducida por Margaret Mead (*Cooperation and competition among primitive peoples*, 1937), entre "shame cultures" o "culturas de la vergüenza" y "guilt cultures" o "culturas de la culpa". En las "shame cultures", la noción ética fundamental es la del honor, el poder mirarse a la cara. Esta ética del honor implica un lazo directo con el medio sociocultural; un acto despreciable quita honor al nombre y, en consecuencia, implica a los ancestros y a los descendientes. En las "guilt cultures", la falta es objetivizada por un tercero supremo, que interioriza e individualiza la sanción; los dogmas revelados definen una moral del pecado. Según Ward, la noción de "vergüenza", común a los griegos, latinos, celtas y germanos, es típicamente indoeuropea, por oposición a la noción de "pecado", característica de los grandes sistemas metafísicos universalistas de origen abrahámico y semita.

Caracteres específicos

Toda la historia de la antigua Europa se articula en torno a las dos grandes olas migratorias de los indoeuropeos. La primera hay que situarla entre el 2.200 y el 2.000 antes de nuestra era. De ella proceden las sociedades iránica y védica, el imperio hitita y los reinos de la planicie Anatólica, las civilizaciones históricas de los griegos y los latinos, los celtas y los germanos. Al Oeste, los indoeuropeos ocupan la península Ibérica, las Galias, las islas Británicas y Escandinavia. Al Sur, según la cronología tradicional, la ciudad de Roma se funda en el año 753 antes de nuestra

era. Al Este, una rama de los pueblos indoeuropeos (los tocarios) se adentran más allá de las fronteras actuales de China, dejando sentir su influencia en los "reinos bárbaros" del norte del país. El filólogo Hans Hensen ha demostrado que palabras chinas como "*mi*" (miel), "*yen*" (ganso, oca), "*ch´yan*" (perro; cfr. francés "*chien*"), "*ma*" (caballo), tienen origen indoeuropeo.

Gracias a la doma del caballo y al uso de carros de combate, los pueblos indoeuropeos se lanzan, en oleadas sucesivas, a la conquista del mundo. Durante siglos, una de las señales del "hombre de bien" será la posesión de un caballo, que imprime la consideración del "caballero", el "equite" romano, el "reiter" germánico, el "chavalier" de los francos. Sin embargo, subraya Nicolas Lahovary, "es necesario considerar ante todo estas conquistas como un resultado mayor que la mera superioridad militar. Antes que en las condiciones materiales, deben interpretarse como consecuencia de ciertas cualidades psicológicas, de la fuerza de carácter de los individuos y, por extensión, del grupo étnico. No otro es el secreto de la prodigiosa expansión de los indoeuropeos a costa de pueblos inteligentes cuya civilización, en muchos casos, estaba más desarrollada que la propia".

Después de recordar la historia de estas migraciones, de un modo por otra parte bastante sumario y confuso, John Geipel examina la distribución de las características físicas propias de los antiguos europeos: estatura, color de cabello y ojos, índices cefálicos y faciales, etc.

Sus observaciones en algunos casos obtienen resultados inesperados. "Puede ser significativo, por ejemplo, que en las regiones de Europa donde todavía existe una superposición vertical de las mandíbulas que no ha sido suplantada por el avance de la mandíbula superior, son precisamente las regiones donde las consonantes silábicas (como la "*th*" anglosajona) son utilizadas por la fonética de las lenguas locales".

El parentesco interetnológico de los pueblos indoeuropeos está confirmado por la distribución específica de los grupos sanguíneos 0 (de un 45 a un 75 % de los sujetos), A (de un 5 a un 40 %) y B (de un 4 a un 18 %).

John Geipel también ha estudiado la fisonomía de los actuales europeos, antes de lanzarse al estudio de las "razas de Europa", ante el cual habría topado inevitablemente con fuertes reticencias poco científicas.

"El hombre que llega a la antigua Europa es ya un mestizo, y nosotros, sus descendientes, no somos otra cosa". Pero todo individuo es un "mestizo" en la medida en que es el resultado de un cierto número de cruces, comenzando por el de sus padres. Geipel subestima la ingenuidad de su público si pretende hacerle creer que las características raciales son siempre relativas.

La raza es una noción dinámica y estadística. Se define por la frecuencia media de un cierto número de genes que determinan, en una población dada, las características o las predisposiciones fisiológicas, patológicas y psicológicas.

Proponer, como el profesor Livingtone, reemplazar este término por el de "línea de frecuencia", no es sino jugar con las palabras, porque es precisamente en la combinación de las "líneas de frecuencia" donde los antropólogos extraen la definición racial de los grandes grupos humanos.

Georges Montandon fue el primero, allá por 1933, en sustituir la idea de "homogeneidad racial" por la de "raza pura", expresión equívoca sin valor científico y, por otra parte, fácil de refutar. El fenómeno humano se caracteriza por una diferenciación cada vez mayor fácilmente observable, y no hay un lugar donde suponer que "la indiferencia del origen es un hecho histórico" (John Geipel).

Geipen también asegura que "el lenguaje y la etnia no ejercen ninguna influencia el uno sobre la otra". Esto es bien cierto para el ejemplo que propone (los negros anglófonos de Norteamérica). Pero la reaparición de la morfología propia de las lenguas africanas (aglutinantes) en los dialectos antillanos o en el "*black english*" (la jerga de los getthos negros de los EEUU) no deja de ser reveladora.

De una época a otra, el contexto varía. El advenimiento que fue la "revolución neolítica" provocó la puesta en marcha de grupos humanos que, hasta el momento, habían permanecido aislados durante todo el periodo de formación de las razas. "Este aislamiento condiciona la diferenciación racial –escribe Giorgio Locchi–, al igual que un aislamiento lingüístico condiciona una extrema diferenciación de la lengua. No es arriesgado afirmar que al final de esta época de la humanidad (al término de la glaciación de Würm), a cada grupo racial corresponda una lengua específica" (*Linguistique et sciencies humanines*, en "Nouevelle École", abril 1968).



Los Indoeuropeos. La memoria de Europa

José Javier Esparza

Todos los pueblos tienen mitos. Los mitos construyen pueblos. Los mitos estructuran mentalidades: dan a los pueblos cohesión cultural y les disponen para la conquista de su futuro. Cuando los mitos desaparecen, los pueblos mueren espiritualmente; ya nada les une, no se ve una procedencia común - luego deja de verse un futuro común. Los mitos no desaparecen con las "Luces"; *sencillamente, unos mitos (los de las* "Luces"*) suplantan a otros mitos (los originarios, los fundadores). Hoy Europa ha perdido sus mitos. ¿Encontrará su futuro? Sólo podrá encontrarlo si contempla su más antiguo pasado. Ese pasado es indoeuropeo. Los indoeuropeos no son un mito: existieron. Pero en sus mitos cabe encontrar el sustrato común que estructura las mentalidades europeas. Aún hoy. ¿Mañana?*

El Mito y la Memoria

El profesor **Dumézil** escribe: *"El país que ya no tenga leyendas* -dice el poeta- *está condenado a morir de frío. Es harto posible. Pero el pueblo que no tuviera mitos, ese pueblo estaría ya muerto"* (1). Y es célebre el aforismo de **Nietzsche:** el hombre de más larga memoria es el de mayor futuro. La memoria de los pueblos es el mito. Cuando se pierde el mito, la memoria se disuelve y la actitud ante el futuro se reduce a un mero esperar. Esperar, ¿qué?: una muerte dulce. ¿Y no es éste el caso de Europa? Europa ha olvidado sus mitos. Revitalizarlos exige poner en perspectiva el pasado. Ese pasado, para los pueblos de Europa, sólo puede encontrarse en el origen fundador de su cultura: la gran matriz indoeuropea. Pero desvelar esa matriz implica eliminar buen número de prejuicios de nuestros contemporáneos. Prejuicios contra el mito y prejuicios contra lo indoeuropeo.

¿El mito? La modernidad ha denostado siempre los mitos, considerándolos simples supercherías para almas primitivas. Sin embargo, hace ya algunos años que

se revaloriza el mito; hoy se ha "descubierto" que el mito tiene una función social definitoria. Esa función, según Dumézil, consiste en *"expresar dramáticamente la ideología de que vive la sociedad, mantener ante su conciencia no solamente los valores que reconoce y los ideales que persigue de generación en generación, sino ante todo su ser y su estructura mismos, los vínculos, los equilibrios, las tensiones que la constituyen; justificar, en fin, las reglas prácticas tradicionales sin las cuales todo lo suyo se dispersaría"* (2). Es decir, que el mito no es el "cuento", no es la superchería; es la *magia* (en el sentido en que la entiende **Sánchez Dragó**), es el conjunto de valores que pueden estructurar a perpetuidad la cultura de un pueblo y que, aunque se olviden de vez en cuando, pueden siempre volver. Europa debe reencontrar *(re-crear)* sus mitos.

Y los indoeuropeos. Gran prejuicio de la sociedad occidental. Y prejuicio antiguo. En primer lugar, porque lo indoeuropeo se opone a la vieja tesis de la procedencia semito-camítica de toda civilización. En segundo término, porque, a raíz de que el pangermanismo monopolizara lo indoeuropeo (produciendo consecuencias que todos conocemos y de las que resulta ocioso hablar), el término *"indoeuropeo"* despierta infaliblemente numerosos fantasmas políticos e ideológicos. Hoy es ridícula cualquiera de las dos posturas. La primera, porque las más recientes investigaciones en historia y en arqueología confirman la existencia de poblaciones europeas con cultura autóctona evolucionada previas a los primeros contactos con el Oriente Medio; ejemplifican este punto las investigaciones del arqueólogo británico **Colin Renfrew** (3). En cuanto al prejuicio político, es ridículo porque nadie puede atribuirse exclusivamente el patrimonio indoeuropeo; todos los europeos somos, al menos parcialmente, de origen indeoeuropeo; la cultura europea pertenece a portugueses y alemanes, a latinos, a hindúes e irlandeses... Nada tan miserable como culpabilizar la memoria de un pueblo por estrechas motivaciones políticas. Y sería un buen ejercicio intelectual averiguar quién es el interesado en culpabilizar la memoria de Europa.

Decía **Castelar** en una famosa frase: *"Los pueblos que olvidan la historia de sus antepasados, decaen miserablemente; porque pierden, con la gratitud, la memoria, y, con la memoria, la ciencia"*. Los mitos fundadores, la memoria de Europa, están en los indoeuropeos. Sumergirse en ellos, estudiarlos, interpretarlos, significa abrir los oídos a la llamada de nuestros más antiguos antepasados.

Los indoeuropeos

Como se sabe, *"Indoeuropeo"* es en origen un término lingüístico que nació cuando se publicaron, en el siglo XIX, los trabajos de **Franz Bopp, Alexander von Humboldt** y **Jakob Grimm** sobre el estudio comparado de los sistemas lingüísticos de las principales hablas europeas (salvo el húngaro, el finés, el vasco y el lapón). A partir de una correlación de forma, este método comparativo, por medio de una operación de equivalencia análoga a los cálculos de proporción aritméticos, deduce un parentesco que plantea la necesidad lógica de un origen común; es decir, la existencia de una *"lengua madre"* para las *"lenguas hijas"* europeas.

Sucesivamente, se estableció la gramática, la sintaxis y el léxico del indoeuropeo común. Y si había un lenguaje indoeuropeo, habría un pueblo indoeuropeo -o varios pueblos, como parecen indicar todos los datos. Como escribe **Pedro Bosch Gimperá**, *"se considera a partir de entonces la existencia de un pueblo primitivo* (el Urvolk de la escuela alemana), *cuyo territorio* (Urheimat) *se sitúa con frecuencia en Asia, que hablaba una lengua originaria* (Ursprache)*, fuente de los dialectos de los cuales derivarán las lenguas indoeuropeas históricas"* (4).

¿Cuál es ese *Urheimat*, el territorio original? A partir del vocabulario se puede saber que los pueblos indoeuropeos vivían en *"zonas templadas, más húmedas que secas y más frías que calientes"* (5), o en *"una región templada, boscosa y continental"* (6). Esa región ha sido situada en diversos lugares, pero hay tres tesis fundamentales sobre el origen de los indoeuropeos. La primera es la del origen asiático, formulada por **Max Müller** en 1888 y seguida por **H. d'Arbois de Jubainville, Keary** y **Ripley;** hoy no es defendida por nadie. La segunda tesis propone un origen nórdico o germánico, basándose en las características físicas que los textos antiguos atribuyen a los indoeuropeos; el territorio original estaría entre los mares Báltico y del Norte, ya fuera en Lituania (7), en el norte de Alemania y Escandinavia meridional (8) o en Alemania Central (9). La tercera propuesta, defendida entre otros por **Gordon Childe** y Bosch Gimperá, cree encontrar el territorio indoeuropeo original en Europa central o Rusia meridional (10). Otros autores tratan de conciliar las dos últimas tesis (11). En definitiva, como resume **Alain de Benoist**, *"el hogar primitivo podría situarse en una zona circunscrita entre el Elba y el Vístula, que se extiende hasta Jutland por el norte y hasta los Cárpatos por el sur"* (12).

En ese núcleo originario vivieron los pueblos indoeuropeos, que según Bosch Gimperá aparecen étnicamente en el mesolítico y arqueológicamente a inicios del neolítico. En el segundo neolítico -siempre según Bosch Gimperá- son ya semisedentarios y se produce una explosión demográfica que transformaría la vida social. Vendrá entonces la dispersión, que tendrá lugar en dos olas migratorias: la primera hacia -2.200 y la segunda hacia -1.250. Los indoeuropeos se expanden por los cuatro puntos cardinales. Hacia el este, crearán las sociedades iraní y védica, el imperio Hitita y el reino de los llanos de Anatolia; el sur lo ocuparán los griegos y los latinos; el centro, los celtas y los germanos; hacia el norte ocuparán Escandinavia. A España llegaron en la ola migratoria del Oeste, la misma que cruzó Francia y alcanzó las islas Británicas; **J. Carlos Alonso** ha sostenido la influencia indoeuropea en Tartessos (13); Sánchez Dragó nos recuerda la insistencia, en la arqueología española, de elementos como la escritura ógmica, las svásticas o los dólmenes -de no ser que éstos tuvieran ascendencia "atlante", lo que nos abre un tema que podremos tocar en otra ocasión (14); el mismo Sánchez Dragó refiere la teoría de **Roso de Luna** (indemostrable, pero también irrefutable) acerca de la invasión del Bierzo por indoescitas y parsis nada menos que *"en época pre-diluvial"* (15); y la herencia indoeuropea no se olvidó durante cierto tiempo, a juzgar por los motivos ornamentales que adornan nuestros códices medievales -y en particular un

"Beato" del siglo XI en el que las alas de cuatro ángeles sirven al artista para formar una de esas espirales crucíferas y laberínticas que con tanta frecuencia aparecen en los jeroglifos, runas o dibujos de inspiración céltica o nórdica (16). Por otra parte (y ya fuera de España), **Hans Jansen** ha avanzado la tesis de que pueblos indoeuropeos han influido en los "reinos bárbaros" del norte de China, lo que coincide con la sugerencia de Dumézil de que pudieron haber contactos entre indoeuropeos del este y japoneses en Siberia Oriental. Pero aún hay más. A principios de este siglo, el hindú **Bal Gangadhar Tilak** formuló un *"origen ártico"* de los indoeuropeos basándose en los libros sagrados védicos; de este origen ártico provendría la mítica hiperbórea, la leyenda del "país de las largas noches" y la Blanca Isla de Thule (17).

Esta tesis es, si no corroborada, al menos parcialmente confirmada por un trabajo de los investigadores soviéticos **G. M. Bongard-Levin** y **E.A. Grantovskij**, que fundamentándose en argumentos astronómicos y geográficos, y en estudios sobre el modo de vida y la etnología de los "pueblos de la Taiga", defienden una estancia prolongada de un grupo indoeuropeo hacia -3000, grupo del cual saldrían los Shaka de la India y los Escitas (18).Como se ve, es imposible hacer una sucesión cronológica coherente ante la cantidad de datos contradictorios (y sin embargo, ciertos) que se nos ofrece.

¿Cómo pensaban y cómo vivían los indoeuropeos? Todo lo que de ellos sabemos se debe a los estudios comparativos sobre los textos hindúes, griegos, latinos, irlandeses y escandinavos. Basándose en **Jean Haudry** y **Mircea Eliade, Eugenio Gil** ha definido la religión indoeuropea con siete notas características: politeísta, pluralista, no-proselitista, no-dogmática, abierta y dinámica, comunitaria, y mítica en cuanto saber y estilo de explicación del mundo. A partir de los estudios actuales sabemos que la religión prefiguraba la estructura social y política, generalmente patriarcal, donde el rey era elegido por sus iguales de entre los jefes de familia (o de *"genos")* y controlado por la asamblea de jefes familiares; un sistema que podría definirse como *"aristo-democracia"*. Todo ello conduce hoy a la certeza de que los pueblos indoeuropeos no eran un conjunto de tribus dispares a las que sólo unía una cierta similitud lingüística, sino que se trataba de pueblos con una estructura mental específica, con una concepción particular del hecho religioso, de la sociedad, de la soberanía, de las relaciones entre los hombres y los dioses, y con una teología, una liturgia, una poesía y una literatura épica comunes. En definitiva, una *"ideología"* común que ha sido redescubierta en este siglo por Georges Dumézil. Dumézil no emplea el término *"ideología"* en el sentido "ilustrado" de la palabra (construcción mental abstracta de un orden utópico), sino que con él trata de designar la *"visión-del-mundo"* de un conjunto humano determinado. A esta acepción nos remitimos. Así, la ideología indoeuropea será la concepción según la cual el mundo y la sociedad no pueden vivir si no es por la colaboración armoniosa de las tres funciones superpuestas de soberanía, fuerza y fecundidad.

Dumézil y los estudios indoeuropeos

Fue en la primavera de 1938 -cuenta Dumézil- *cuando, después de tres lustros de tanteos penosos, reconocí las grandes correspondencias que impelen a atribuir a los indoeuropeos, antes de su dispersión, una teología compleja, constituida en torno a la estructura de las tres funciones de soberanía, fuerza y fecundidad"* (20). En otros términos: la primera función es la administración de lo sagrado, del poder y del derecho; la segunda función es la administración de la fuerza física, y muy frecuentemente la guerra; la tercera función es la fecundidad, la producción y la abundancia material.

Georges Dumézil, a quien **Claude Levi-Strauss** atribuye *"una organización mental de capacidades fabulosas, cuyo secreto no se esperaría hallar más que en sus genes, faena que la ciencia biológica desalentaría en el acto"* (21), nació en 1898 y desde muy joven se consagró al estudio de los indoeuropeos. Sus méritos tardaron mucho en ser reconocidos; sus investigaciones sólo llegaban a un reducido círculo de especialistas hasta que en el invierno 1972-1973 la prestigiosa revista *NOUVELLE ECOLE* le dedicó un número especial elaborado bajo la responsabilidad del profesor **Jean-Claude Riviere** (22). Esto aumentó el campo de interés sobre Dumézil, que finalmente ingresó en la Academia Francesa en 1979. Hoy se reconoce a Dumézil como el principal exponente de la Escuela denominada "Nueva Mitología Comparada". Pero su obra trasciende la mitología para entrar en la lingüística, la sociología, la historia de las religiones y la historia en general. Sus primeros seguidores, aparte del citado Riviere, fueron **Chr. Guyonvarc'h, F. Le Roux, L. Gerschel, A. Yoshida;** además destacan **Puhvel** (que le dió a conocer en los Estados Unidos), **Grisward** (que introdujo la epopeya medieval en el campo de los estudios indoeuropeos) y **Batany** (cuyo artículo en *ANNALES*, en 1963, inspiró el libro de **Duby** *De las tres funciones a los tres estados*).

Entre las principales aportaciones de Dumézil, y al margen de las que afectan a la metodología de las Ciencias Sociales (de las que nos ocupamos en un anexo en este artículo), el profesor Riviere cita dos que nos parecen particularmente importantes. En primer lugar, la constatación de que los indoeuropeos no son tribus primitivas, como defendía el etnosociólogo norteamericano **F. Boas,** sino *"representantes de una civilización evolucionada, con una ideología que implica una visión original del mundo humano y divino, poseedores de una organización estructurada de la sociedad, de una literatura épica, de concepciones económicas y jurídicas propias, etc"* (23). Por otra parte, la constatación de la pervivencia de la estructura trifuncional, si no como organización real de la sociedad, sí como organización ideal, hasta muy adentrada la época histórica, en celtas, hindúes y escandinavos; constatación a la que se suma el hecho de que todos los pueblos no indoeuropeos que asimilaron textos fundadores indoeuropeos los perdieron o los modificaron hasta el punto de ser casi irreconocibles, como ocurrió con los textos osetas (indoeuropeos) deformados por los abjazes, atars o inguches (no indoeuropeos), ejemplo que plantea el propio Dumézil en la introducción al primer volumen de su *Mito y Epopeya* (24). Muchas

sociedades han visto el modelo social trifuncional como modelo ideal de organización. El esquema tripartito ha sido vivido por japoneses, indios americanos y algunas tribus africanas -que no habían tenido ningún contacto con los indoeuropeos. Pero la peculiaridad indoeuropea consiste en la perfecta adaptación de ese modelo social con el panteón divino, es decir, en la perfecta correspondencia entre la comunidad de los hombres y la comunidad de los dioses. Ambas responden a una misma concepción del universo. El mundo divino prefigura el humano -lo divino está en lo humano, y viceversa. Ningún otro pueblo ha "*sistematizado*" de tal forma y en tal dirección su idea de la organización del mundo.

Este último punto conduce a Riviere a preguntarse: "*¿no será que esa estructura religiosa y social corresponde a una exigencia fundamental de la más profunda mentalidad europea?*" (25). Esto significa plantear que la ideología trifuncional constituye una característica inherente a la mentalidad del europeo, una de esas "*estructuras latentes*" (Batany) que son indisociables del espíritu (de la cultura) de un pueblo, y que se mantienen a través de las generaciones. Lo que nos lleva a pensar en qué medida la ideología trifuncional esclarecida por Dumézil no sería un buen camino para recomenzar a concebir el mundo "en europeo".

¿Actualizar las tres funciones?

Georges Dumézil escribió en una carta a Jean-Claude Riviere: "*toda actualización de los indoeuropeos me es ajena*". Pero Riviere se pregunta: "*¿Está prohibido alimentar una reflexión política a partir de una obra como la de Georges Dumézil? ¿O deberíamos creer que la cultura se limita a glosar ininterrumpidamente textos sagrados revelados de una vez para siempre?*" (26). Porque una cosa es tratar de reimplantar hoy las costumbres, organización social y modo de vida indoeuropeos -lo que sería desde luego descabellado- y otra cosa es interrogar el pasado de un pueblo en crisis de identidad (el europeo) para encontrar allí los valores, la cosmovisión que late aún en nuestras mentalidades. En este último sentido, una interpretación de la ideología indoeuropea podría invertir en buena medida la decadencia cultural (la tan traída y llevada "crisis de valores") europea. No se trata de una aplicación política superficial ni a ras de tierra. Cabría hablar de "Gran Política", de acción del pensamiento que abarca, en un sólo movimiento, filosofía, política, historia y religión. Porque de lo que se trata es, en definitiva, de formular a nuestro origen una pregunta capaz de suscitar una respuesta que nos proporcione nuevos útiles de explicación del mundo.

A favor de esta tesis hay diversos argumentos. En primer lugar, está la constatación de que la ideología trifuncional ha estructurado en buena medida la mentalidad europea hasta fechas relativamente recientes. Sirvan de ejemplo los dos fundamentales resurgimientos de la ideología tripartita como propuesta de organización social: el primero, el formulado en la *República* de **Platón**, en el siglo -IV (en esa misma Grecia que según algunos había rechazado la herencia indoeuropea: tesis inexacta, como se ve); el segundo, el enunciado en el siglo X por los teóricos de la monarquía de los **Capetos,** al estructurar la sociedad en "*oratores*",

"bellatores" y *"laboratores"*, estructura que pervivió con más o menos fortuna en toda Europa hasta el siglo XVIII. Estos resurgimientos evidencian la continuidad del modelo ideal tripartito en la conciencia europea. ¿Por qué no podría servir este modelo hoy, adaptándose a la complejidad de las sociedades industriales? He aquí un campo de investigación que puede resultar prometedor. En segundo lugar, en el campo de las hipótesis sociológicas, la idelogía trifuncional podría explicar bastantes patologías sociales. ¿No podrían interpretarse, al menos en parte, las enfermedades sociales modernas en términos de nostalgia de la armonía trifuncional? Otro terreno para roturar. Un tercer grupo de argumentos afecta a las posibilidades de una interpretación histórica retrospectiva. Esta tesis, que ha avanzado Benoist, consistiría en explicar el devenir histórico de los pueblos nacidos de la comunidad indoeuropea primitiva como tendente a la realización de un cierto equilibrio entre las tres funciones, en particular mediante la subordinación de las funciones militar y productora a la función soberana. Las revoluciones burguesas y proletarias serían un avatar de la rebelión de la tercera función.

Esta última tesis de lugar a una nueva interpretación, histórica y **política** (es a lo que se refería Riviere) de la trifuncionalidad. Las alteraciones históricas estarían directamente relacionadas con la alteración del equilibrio político trifuncional. Estas alteraciones, lejos de ser un producto de la "dialéctica histórica", serían ciertamente nocivas. Tan nociva como la esclerotización de la función soberana sería la subversión de la segunda función, la guerrera, que se ha manifestado tradicionalmente en regímenes militaristas y de la cual los *"fascismos"* serían un avatar intelectualizado (transposición del poder militar real a la uniformización de la sociedad mediante valores militares). La subversión de la tercera función, la productiva, reuniría las dos características, es decir, el poder efectivo de los criterios económicos (común al liberalismo y al marxismo) y la penetración de los valores mercantiles y productores en todas las capas de la sociedad. Vemos así que de la revolución burguesa a la revolución proletaria no hay más que un paso, y que la segunda ha sido directamente inducida por la primera.

Las alteraciones del equilibrio funcional se manifiestan netamente negativas. Una sociedad regida exclusivamente por valores militares se expone a desangrarse por la herida abierta de la falta de elevación estética y espiritual, y, nacida de la guerra, perecerá en la guerra (como Esparta y como los "fascismos"). Por su parte, una sociedad regida exclusivamente por los factores económicos (*"Whatever is good for General Motors is also good for the USA"*) se expone a caer en su opulencia bajo los golpes de los bárbaros y bajo el auto-suicidio de la mercantilización de toda acción humana. Sólo un equilibrio de las funciones, dirigido por una función soberana, parece socialmente sano. Es decir, sólo la primacía de lo político en tanto que destino de la comunidad (y no en tanto que mera administración) puede armonizar una sociedad por medio del equilibrio jerárquico pero armonioso entre las diversas funciones sociales. En este pensamiento (de nuevo la "Gran Política") se inscriben

las actitudes de personajes tan diversos como **Carlos I, Lenin, Maurras, Mao** y **De Gaulle.**

Un último argumento a favor de la trifuncionalidad como método de interpretación es propiamente cultural y liga con lo dicho al principio de este trabajo. Si queremos re-pensar el mundo "en europeo", hemos de partir de lo que constituye la herencia intelectual europea: la comprensión tripartita de la sociedad. Volver al origen, interrogar nuestros fundamentos culturales, a nuestra más primitiva conciencia histórica y espiritual, es indispensable si queremos encontrar una solución europea para los siglos venideros. Más allá de las simples relaciones comerciales (tercera función) o de los problemas de defensa conjunta (segunda función). Ese proyecto sólo puede alimentarse en una fuente: la redinamización de nuestro pasado y nuestra historia. Tengamos la memoria larga: la historia es del que se la merece.

Notas:

(1) Dumézil, G. *El destino del guerrero*, e d. Siglo XXI, México, 1971.

(2) *op. cit.*, pág. 15.

(3) Renfrew, Colin, *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium B.C.,* Methuen and Co., Londres, 1972; *Problems in European Prehistory,* Edinburgh University Press, Edimburgo, 1979; *Before Civilization,* 1983 (edición francesa: *Les Origines de l'Europe,* Flammarion, Paris, 1983). Hasta el momento no hay edición en castellano de ninguna de estas obras.

(4) Bosch Gimperá, Pedro. *Les Indoeuropéens*, Payot, París, 1961 (no hay edición española).

(5) Lahovary, N. *Les Peuples Européens*, La Baconniére, Neuchâtel, 1946.

(6) Geipel, John. *L'Antrhopologie de l'Europe*, Laffont, París, 1971.

(7) Tesis defendida por **Theodor Poesche** en 1878.

(8) Tesis defendida por **Karl Penka** *(Die Herkunft der Arier,* 1886), **Issac Taylor** (1888) y **Herman Hirt** (Die Urheimat der indogermanen, 1892).

(9) Según el fundador de la revista *MANNUS*, **Gustaf Kossina** (1902), **N. Lahovary** (1946, *op. cit.*), **Paul Thieme** *(Die Heimt der Indogermanischen Gemeinsprache,* 1953) y **Ram Chandra Jain** *(The Most Ancient Arya Society,* 1964).

(10) **Bosch Gimperá** *(op. cit.,* 1961) y **Gordon Childe** *(The Aryans,* 1926) siguen la línea trazada en 1890 por **Otto Schrader**. Otros autores que defienden esta tesis son **Georges Poisson** *(Les Aryens,* 1934), **Walter Schulz** (1935), **R.A. Crossland** (1957), **Giaccomo Devoto** *(Origini Indoeuropee,* 1962) y **Marija Gimbutas** (1956).

(11) Son sobre todo **Ward Goodenough** ("Evolution of Pastoralism and Indo-European Origins", en G. Cardona, H.H. Hoenigswald y A. Senn, ed., *Indo-European and Indo-Europeans,* University of Pensylvania Press, Filadelfia, 1970), **Hans Krahe** y **James P. Mallory** ("A Short History of the Indo-European

Problem", en *JOURNAL OF INDO-EUROPEAN STUDIES*, vol. I, 1973, nº 1, Hattiesburg, Mississippi).

(12) Benoist, Alain de. *Vu de Droite*, Copernic, París, 1979.

(13) Alonso, J.C., *Tartessos, ocaso de un día y una noche,* Ed. Asociación Independiente, Madrird 1980.

(14) Sánchez Dragó, *F. Gárgoris y Habidis,* I. Planeta, Barcelona, 1978 (2ª edición, 1985).
(15) *op. cit.,* p. 102.

(16) *"Beato de Facundo",* fechado en León, 1047. Se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, .

(17) Bal Ganghadar Tilak, *The Artic Home in the Vedas*, cit. Por Jean Varenne, "Indo-Européens", en rev. *NOUVELLE ECOLE*, nº 40, Otoño 1983, pp. 115 y ss.
(18) *De Escitia a India. Enigmas de la historia de los antiguos arios,* Klinscksieck, 1976 (traducido al francés por la Sorbona en 1981).

(19) "Los Indoeuropeos", en rev. FUNDAMENTOS, nº 5, 1985.

(20) *Los Dioses de los Germanos,* Ed. Siglo XXI, México, 1973.

(21) Levi-Strauss, en respuesta al discurso de ingreso de Dumézil en la Academia Francesa. Los dos textos (el de Dumézil y el de Levi-Strauss) están traducidos y reproducidos en la revista mejicana *VUELTA*, que dirige **Octavio Paz** (nº 49, vol. 5, Diciembre 1980).

(22) *"Georges Dumézil et les etudes indoeuropéens"*, *NOUVELLE ECOLE*, nº 21-22, Invierno 1972-1973.

(23) Riviere, Jean-Claude. "Actualité de Georges Dumézil"*,* en rev. *ELEMENTS*, nº 32, Noviembre-Diciembre 1979.

(24) Dumézil, G. *Mito y Epopeya*, I. Seix Barral, Barcelona, 1977.

(25) Riviere, *art. cit.*

(26) *ibid.*

Indoeuropeos: mitología, antropología e ideología

Sebastian J. Lorenz

Los mitos de «sangre y tierra»

Desde la más remota antigüedad, el origen nórdico ha fascinado a la mayoría de los pueblos de estirpe indoeuropea, que han señalado o usurpado el Norte como patria ancestral en su imaginario étnico colectivo. De hecho, la etnografía clásica señalaba la Isla de Scandia, por referencia a un lugar indeterminado entre Escandinavia y el mar Báltico, como "fábrica de naciones y matriz engendradora de pueblos" *(Vagina Gentium)*. Ciertamente, en las estructuras religiosas de los indogermanos ocupa un lugar común la referencia a una tierra mitológica situada en el norte, en la que sus dioses y héroes se forjan en una dura lucha contra la noche y el hielo eternos, utilizando poderes de la naturaleza como el sol, el trueno o el fuego: el mito ario nace, precisamente, de la fenomenología y simbología solares como patrimonio de la raza blanca nórdica frente a los mitos de la noche y las tinieblas de las razas oscuras.

Y los germanos no fueron una excepción. Es más, las distintas formaciones étnicas surgidas, con cierta simultaneidad, como reacción ante el derrumbamiento del Imperio Romano, como los godos, los suevos, los vándalos, los francos, los alamanes, los anglos, los sajones, los burgundios o los longobardos, así como, posteriormente, los escandinavos –daneses, suecos, noruegos-, compitieron entre ellos para demostrar su primacía, su pureza racial, haciendo remontar sus linajes a largos árboles genealógicos que se perdían en la tradición escandinava de las leyendas nórdicas. Precisamente, este orgullo genético del origen nórdico constituyó la base fundamental para la formación de unidades etnopolíticas en torno a las élites germánicas que tomaron el relevo civilizador de Roma, imbricándose por todos los rincones del Viejo Continente y provocando el

nacimiento del estamento real y nobiliario que regiría los destinos de Europa durante la Edad Media como una auténtica "aristocracia de sangre" *(Geburtsadel).*

Tácito, un escritor latino, al parecer mitad romano, mitad galo, estaba convencido de que «los germanos son indígenas y que de ningún modo están mezclados con otros pueblos, bien como resultado de migraciones bien por pactos de hospitalidad». Asimismo, se adhería a la opinión «de que los pueblos de Germania, al no estar degenerados por matrimonios con ninguna de las otras naciones, han logrado mantener una raza peculiar, pura y semejante sólo a sí misma. De ahí que su constitución física, en lo que es posible en un grupo tan numeroso, sea la misma para todos: ojos fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes y capaces sólo para el esfuerzo momentáneo, no aguantan lo mismo la fatiga y el trabajo prolongado, y mucho menos la sed y el calor; sí están acostumbrados al frío y al hambre por el tipo de clima y de territorio en los que se desenvuelven». Debemos tener presente que Tácito utilizaba la comparación racial entre romanos y germanos con un objetivo de propaganda moralizante: la decadencia y corrupción del imperio romano frente a la originalidad y naturalidad de las costumbres de los pueblos germanos, lejos del estado de barbarie y salvajismo –tan humillante para el nacionalsocialismo, aunque el propio Hitler reconocía la superioridad de la cultura grecorromana frente a la celtogermana- descrito por los autores clásicos.

Sin embargo las alusiones que hace Tácito a los judíos, que se constituirán en la historiografía y la filosofía germánicas como antítesis de los arios nórdicos, son bastante menos prosaicas: «Las costumbres judías son tristes, sucias, viles y abominables, y deben su persistencia a su depravación … Para los judíos es despreciable todo lo que para nosotros es sagrado y para ellos es lícito lo que a nosotros nos repugna … Los judíos, entre ellos, se guardan una enorme fidelidad, una piedad manifiesta; en cambio, para todos los demás, tienen un odio mortal … Cuando los macedonios tomaron el poder, el rey Antíoco procuró extirpar sus supersticiones e introducir los hábitos griegos para transformar a esa raza inferior».

Mucho tiempo después, el historiador Montanelli, también de origen itálico, narrando con su particular ironía la invasión de Grecia por los dorios, pueblo indoeuropeo al que los pensadores nazis consideraban como el mejor ejemplo de las esencias arias, los describía como «altos, de cráneo redondo y ojos azules, de un valor y una ignorancia a toda prueba. Se trataba, ciertamente, de una raza nórdica». Y más adelante continúa su acerada crítica diciendo que «los dorios tenían una fea enfermedad: el racismo. Y hasta en esto se confirma que se trataba de nórdicos, que el racismo lo llevaron siempre y siguen llevándolo en la sangre: todos, hasta los que de palabra lo niegan. Por bien que fuesen mucho menos numerosos que los indígenas, o acaso precisamente por ello, defendieron su integridad biológica, a menudo con auténtico heroísmo como en Esparta».

Comentarios despectivos al margen, en las anteriores descripciones, tan distantes en el tiempo, encontramos las bases que fundamentarán el mito racial del nacionalsocialismo. Se trata de pueblos de origen nórdico, cuya patria originaria se situaría en la región europea comprendida por Alemania septentrional, Escandinavia y los Países Bálticos. Su constitución física no deja lugar a dudas: altos, fuertes, rubios y de ojos azules, el clásico patrón nórdico. Por esta condición no se han mezclado con otros pueblos, o lo han hecho con grupos de la misma familia genética –celtas, eslavos, baltos, itálicos-, conservando la pureza de su raza, incluso cuando entran en contacto bélico o colonizador con otras civilizaciones en busca del espacio vital necesario para asegurar su supervivencia racial. Por último, el racismo innato a los pueblos nórdicos –que a lo largo de la historia será especialmente virulento con los pueblos de color- les lleva a defender su integridad biológica, incluso recurriendo a la violencia y a la guerra, único oficio honorable para una "raza aria de señores y conquistadores".

Los mitos de la sangre y el suelo (*blut und boden*), de una raza nórdica heredera de la primigenia raza aria *(urvolk)*, cuya patria originaria (*urheimat*) se situaba precisamente en el solar ancestral de los germanos, en algún lugar al Norte de Europa, así como la necesidad de conseguir tierras suficientes que asegurasen un espacio vital (*lebensraum*) para la conservación, desarrollo y predominio de aquella raza nórdica sobre otros pueblos euroasiáticos, especialmente a costa de los eslavos (*drang nach osten*), constituyen los dos axiomas fundamentales de la ideología racial nacionalsocialista: raza y espacio *(rasse und raum)*.

Sus manifestaciones más conocidas, la judeofobia (o antijudaísmo) -que señalaba al judío *(Jude)* como la antítesis racial y espiritual del superhombre nórdico *(Übersmensch)*- y la declaración de guerra al bolchevismo, supuestamente dirigido por una élite hebrea conspiradora y ejecutado por los infrahumanos pueblos eslavos *(Üntersmenschen)* -en plena decadencia por su mestizaje con las hordas de origen mongol-, provocaron el desencadenamiento de la II Guerra Mundial: una lucha sin cuartel y sin precedentes de conquista y aniquilación en el Este de Europa, agravada por los desplazamientos masivos de pueblos eslavos, las deportaciones a los campos de concentración, la aniquilación física *(Entfernung)* de las minorías étnicas de origen extraeuropeo –judíos, gitanos- y, finalmente, la colonización y explotación de los recursos territoriales ganados por la fuerza, mediante el asentamiento de "guerreros y campesinos" alemanes bajo unos duros criterios selectivos de "nordización" *(Aufnordung)*.

Y, sin embargo, los miles de libros publicados sobre Hitler, el Nacionalsocialismo, el III Reich, la II Guerra Mundial y el Holocausto, se limitan a estudiar, desde distintas perspectivas políticas, económicas, sociales o bélicas, las consecuencias derivadas del mito racial nazi, sin apenas entrar en el análisis de la ideología racial que las provocó. Fórmulas sencillas y concluyentes como la idea triunfante en la Alemania nazi, según la cual los germanos eran los más puros

representantes de una raza aria superior y los judíos la escala inferior de la jerarquía racial bastan, en principio, para explicar la guerra de aniquilación y destrucción más cruel que ha visto la historia de la humanidad. Pero detrás de este simplismo, como decimos, subyacía una auténtica ideología racial que pretendía aplicar a los hombres las mismas leyes de selección y supervivencia que rigen la Naturaleza. Y para ello, se adoptaron una serie de medidas enmarcadas en una política biológica global y totalitaria, que iban desde la eugenesia activa a la reproducción selectiva, de la eliminación de los elementos raciales y sociales indeseables a la formación de una élite racial aristocrática encarnada en la Orden de las *SS*.

El mito ario no es, sin embargo, una invención de Hitler y del Nacionalsocialismo, sino fruto de la manipulación ideológica sobre un problema real de la arqueología y la lingüística en relación con la existencia de las lenguas y pueblos conocidos como "indogermanos" o "indoeuropeos", de los que los "arios" no serían más que su extrema ramificación oriental, pero a los que se otorgó una pureza y una preeminencia racial y se les atribuyó un legendario origen nórdico-germano. Pero el ideal racial no sólo interesó a los científicos, casi siempre cercanos a los postulados ideológicos y raciales del nazismo, como Kossinna, Penka, Reche, Lenz, Fischer o Wirth, sino también a grandes pensadores o creadores alemanes como Herder, Fichte, Hegel, Kant, Sombart, Weber, Schopenhauer, Nietzsche, Wagner, Spengler, Jünger, Schmitt, Jung o Heidegger. Con estos precedentes ideológicos, y de la mano de disciplinas auxiliares como la mitología, la filología, la arqueología y la antropología, los autores racistas, como Gobineau, Vacher de Lapouge, Woltmann, Chamberlain, Rosenberg, Günther, Clauss y Darré, construyeron una doctrina "ario-nórdica" que pronto se identificó con la Alemania nacionalsocialista, pero que llevaba varios siglos fluyendo por las frágiles aberturas ideológicas del humanismo europeo.

El culto a la raza aria, en sus versiones germánica o nórdica, que se fue fraguando en Europa desde principios del siglo XIX, no adquirió en ninguno de los nacionalismos racistas del continente la orientación biologista y genetista que alcanzó en Alemania. De la idea de una misión de dominio mundial para la salvación de la humanidad, a la que el pueblo alemán parecía estar predestinado, se pasó, sin transición alguna, a la preocupación por la pureza de la sangre germánica, cuya futura hegemonía universal se encontraba en peligro por los efectos nocivos y contaminantes de sangres impuras como la judía, la eslava o la latina, mesianismo racial, sin duda, que sin embargo no traía su causa de un odio o prejuicio específico, sino de poderosas imágenes colectivas que deformaban las características físicas y éticas de aquéllos, infrahumanizándolos e, incluso, demonizándolos, en contraste con la belleza y el honor germánicos, cuando en realidad se trataba de una maniobra, muy trabajada ideológica y filosóficamente, de protección de determinados intereses económicos, territoriales y militares que, finalmente, Hitler supo explotar adecuadamente, si bien con un fanatismo que, seguramente, no hubieran compartido sus principales inspiradores ideológicos.

No obstante la distinción entre una "raza superior" y otras "inferiores", el racismo alemán se fundamentaba en una cruel y arbitraria jerarquización racial en cuya cúspide se situaban los descendientes de sangre nórdico-germana. Según Blank *(El viejo y el nuevo fascsimo)*, «los nazis proclamaron que la raza germana (nórdica aria) es portadora de las mejores cualidades de las razas humanas: la lealtad al deber y al honor, valor y audacia, capacidad organizativa y potencial de creación. Cuanto más puro es el pueblo en el aspecto racial, tanto más claramente puede expresar estas cualidades. Ninguna raza en la Tierra está dotada de las cualidades de la raza germana, que es la capa mejor, la superior, de la raza nórdica aria. Todas las otras razas son inferiores porque están arruinadas por las mezclas con otras razas, que originaron en ellas rasgos negativos. Son inferiores a los alemanes, los escandinavos y los ingleses (estos últimos están contaminados por el espíritu mercantilista y la influencia de los plutócratas); aún más inferiores son los franceses y los españoles; los siguen –en orden decreciente- el pueblo italiano y el rumano, y muy por debajo, los eslavos. Entre los pueblos asiáticos, los japoneses son la raza elegida; por debajo de ellos están los indios y después los coreanos y los chinos. Los negros son inferiores a los asiáticos. En los cimientos de la pirámide racial están los árabes, junto a los cimientos se hallan los gitanos y, por último, en el fondo, al margen del concepto de razas aptas para la vida, están los judíos, que según la terminología hitleriana son "subhumanos", una raza irremediablemente viciada y que sigue envenenando a otras razas viables.»

Con todo, la definición de "ario" en la Alemania nazi siguió siendo tan imprecisa como premeditadamente vaga era también su concepción en la doctrina de Hitler, que utilizará el "arianismo" según las circunstancias biopolíticas o geopolíticas de cada momento en beneficio de su política racial y expansionista. En principio, la condición de "ario" se predicaba de cualquier alemán que no fuera judío ni negro, ni de origen africano o asiático, ni tuviera ascendientes de tales razas hasta la tercera generación. Pero esta circunstancia pudo aplicarse, en función de los acontecimientos de la política internacional y de la marcha de la guerra, a todos los europeos que no tuvieran tal ascendencia, de tal forma que tan "ario" podía ser un alto y rubicundo escandinavo, como un oscuro y vivaz mediterráneo.

En la práctica cotidiana de la Alemania nazi, no obstante, la condición de "ario" se medía, no tanto atendiendo a determinadas características antropológicas de origen, como al grado en el que una persona podía demostrar su utilidad y servicio a la comunidad racial alemana, de tal manera que la pretendida pureza racial –dejando al margen el particular ámbito de las *SS*- dependía exclusivamente del capricho de la jerarquía nazi para decidir quiénes podían ser considerados como arios puros o no. Bastaba con que un alemán clasificado como "racialmente ario" se comportase como un disidente o manifestase cualquier duda ante el régimen para que, inmediatamente, fuera considerado como un "bastardo judaizado", al menos, desde un punto de vista espiritual e ideológico.

El antropólogo-raciólogo oficial del régimen Hans F.K. Günther describía así lo que no era sino un anhelo: «La cuestión no radica en si nosotros somos ahora más o menos nórdicos; la pregunta que debemos hacernos es si tenemos o no la valentía de legar a las generaciones futuras un mundo capaz de purificarse en el sentido racial y eugénico». Se trataba, nada más y nada menos, que de un movimiento orientado a la "nordización" *(Aufnordung)*: «el movimiento nórdico pretende volver a despertar en el pueblo alemán la fuerza creadora que antes poseyó el germanismo, y esto se conseguirá por medio de un triunfo en la natalidad de los elementos germánicos, esto es, de carácter nórdico». Los líderes nacionalsocialistas, especialmente el propio Hitler, eran perfectamente conscientes de que el pueblo alemán no constituía una raza pura y, mucho menos, nórdica, por lo que ésta fue adoptada como un "modelo racial ideal" al que debía llegarse por todos los medios de la ciencia eugenésica y de la selección racial. Y la antropología se convirtió así en la herramienta propagandística que clamaba por la purificación de la raza alemana. El ambicioso sueño nazi era transformar sustancialmente la naturaleza biogenética del pueblo alemán.

Sin embargo, el mito ario no se abandonó nunca. Al fin y al cabo, aquellos pueblos arios, indogermanos o indoeuropeos, de origen nórdico, que al contacto con las culturas autóctonas, provocaron –según el discurso nazi- el nacimiento de grandes civilizaciones en la India, Persia, Grecia, Roma e, incluso, para los ideólogos afectos al nazismo, también en el Egipto predinástico, China y las misteriosas culturas precolombinas, así como la mayoría de los Estados europeos medievales surgidos tras las invasiones germánicas, debían encontrarse presentes, en mayor o menor medida, en la composición biogenética de todos los pueblos europeos. Y ello había culminado en la civilización europea occidental exportada a todos los continentes. De esta forma, la "germanidad" se convertía en el nexo común que unía a todos los pueblos europeos y, en consecuencia, debían ser los alemanes, los más puros representantes de los antiguos germanos, los llamados a cumplir la misión de unificar Europa bajo su dominio racial y espiritual *(Herrschertum)*.

Desde luego, las diversas oleadas migratorias de los germanos *(Völkerwanderung)* se extendieron desde los fiordos nórdicos hasta el mar mediterráneo y las estepas rusas. Germanos eran los vándalos que pasaron por la Península Ibérica y ocuparon efímeramente Cartago en el norte de África, como también lo eran los visigodos (o quizás eran baltos?) y los suevos instalados en Hispania, los francos y los burgundios que dieron lugar al Imperio Carolingio, los ostrogodos y los lombardos en Italia, los anglos, sajones y jutos que invadieron Gran Bretaña y, por supuesto, los alamanes, los sajones, los turingios, los bávaros y otros pueblos que provocaron el nacimiento de los países de lengua alemana (Austria y Alemania), o como los frisones, los holandeses, los daneses, los suecos y los noruegos que se quedaron cerca de sus lugares de origen. En todos los casos, salvo en el Norte de Europa –en las regiones escandinava, alemana septentrional y

báltica-, donde formarán el contingente humano mayoritario, los germanos se encontrarán en franca minoría respecto de las poblaciones autóctonas, inferioridad cuantitativa que supieron compensar privilegiadamente mediante su constitución como una aristocracia de sangre, una casta señorial y nobiliaria sólo apta para el arte de gobernar y hacer la guerra.

Posteriormente, se produjeron varios episodios de regermanización de Europa: germanos eran los pueblos nórdicos -conocidos como normandos o vikingos- que volvieron a invadir las Islas Británicas, ocuparon el noroeste de Francia (Normandía) y colonizaron Islandia y Groenlandia hasta alcanzar el continente americano; germanos nórdicos eran también los *"rus"* que fundaron los primeros Principados rusos, los que señorearon la isla de Sicilia y los que formaron la guardia *"varega"* en Bizancio. Germanos, si bien ahora exclusivamente alemanes, los que bajo el auspicio del Imperio y el ímpetu expansionista de la Orden de los Caballeros Teutónicos germanizaron extensas regiones de Hungría, Bohemia, Moravia, Eslovenia, Rumania, Polonia y los Países Bálticos; germanos prolíficos, sin duda, que llegaron a constituir la República de los Alemanes del Volga en la extinta Unión Soviética. Y, en fin, germanos eran también (mayoritariamente, anglosajones, escandinavos, holandeses y alemanes) los europeos que colonizaron Norteamérica, Sudáfrica y Australia.

El común denominador a todos ellos es bien conocido: el expansionismo militar o colonizador, la conservación del patrimonio biogenético mediante uniones intrarraciales y el establecimiento de una jerarquía socio-racial que convertía a los germanos en una auténtica aristocracia –nobleza de sangre- y a los "inferiores" pueblos colindantes o cohabitantes –ya fueran indígenas amerindios, africanos, semitas o aborígenes australianos- en víctimas propiciatorias de los desplazamientos, el sometimiento, la explotación o el exterminio.

Pues bien, volviendo a aquellos primitivos pueblos de una supuesta raza nórdica –arios, tocarios, dorios, jonios, aqueos, macedonios, tracios, dacios, frigios, ilirios, latinos, celtas, baltos, eslavos y germanos- observamos retrospectivamente su insistente costumbre para instalarse, como una aristocracia de señores y guerreros, en las culturas euro-mediterráneas e indo-iranias, sometiendo o esclavizando a sus pobladores, pero manteniendo una auténtica separación o segregación racial a fin de preservar sus características étnicas (dorios espartanos, patricios romanos, brahmanes hindúes, nobles germanos), hasta que las implacables leyes de la convivencia humana impusieron el mestizaje racial, la hibridación cultural y, por fin, la inevitable decadencia racial y espiritual que, según Gobineau, acaba con todas las civilizaciones. Miles de años después, el movimiento nazi se propuso recuperar la figura nórdica del ario creador, conquistador, dominador y esclavizador. Y para culminar esa obra, el pueblo elegido no podía ser otro que el germano, el más puro de los antiguos nórdicos.

El hecho histórico trascendental, que provocó tal explosión ideológica, es que en torno al V milenio a.c. comienza la gran expansión –la *Grosswanderung*-, desde el norte de Europa, de unos pueblos emparentados cultural, lingüística, religiosa y –nos arriesgamos a suponer- también antropológicamente. Invadirán, en sucesivas oleadas migratorias, toda Europa, llegando al Mediterráneo y al norte de África, así como a las actuales Turquía, Armenia, Kurdistán, Irán, Afganistán, Pakistán, India y la parte occidental de China. Fundarán, en contacto con las poblaciones autóctonas de origen euromediterráneo y afroasiático, las grandes civilizaciones que son fundamento del mundo que hoy conocemos. Son pueblos de guerreros y conquistadores, que practican un tipo de nomadismo depredador y que dominan el arte y el oficio de la guerra, con sus armaduras, escudos, espadas y hachas, la montura del caballo y el carro de combate. Se imponen con facilidad a los pueblos sometidos, pacíficos, sedentarios y agrícolas que viven, con escasa protección, en valles, llanuras, estepas y litorales, próximos a los mares, lagos y cauces fluviales sobre los que giran sus domésticas concepciones de la vida.

La llegada de estos invasores implica un cambio notable: la sociedad se torna jerárquica, en cuya cúspide se sitúan los conquistadores, los cuales, durante mucho tiempo, practican una radical separación –racial, social, cultural, confesional- con los indígenas, al tiempo que inauguran una organización trifuncional (señores, guerreros y campesinos o siervos) y un tipo de asentamiento en forma de ciudades fortificadas que se sitúan en los altos promontorios naturales. Los testigos de los pueblos sometidos nos han legado numerosas descripciones de su aspecto físico: altos, fuertes, rubios y de ojos azules. Descripciones que, salvando las distancias, corresponden al tipo nórdico actual y que, obviamente, debieron sorprender, por inusuales, a los periféricos pobladores del entonces mundo civilizado, de pequeña o mediana estatura y rasgos oscuros. Pero, realmente, ¿de dónde venían esos conquistadores?, ¿quiénes eran?, ¿cómo eran?

Una lengua, un pueblo, una patria

Gustav Kossinna –y, posteriormente, también Adriano Romualdi- pensaba que «la raza nórdica dolicocéfala ha debido desarrollarse a partir de estas dos razas del Paleolítico superior, la de Cromagnon y la de Aurignac-Chancelade, durante el primer Neolítico o el Mesolítico que sigue a la glaciación y se considera el inicio de la Edad de Piedra». De hecho, la arqueología documenta un desplazamiento del elemento cromañoide desde Europa occidental hacia el Báltico. Otros, como Hans F.K. Günther, negaban que la raza nórdica fuera el resultado de una evolución –o más técnicamente, de una adaptación- del Cromagnon, que podía dar lugar a la raza fálica, siendo más probable la mutación del de Aurignac en el territorio libre de hielo de la Europa central. Pero ambos aceptaron de forma acrítica que los hablantes de la lengua indoeuropea original pertenecían a una raza nórdica de hombres altos y rubios, que vivían en la antigua región alemana y que en sucesivas

oleadas, invasiones y conquistas llevarían el progreso cultural, unido a la superioridad biológica, a las civilizaciones clásicas.

En lo que sí estaban de acuerdo, desde Otto Reche a Hans Günther pasando por Kossinna, es que fue la Europa del último período glacial la cuna de la raza nórdica y, por tanto, de los indoeuropeos, siendo además en la actualidad –algo que pasan por alto muchos autores- la región del mundo en la que, al margen de otras migraciones más recientes, se encuentra en mayor número y con mayor fidelidad el tipo humano nórdico, mientras que el área que va desde Asia Menor hasta el Asia Central ha sido, frecuentemente, la tumba de numerosos pueblos indoeuropeos (hititas, anatolios, armenios, frigios, tocarios, arios e indo-iranios en general), en la que fueron fagocitados dejando, tal vez, sistemas lingüísticos, organizaciones jerárquicas o ciertas tradiciones religiosas, pero no sus rasgos físicos y antropológicos.

Concluyendo, podemos aventurar –siempre en el terreno de la especulación histórica y no en el de la constatación antropológica y arqueológica- que el tipo de *"homo sapiens sapiens"* desarrollado en Europa –sea el de Cromagnon o el de Aurignac-, apareció en algún lugar de la región (patria originaria) comprendida entre los mares Báltico (Blanco) y Negro, originando las primeras poblaciones preindoeuropeas: las que permanecieron en sus hogares de origen, dando lugar al tipo europeo oriental "caucásico"; las que emigraron al sur de Europa en busca de tierras fértiles, que serían los ancestros del tipo europeo occidental "mediterráneo"; y las que emigraron hacia el norte a la caza de animales conforme el hielo iba retrocediendo y descubriendo nuevas tierras inhóspitas, que serían los antepasados del tipo europeo "nórdico". En esta patria secundaria de nieves perpetuas y tenues luces adquirirían los rasgos físicos que, según parece, caracterizaron a los pueblos indoeuropeos que, posteriormente –seguramente coincidiendo con otra época intermedia de clima glacial-, emigrarían nuevamente hacia el sur –llegando al Mediterráneo- y el este –alcanzando el Índico-, mezclándose con las poblaciones preindoeuropeas que les precedieron.

La siguiente exposición no deja de constituir una hipótesis más, pero cumple perfectamente el guión como punto de partida para comprender el complejo proceso de formación y posterior migración de determinados conjuntos étnicos que la lingüística ha englobado en torno al inasible concepto de "indoeuropeos". Pues bien, en torno al año 13000 a.c. comienza el gran deshielo en el norte de Europa. Hacia el 10000 a.c. los hielos ya se habían retirado hasta el área norte de la región de Hamburgo; en el 9000 a.c. el hielo libera la región de Copenhague y en el 7500 a.c. la de Estocolmo, completándose el deshielo y formándose el mar Báltico; posteriormente, sobre el 5500 a.c., la tierra libre del hielo se eleva y las aguas liberadas ocupan las zonas bajas, originando el mar del Norte y separando las Islas Británicas y Escandinavia del resto del continente.

Los protonórdicos (¿pónticos, caucásicos, danubianos?) siguen a las manadas de animales que migran hacia el norte, asentándose en la Europa septentrional, cazando y pescando, hasta que hace aparición la agricultura neolítica oriunda de Asia Menor, que penetra por los Balcanes y a través del Mediterráneo, alcanzando el Danubio y posteriormente el Báltico meridional. Los pobladores de la cultura de los "campos de urnas" (*Urnenfelderkultur*) no constituyen todavía un pueblo indoeuropeo definido, sino un conjunto todavía indiferenciado de los paleoeuropeos que han permanecido en sus lugares de origen, pero que hacia el año 1400 a.c. van adquiriendo una fisonomía propia: ilírica, céltica, itálica, germánica. Comienza entonces la gran migración hacia el sur, la *GrosseWanderung*, y posteriormente, en el período 1200-1000 a.c., arrancando del Cáucaso y pasando por Irán y Afganistán, los indoiranios, de los que los arios sólo serían un grupo popular diferenciado, llegan a la India. Su carácter guerrero, la simbología solar de la esvástica, el recuerdo de un hogar nórdico ancestral y su característica rubicundez, los convertirán en un útil instrumento para construir una mítica identificación con los jóvenes pueblos germánicos.

En cuanto a la patria originaria (*urheimat)*, según Alain de Benoist *("Indoeuropeos: a la búsqueda del hogar de origen")* existen actualmente dos tesis mayoritarias. La primera de ellas es la nórdica o germánica. Así lo entendieron Hermann Hirt y Karl Penka, a quien debemos la ecuación "indoeuropeo = dolicocéfalo rubio de ojos azules", y para los que la zona del Báltico no podía ser la patria originaria por estar habitada por "braquicéfalos racialmente inferiores", distintos de los verdaderos arios, "raza poderosa y enérgica como es la raza rubia". Penka afirmará que «los arios puros sólo están representados por alemanes del norte y los escandinavos, una raza muy prolífica, de gran estatura, fuerza muscular, energía y coraje, cuyos espléndidos atributos naturales les permitieron conquistar a razas más débiles del este, el sur y el oeste e imponer su lengua a los pueblos sometidos».

La segunda escuela mayoritaria, que es también la más corroborada por los yacimientos arqueológicos, defiende la tesis de una patria ruso-meridional. La lituana Marija Gimbutas, siguiendo este camino, propuso las estepas del sur de Rusia –desde el Ponto hasta el Volga- como patria originaria, utilizando el concepto de la "cultura de los kurganes" (la primera manifestación conocida de la cultura de los túmulos funerarios) desarrollada hacia el V milenio a.c. y que tuvo varios movimientos migratorios: 1) hacia el V milenio a. c. (en torno al 4400) la primera oleada alcanzó la Europa balcánica y danubiana; 2) en el IV milenio siguiente (entre el 3500 y el 3000 a.c.) se produce un doble desplazamiento, por el Cáucaso hacia el dominio indo-iranio, por un lado, y hacia Europa central, por otro; 3) en el III milenio a.c. tuvo lugar una penetración, que no sería la última, hacia el Mediterráneo, alcanzando la península anatólica y el noreste africano.

Para Alain de Benoist, sin embargo, las teorías sobre la ubicación de una patria original rusomeridional o euroseptentrional no son irreconciliables. Para Ward Goodenoug, la cultura de los *"kurganes"* de Gimbutas no sería sino la extensión pastoril de la cultura indoeuropea desarrollada en el norte de Europa; una parte de ese pueblo, después de destruir la cultura paleolítica europea, habría descendido hacia el sur (el pueblo del hacha de combate) difundiendo la cerámica pulimentada y la metalurgia del bronce. Los restos étnicos que permanecieron en Europa central formarían los contingentes de las migraciones posteriores. Esta teoría ha obtenido la aprobación de uno los autores más especializados en la cuestión indoeuropea, James Mallory, que sitúa el hogar ancestral en una zona delimitada entre los ríos Elba y Vístula, lindando al norte con la península de Jutlandia y al sur con los montes Cárpatos. Mientras tanto, la tesis nórdico-europea ha sido aceptada, en fechas recientes, por Harold Bender, Hans Seger, Schachermeyer, Gustav Neckel, Ernst Meyer, Julius Pokomy y, más recientemente, por Nicolás Lahovary, Paul Thieme y Raim Chandra Jaim.

En cualquier caso, aunque la cuestión de la patria de origen de los pueblos indoeuropeos siga siendo objeto de polémicos e interesados debates lingüísticos y arqueológicos, la teoría sincrética que provoca menos rechazo entre los estudiosos situaría la urheimat en la extensa zona comprendida entre el mar Negro y el Báltico, epicentro indoeuropeo desde el que se desplazarían los diversos pueblos en todas las direcciones, algunos de ellos avanzando lentamente hacia el norte de Europa, consolidando una serie de pueblos nórdicos con el característico fenotipo claro y dando lugar a una etnogénesis que conformaría posteriormente a los distintos conjuntos tribales proto e indo-germánicos. El otro grupo escindido del tronco original, importante también cuantitativamente, se asentaría en todos los rincones del sur de Europa, adquiriendo el fenotipo más oscuro típico de los pueblos mediterráneos, matizado posteriormente por las aportaciones de los pueblos venidos del centro y norte de Europa.

El "problema indoeuropeo" fue realmente una cuestión de identidad estrictamente europeo. Cuando todavía se creía que la luz civilizadora vino de Oriente, aparecieron los "arios" como pueblo originario y primigenio (*ariervolk*), cuyas posteriores migraciones hacia Occidente habrían colonizado toda Europa. Conforme iba desprestigiándose la creencia en un exótico origen asiático y se abrían paso las más realistas teorías eurocéntricas, en Alemania, poseída por una casi divina predestinación de su misión universal para salvar a la humanidad, se adoptó el nombre de "indogermanos", uniendo las dos ramificaciones extremas de aquel pueblo misterioso (indoiranios al este, germanos al oeste) que, posteriormente, fundamentándose en las descripciones físicas que los autores clásicos hacían de sus individuos (altos, fuertes, rubios y de ojos azules), confirmadas por las pruebas arqueológicas y antropológicas halladas en Escandinavia, Alemania septentrional y el Báltico, entonces los nazis acuñaron la denominación exclusiva de "nórdicos" …, aprovechando que el Rin pasa por la

Germania, como hubiera escrito un Tácito latino ofuscado por la decadencia de los romanos frente a la vitalidad de los bárbaros germanos.

El "arianismo" tuvo en sus orígenes unas connotaciones románticas que pretendían enviar un mensaje moralizante sobre la decadencia de la cultura occidental en comparación con el estado puro y virginal de una civilización aria anterior a la historia, pero no prehistórica, sino parahistórica. El germanismo más radical, sin embargo, se apropió del origen ario para proclamar y reivindicar sus derechos al dominio mundial, convirtiendo al pueblo originario, mediante una transmutación biogenética, en la raza nórdica de señores y conquistadores, seleccionados naturalmente para el "arte de gobernar y hacer la guerra". Estamos irremediablemente ante un auténtico "mito europeo", que comenzó frágilmente su andadura de la mano del darwinismo social para legitimar, entre las clases políticas e intelectuales, el supremacismo blanco cómplice del colonialismo depredador y de las discriminatorias políticas inmigratorias, que hacían del europeo, especialmente de los nórdicos, el "prometeo de la humanidad" (por emplear la conocida expresión hitleriana) frente a los "esclavos de una subhumanidad" luciferina desposeída de la divina evolución.

De esta forma, en el extremo oriental ocupado por los "indoeuropeos", nos encontramos con un pueblo misterioso que se denomina a sí mismo con el término endoétnico *"aryas"* –con el sentido de "noble"-, aunque hay autores, como el indólogo Paul Thieme que barajan un término exoétnico con el significado de "extranjero". En cualquier caso se trata de los conquistadores de Persia (Irán), Afganistán, Pakistán y la India. El libro sagrado *Rig-Veda* refleja que se designaban a sí mismos con ese nombre popular. El *Avesta* habla del *"Airyanem Vaejah"* (solar o patria de los arios). Durante el Imperio Aqueménida, siglos más tarde, los habitantes de Irán (evolución de *Aryan*) todavía utilizaban idéntica denominación y de algunos personajes se decía que eran *"arya-cica"* (de origen ario) o *"arya-putra, arya-kanya"* (como títulos señoriales). El nombre del bisabuelo de Darío era *"Ariyaramna"* y el propio Darío se consideraba "de estirpe aria, rey de los arios". El término habría perdurado en el nombre moderno de Irán, también en el de Irlanda (Eire) y en el de Ironistán, nombre que dan los osetios caucásicos –descendientes de los alanos indo-iranios- a su patria (en su lengua se llaman "iron"). En el extremo occidental, además, se conservó la denominación de "arios" en algunos antropónimos como el celta "Ariomano", los germanos "Ariovisto", "Ariomer" o "Ariogais", el escandinavo Ari, el celtíbero Arial, el godo Ariarico, el latino "Ariolus" e, incluso, los griegos "Ariel", "Arianna" y "Aris".

Un inciso. Respecto al concepto de "indoeuropeo", introducido por el británico Thomas Young, técnicamente impreciso, pero que tuvo la fortuna de sustituir al de "indogermano", cuya utilización nacionalista y racista en Alemania durante el II y el III Reich lo condenó al ostracismo, hay que subrayar que no deja de ser una construcción artificiosa y desacertada, siendo preferibles, en cualquier

caso, los de "alteuropeo" o "paleoeuropeo", en el sentido de "antiguo europeo", para designar al grupo étnico originario, mientras aquél quedaría reservado al ámbito de la lingüística comparada.

Fundamental en la construcción del mito ario fue el romántico alemán Friedrich Schlegel, que puede considerarse como el fundador de la "indogermanística". Estudioso del sánscrito y, por extensión, de todas las lenguas indoeuropeas emparentadas, en una época en la que se creía que el origen de la raza blanca se debía situar en el norte de la India y que luego irradió por todo Occidente, parece que fue el creador del término "ario", haciéndolo derivar del sánscrito "arya", con sus notables correspondencias en el griego "aroi", relacionado con el de "aristós" (nobleza) y el de "areté" (virtud), el latín "herus" (señor), el irlandés "air" (honrar) o el alemán "ehre" (honor) o "herr" (señor). Durante todo el siglo XIX los lingüistas pasaron de defender el origen asiático de estos pueblos a situarlo en distintos lugares de Europa: la zona caucásica, las estepas rusas, la región danubiana, los países bálticos, el septentrión alemán, la península escandinava, etc.

Posteriormente, el hindú Lokamanya Bal Gangadhar Tilak, basándose en una serie de tratados y rituales védicos (el *Devayana* y el *Pitriyana)*, llegaba a radicales conclusiones sobre el hogar de origen de los arios, que describían una división del año en dos partes, una indeterminada y otra clara, como en las zonas polares donde se conoce un día y una noche de seis meses cada una (seis meses de claridad y seis meses de oscuridad, como en las regiones septentrionales). De hecho, el *Avesta* informa igualmente de que, en la patria originaria de los arios, el invierno contaba con diez meses, mientras que el verano sólo contaba con dos. Para desarrollar su tesis, Tilak recurría también a numerosos mitos griegos, romanos, germanos, eslavos, e indios, que mencionaban una estancia primitiva ártico-hiperboreal o circumpolar, en las regiones próximas al polo ártico, caracterizada por una noche interminable, en la que los extranjeros conquistadores de la India debieron tener su primer hogar,

Por su parte, el *Rig-Veda* describe las luchas de los "aryas" (grandes, bellos, de bella nariz) con los "dasa" (pequeños, negros, sin nariz). Distingue entre un "aryavarna" (color ario) y un "dasavarna" (color enemigo) o un "krishanavarna" (color oscuro). Los arios son rubios, *"hari-kesha"* (de cabeza rubia) o *"hari-shmasharu"* (de barba rubia), o simplemente los *"hari"* (los rubios). También los dioses y los héroes homéricos son descritos como rubios o de cabellos dorados como el sol, de piel blanca como la nieve y de ojos con el iris azul como el cielo. Y así también los latinos romanos, cuyas primeras élites (los ascendientes de los patricios) mostraban un acentuado blondismo en el cabello (*"rutilus",* rubio fuerte, o *"flavus"*, rubio suave), ojos azules (*"caesius")* y alta estatura *("longus")* que, por otra parte, impregnaron el ideal estético romano.

De esta forma, el tipo físico predominante entre los antiguos pueblos indoeuropeos –desde los arios hasta los germanos- se convirtió pronto en objeto de

los comentarios de los escritores clásicos, que eran coincidentes en la notoriedad de sus cuerpos altos, ágiles y musculosos, piel blanca sonrosada, cabellos rubios o rojizos y acerados ojos azules, si bien ello hay que ponerlo en relación con la novedad que supondría para los ojos de los observadores mediterráneos, de pigmentación oscura, el descubrimiento de unos rasgos físicos tan distintos a los suyos aunque, sin duda, eran también los que correspondían al canon de belleza clásico, seguramente impuesto por anteriores conquistadores nórdicos como los helenos, los ilirios y los latinos. En cualquier caso, estas descripciones corresponderían al elemento más visible de estos conjuntos populares multitribales, esto es, a los nobles jefes y guerreros, dadas sus prácticas endogámicas, pero no al resto de la población, que sería el resultado de una amalgama multiétnica muy lejana ya del *Herrenvolk* (raza de señores) glorificado por los antropólogos afectos al nazismo.

Pero el mito ya estaba servido: el debate sobre la preexistencia de una humanidad "ario-nórdica" superior, abierto quizás prematuramente y clausurado abruptamente por los intereses y objetivos de un secular adoctrinamiento dirigido a las nuevas generaciones, formadas en una frágil conciencia europea y presas de una presunta culpabilidad derivada de la victimización causada por un estigma racial que no alcanza a comprenderse, ni a interpretarse, por los parámetros humanistas y racionalistas entre los que se desenvuelve –y se revuelve- la mal llamada civilización occidental.

Pero realmente, ¿existió un nexo intrahistórico e ideológico común entre Darwin, Schlegel, Gobineau, Chamberlain, Wagner y Hitler? La respuesta debería ser rotundamente negativa. No obstante, la forma en que Hitler –que se consideraba a sí mismo como heredero de la refinada cultura europea de tradición grecorromana frente a la rudeza de las costumbres nórdico-germanas- supo vulgarizar, sintetizándolas, popularizar, ideologizándolas, y finalmente, explotar las constantes vitales de la "arianidad" en aras de sus objetivos "bio-geo-políticos" de expansión territorial, colonización racial y dominación mundial, podría hacernos pensar en la tangibilidad de ese inexorable conductor al que llamamos destino. Algo en lo que no cree el autor, aunque la historia, en ocasiones, esté condenada a repetirse.

BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL:

ALEMANY, J. "La lengua aria, sus dialectos y países donde se hablan", Titania, 2004.

ARDREY, Robert. "La evolución del hombre: la hipótesis del cazador", Alianza Editorial, 1983.

BOSCH-GIMPERA, P."El problema indoeuropeo", Méjico, 1989.

CAVALLI-SFORZA, L. L. - "Genes, pueblos y lenguas", Crítica, Barcelona, 2000.

DUMÉZIL, G. - "Los dioses soberanos de los indoeuropeos", Barcelona, 1999.

EVOLA, J. "El misterio hiperbóreo. Escritos sobre los indoeuropeos", Ed. Nueva República, Barcelona, 2005.

- "La raza del espíritu", Heracles, Buenos Aires, 2005.

- "El mito de la sangre", Heracles, Buenos Aires, 2006.

GÜNTHER, Hans. F.K. "Humanitas. Platón, custodio de la vida. Religiosidad indoeuropea", Col. Janus.

HAMILTON STEWART, W. "Orígenes y vínculos arios", Nuevo Reducto, 1999.

JACOB, A. "Atman. Los arios. Orígenes de la antigua religión indoeuropea", Ojeda, Barcelona, 2009.

KRAHE, H. "Lingüística indoeuropea", CSIC, Madrid, 1953.

KRETSCHMER P. y HROZNY B. "Las lenguas y los pueblos indoeuropeos", Madrid, 1934.

LUKÁCS, G. "El asalto a la razón: la trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler", Grijalbo, Barcelona, 1972.

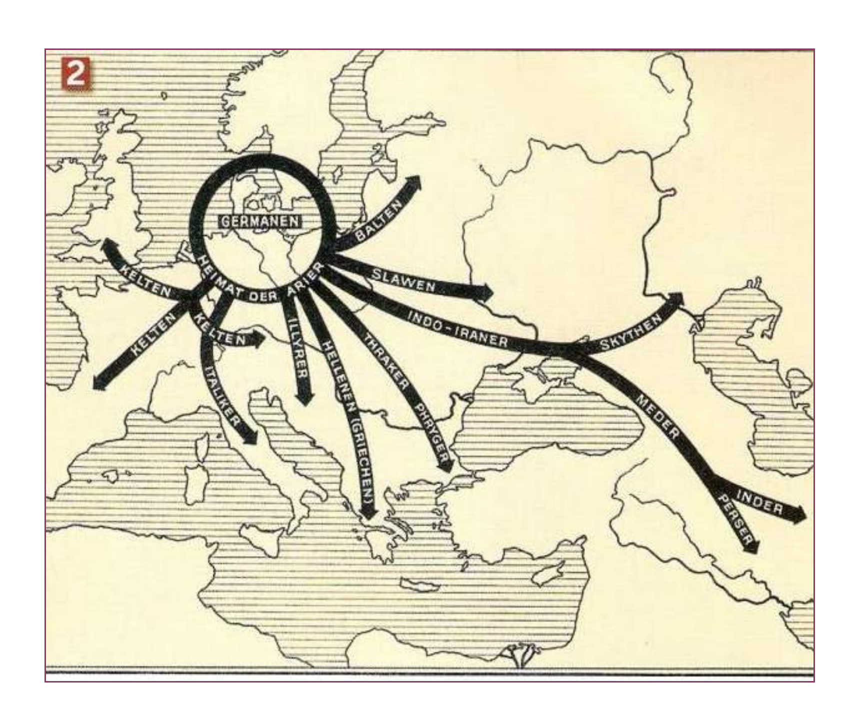
MARTINET, A. "De las estepas a los oceanos. El indoeuropeo y los "indoeuropeos", Gredos, Madrid, 1997.

RENFREW, C. "Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos", Crítica, Barcelona, 1990.

ROMUALDI, A. "Los indoeuropeos. Orígenes y migraciones", Ediciones del CEI, Madrid, 2002.

VILLAR, F.

- "Los indoeuropeos y los orígenes de Europa", Gredos, Madrid, 1995.



Los Orígenes de Europa

Teresa Inmaculada Cuenca Cabañas

Los primeros hombres, con ojos de color de cielo y cabellos de color de luz, engastaron en sus dagas de sílex la Piedra de Luna… pusieron en movimiento las aspas del sol y se adueñaron de la Tierra por añadidura. Buscaban Avalón en este mundo y la Piedra de Luna tuvo para ellos significado diferente. El Guía fue el primer Caminante de la Aurora y su nombre cambia en las Edades. La Piedra de Luna estuvo entre sus cejas. La daga de sílex en sus manos. La Tierra bajo sus plantas. La piel del Carnero fue el emblema que se mecía al viento de esas edades.

M. Serrano, Las Visitas de la Reina de Saba

En 1933 Werner Jaeger en la introducción a Paideia (2000, 4-5) afirmaba que "…nuestra historia -en su más profunda unidad-, en tanto que sale de los límites de un pueblo particular y nos inscribe como miembros de un amplio círculo de pueblos, "comienza" con la aparición de los griegos. "Comienzo" no significa aquí tan sólo comienzo temporal, sino también arjé, origen o fuente espiritual, al cual en todo grado de desarrollo hay que volver para hallar una orientación (…) No se trata sólo del sentimiento de un parentesco racial, por muy importante que este factor sea para la íntima inteligencia de otro pueblo. Cuando decimos que nuestra historia comienza en Grecia, es preciso que alcancemos clara conciencia del sentido en que en este caso empleamos la palabra "historia" (…) que se funda en una unión espiritual viva y activa y en la comunidad de un destino, ya sea la del propio pueblo o la de un grupo de pueblos estrechamente unidos. Sólo en esta clase de historia se da una íntima inteligencia y un contacto creador entre unos y otros (…) Esta comunidad existe entre a totalidad de los pueblos occidentales y entre éstos y la Antigüedad clásica. Si consideramos la historia en este sentido profundo, en el sentido de una comunidad radical, no podemos considerar a planeta entero como su escenario y, por mucho que ensanchemos nuestros horizontes geográficos los límites de "nuestra" historia no podrán traspasar nunca la antigüedad de aquellos que hace algunos milenios trazaron nuestro destino". Esta extensa cita del helenista alemán condensa las ideas que han flotado en el ambiente ilustrado europeo sobre nuestros orígenes durante los últimos siglos: es en la Hélade donde nace, lo que en función de nuestra autopercepción, denominamos Europa. Y esta idea, permanece más de medio siglo después plena de vigor.

Efectivamente, es indudable que Europa es depositaria de un inmenso legado griego, legado rico en luces pero en el que existen también algunas sombras de las que proceden algunos de los rasgos más problemáticos que caracterizan al Occidente de un ayer reciente y a la práctica totalidad del mundo de hoy. Sin embargo, Grecia, más que nuestro origen, constituye el espejo más bello al que nos hemos asomado los hombres de Occidente buscando la imagen arquetípica que internamente sentimos como propia. El hombre europeo de todos los tiempos intuye que para los helenos al igual que para él, por decirlo con A. Romualdi (2003, 42), "El kòsmos es lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el Orden del Universo y el del cuerpo humano. La última instancia del mundo de los cuerpos y de la sociedad es el Orden, al igual que el del conocimiento es el Ser". En realidad, Grecia no es el origen de Europa Grecia es Europa. Grecia constituye uno de los más bellos capítulos del devenir del hombre occidental sobre este mundo. Porque la Hélade no surgió de la nada, no fue una creación en el vacío, sino que sus raíces se hunden en lo más profundo de la prehistoria europea, raíces que comparte con el resto de pueblos de este continente. Y son esas raíces las que, floreciendo de esa manera única, han dado forma a esa imagen que permanecerá ya por siempre en el espíritu del hombre europeo.

Porque los orígenes de Europa se remontan muchos milenios atrás.

Hace alrededor de 40.000 años hace aparición repentinamente sobre la superficie de nuestro continente un tipo humano del que hasta ese momento no se ha tenido noticia. Su aparición casi simultánea por toda la superficie de Europa al sur del frente helado de los glaciares, o quizás su prodigiosamente rápida expansión, plantea en la actualidad incógnitas muy difíciles de resolver. Estos hombres, diseminados por vastísimos espacios, son portadores de una cultura material asombrosamente homogénea, que la arqueología conoce como Auriñaciense. Los restos fósiles, no muy abundantes, nos hablan de hombres de talla elevada y cráneos dolicocéfalos de una capacidad media superior a la actual, mandíbulas cuadradas y mentones prominentes. Es el denominado tipo de Cromañón, que subsiste en la actualidad, sin apenas variación, en el denominado tipo dálica, que se concentra especialmente en la Europa nordoccidental (1). Junto a este tipo se encuentra el denominado tipo de Brno que difiere del anterior por un frontal más estrecho y huidizo, de fuertes arcadas supraorbitarias y una cara más alta y prognata (2) (Delporte 1998, 29-35). La ruptura que supone la brusca irrupción del Auriñaciense es total. Pocos milenios después los neandertales desaparecen de la faz del continente y es probable que los últimos individuos que murieron en el sur de la Península Ibérica fueran los últimos de su especie.

Se ha afirmado a veces que el Paleolítico Superior en Europa parece más un prolongado epílogo que el prólogo de un amanecer. Todavía en el Avesta, en el Veda o en los testimonios tradicionales célticos podemos encontrar ecos de la nostalgia con la que los antepasados de celtas e indoiranios miraban hacia los hielos

del Norte, de la memoria del Airyana Vaejo, la Patria de los Orígenes… Quien sabe, pero en todo caso la ciencia no está en condiciones de afirmar demasiado sobre los milenios que preceden a esta súbita aparición (3).

A. Romualdi (2002, 35-6) describe así los milenios que siguen a la llegada del hombre a Europa: "Durante decenas de miles de años una profunda cubierta de hielo se extendió por toda a Europa septentrional, alcanzando el curso inferior del Rin y los Cárpatos. En aquella época la Europa central era una tundra polar, mientras en la Península Ibérica vivían grandes manadas de renos y de bisontes. Las comunidades humanas que permanecieron en el continente se concentraban principalmente las costas atlánticas, donde el clima marítimo y la Corriente del Golfo, junto a una gran cantidad de abrigos y cavernas, ofrecían condiciones de vida más tolerables (…) En esta eterna estación de niebla y hielo, semejante a un día de noviembre, húmedo y frío, no lo suficientemente gélida como para impedir la vida pero sí lo bastante como para hacerla dura y difícil, creció un tipo humano de pigmentación débil y ojos claros, mal adaptado a la luz y al calor del sol, pero alto, robusto, duramente seleccionado y provisto de mesura, firmeza y tenacidad, a partir de la raza de Cromañón (…) en aquel clima de continuo invierno, este tipo humano desarrolló las características propias de la gente del Norte, características que encontraremos posteriormente entre los pueblos indoeuropeos: la actitud investigadora e inventiva, una cauta prevención y unos duros criterios selectivos". Hacia el 20.000 B.C el complejo Auriñaciense se transforma para dando origen al periodo Solutrense, el cual se prolonga apenas durante dos milenios para dar paso al Magdaleniense, la era del arte parietal cuaternario, que durará aproximadamente hasta el 10.000 B.C. A partir de este momento la retirada de los hielos hacia el norte se acelera y un milenio después el hombre se ha asentado en la zona más septentrional del continente.

Siguiendo la retirada de los hielos y a las manadas, los humanos han poblado con relativa densidad la llanura nordeuropea y la cuenca del Báltico. Las comunidades del Norte comienzan a mostrar una acusada personalidad frente al complejo mediterráneo que comienza igualmente a afirmarse. Escribe C.H. Boettcher (1999, 28): "En resumen, se evidencian ya al menos desde el mesolítico una separación de Europa entre dos complejos de población, tal y como ocurre en mayor o menor medida en la actualidad. Uno presenta un tipo humano más robusto y más bien despigmentado, mientras que el otro es mas grácil y más bien oscuro. No obstante, ambos son európidos. Con todo el complejo nórdico no está circunscrito al territorio de la Europa septentrional y nordoccidental. Alcanza, presentando toda variedad de particularidades, desde las costas bretonas a los ríos ucranianos." y algo antes (1991, 15): "Ambos grupos de población európidos se separaron al menos desde el Mesolítico y se diferenciaron también de manera llamativa en lo relativo a sus ritos funerarios. En el Norte se enterraba a los muertos en decúbito supino, con la mirada dirigida hacia el cielo, en el Sur

flexionados, en el seno materno de la Tierra". Dos ritos que testimonian el contraste entre dos mundos que no tardarán en entrar en colisión.

A partir del noveno milenio se constata toda una serie de desarrollos socioeconómicos que transforman las culturas epipaleolíticas de Hamburgo y Ahrensburg en el complejo de Maglemose, el cual abarca desde Gran Bretaña, entonces unida al continente, hasta las costas orientales del Báltico, un mar cerrado en aquella época (mapa 1). La caza estacionaria y el desarrollo de una pesca de bajura favorecieron el sedentarismo de las poblaciones asentadas en las cercanías de las costas. Los desarrollos técnicos, las características del Mar del Norte, entonces una especie de enorme bahía, y el arrojo de los hombres llevan a la pesca de altura: el resultado es el establecimiento de comunidades muy estables y prósperas. La caza zonal comunitaria y las exigencias de la vida en el mar contribuyen a desarrollar fuertes vínculos jerárquicos y tradiciones marciales entre los grupos masculinos.

A mediados del VI milenio, con su territorio dislocado por la crecida del nivel del mar, la cultura de Maglemose entra en crisis, transformándose en su zona central (Escandinavia meridional, Jutlandia y norte de Alemania) en la cultura de Ertebølle-Ellerbeck (mapa 2). En ésta se van a acentuar los rasgos antes citados: la navegación marítima y fluvial conoce un auge extraordinario y la red fluvial de Mitteleuropa septentrional se convierte en una tupida red de comunicación, con el Elba como eje principal. Se desarrollan una agricultura de azada y la ganadería, labores que quedan en manos de la mujer mientras que el hombre se dedica a la caza y a la pesca. Este complejo, muy próspero cultural y económicamente, se expande siguiendo las cuencas fluviales hacia el oeste, hacia Polonia (Cultura de Janislawice) y hacia Ucrania donde, con toda probabilidad, grupos salidos de su seno darán origen a la Cultura del Dnieper-Don. Es en la Cultura de Ertebølle-Ellerbeck donde comienza a cristalizar la lengua indoeuropea.

Medio milenio antes de que comenzase a tomar forma la Cultura de Ertebølle-Ellerbeck, empieza a producirse un fenómeno de naturaleza muy diferente. Desde la zona balcánica, el antiguo solar de la Cultura de Vinça, de lejanas raíces próximo-orientales, comienzan a migrar hacia el norte pequeños grupos de colonos agrícolas. Practicando una agricultura de rozas y un rápido abandono de las tierras esquilmadas, estas pequeñas células de hombres de raza mediterránea van infiltrándose por la Europa central siguiendo el curso de los ríos. Gentes pacíficas y desarmadas, portan consigo la costumbre del enterramiento flexionado y un sistema de creencias en el que el principio materno-colectivista juega el rol principal. Se trata de la denominada Cultura de la Cerámica de Bandas o Cultura Danubiana. Su progresión hacia el norte les lleva a entrar en contacto con la población mesolítica centroeuropea, al sur de la llanura septentrional. Estos encuentros tienen como consecuencia un proceso de aculturación mutuo y la cristalización de culturas como la de Rossen, en la que se conjugan tradiciones cazadoras y guerreras con las nuevas traídas por los colonizadores meridionales y

en la que, a diferencia de otros casos paralelos, predomina el componente étnico nórdico.

El choque entre las dos culturas en expansión, una guerrera, Ertebølle-Ellerbeck, y otra pacífica, la Danubiana, era tan inevitable como previsible fue su resultado. A unas primeras épocas en las que los navegantes fluviales de Ertebølle-Ellerbeck comerciaron, saquearon y sometieron a tributo a las comunidades de la Bandkeramik, sucedió la gran era de la expansión y del sometimiento in situ. Una sociedad que ya había conocido un fuerte desarrollo jerárquico interno encontraba el camino abonado para establecer unas estructuras políticas y sociales de dominio, que bien podríamos calificar con C.-H. Boettcher de feudales, sobre las comunidades de colonos agrícolas. Y este proceso va conducir a la formación de lo que Marija Gimbutas calificó como el "Reich de los Vasos de Embudo". Esta cultura aparece alrededor del 4.300 BC mostrando rasgos muy homogéneos. Su área de expansión puede verse en el mapa 4. Las fechas obtenidas muestran a los grupos septentrional y oriental como los primeros en constituirse, pero la formación del resto es casi inmediata y coetánea entre sí. Actualmente no existe controversia entre los especialistas sobre el hecho de que es en las presiones guerreras de los grupos septentrionales donde se encuentra la génesis de esta cultura (Boettcher 2000, 151-3) y que esta unidad sin duda se fundamentó en la expansión de un estrato dominante fuertemente vinculado entre sí que utilizó la navegación fluvial como vía de conquista y de interrelación.

Existe cierta tendencia a sobrevalorar el peso de los colonos sudorientales en la Cultura de los Vasos de Embudo o TBK, por ejemplo, Boettcher escribe (2000, 147): "No obstante, cada vez se evidencia con más claridad el carácter de cultura mixta, compuesta por diferentes elementos. Así, no existe un rito funerario unitario para la totalidad de la TBK. Estos pueden variar regionalmente. Enterramientos que siguen la costumbre de los cazadores, en decúbito supino, están junto a los que siguen las campesinas, flexionados. Esto indica que no existió tampoco una población homogénea Sin embargo, La cultura en su totalidad muestra una sorprendente gran uniformidad (…) Esta cultura debía su uniformidad, pesar de su multiplicidad, sin duda alguna a la energía formativa de su estrato señorial que ejerció su acción en vastísimos espacios". Con todo, en el complejo de los Vasos de Embudo ha desaparecido toda huella del matriarcado, de representaciones femeninas y de colectivismo característicos de la Bandkeramik. Por otro lado, los enterramientos flexionados corresponden al grupo de Baalberg en el que se realizan siguiendo una estricta divergencia de orientación para hombres y mujeres, algo desconocido en la Cultura Danubiana. Son las concepciones espirituales e ideológicas del Norte las que se afirman y las que van a dar el tono tanto a la Cultura de los Vasos de Embudo como a las culturas que posteriormente derivarán de ésta.

Es en este marco político-cultural en el que se va a hablar lo que la investigación de los dos últimos siglos conoce como lengua indoeuropea. Con toda probabilidad, no se diferenciaría apenas de la lengua hablada por las gentes de Ertebølle-Ellerbeck, pero es en los 1.500 años que dura el devenir de la cultura de los vasos de embudo cuando madura como lengua y cuando crea muchos de los rasgos lingüísticos y socioculturales que han podido ser descubiertos o reconstruidos (4).

Una de las manifestaciones más impresionantes de la TBK es la arquitectura funeraria megalítica, expresión de una aristocracia de fuertes tradiciones sociales y testimonio del sedentarismo de las estirpes nobiliarias. Otro de los elementos característicos de esta cultura es la cerámica que "…evolucionando desde la forma sencilla del vaso de embudo, alcanza límites de gran belleza y racionalidad (…) las cerámicas nórdicas no conceden nada a la pura ornamentación. Todas las líneas subrayan la arquitectura de los vasos, las junturas y las separaciones. Günther contrapone la "lujosa proliferación de las formas ornamentales de la cerámica de bandas", en la que se plasma la sensibilidad meridional de los danubianos, a la tendencia nórdica hacia "las robustas formas geométricas o tectónicas, hacia formas de un espíritu que une tensión y mesura"" (Romualdi 2002, 42). Esta cultura se corresponde con la imagen que la paleolingüística ha forjado del mundo técnico-cultural de la Urheimat indoeuropea: la ganadería y la agricultura, el metal, el carro, las naves y el hacha de combate, las fortificaciones y las huellas de una sociedad fuertemente jerarquizadas. También su entorno natural, faunístico y vegetal se corresponde con la misma imagen: la anguila, el castor, el lobo, la alondra… así como el tejo, el abedul, el olmo, etc. (Haudry 1999, 149-52). Es desde el mismo corazón del continente de donde partirán las corrientes indoeuropeas en las que Occidente encuentra su más profunda unidad.

En el paso del IV al III milenio la Cultura de los Vasos de Embudo se transforma en complejos en los que el elemento ganadero aumenta de importancia con relación al agrícola. La primera cultura que se forma es conocida como la Cultura de Baden, extendida por toda la cuenca del Danubio. Poco después, la Cultura de las Ánforas Globulares, que se extiende desde la llanura nordeuropea oriental hacia Ucrania. Poco después, alrededor del 2.800, el resto del área ocupado por la TBK tardía y parte del de las ánforas Globulares se transforma paulatinamente en la Cultura de la Cerámica de Cuerdas, cultura de marcado carácter guerrero que se expande muy profundamente hacia el este, donde encontrará en el territorio de la estepa con la Cultura de la Tumbas con Ocre, heredera de la cultura del Dnieper-Don. De su choque surgirá la individualización del ethnos indoiranio. Son típicos sus cerámicas decoradas con impresiones de cordoncillos, técnica ya conocida en sus culturas de origen la TBK y la Cultura de las Ánforas Globulares, así como sus hachas de combate y su rito funerario que repite el esquema del grupo de Baalberg de la TBK: los varones flexionados sobre la derecha y las mujeres sobre la izquierda. En esta cultura presenta en todo su

enorme ámbito de expansión una extraordinaria homogeneidad étnica de carácter nórdico. Este es el tipo que puede aislarse como el más importante de los estratos superiores de los diferentes pueblos indoeuropeos (Günther 1936; Kilian 1988, 121-53; Haudry 1999, 165-8; Romualdi 2002, 105-34, 176 nota 59). Estos guerreros campesinos del hacha de combate van a protagonizar el primer gran movimiento de homogeneización indoeuropea de nuestro continente. La cristalización de estas culturas es el prólogo a las primeras gravitaciones indoeuropeas sobre a cuenca mediterránea y El Asia meridional (mapa 5). Posteriormente, entre el II y el I milenio los movimientos del complejo de los Campos de Urnas culminará el proceso de indoeuropeización de nuestro continente.

Pero el mundo que se ha convenido en denominar indoeuropeo no se limita a elementos de orden antropológico o histórico-cultural. Es en otro orden de ideas donde Europa encuentra su verdadero Principio, tomado este término en todos sus valores. Es fundamental que tengamos presentes las palabras de Jaeger con las que se iniciaba este artículo, porque, efectivamente, existe una comunidad espiritual y activa entre los pueblos occidentales del hoy y los ciclos de nuestro más remoto pasado. Podemos ver en le concepto de Orden el eje central de la concepción indoeuropea de lo sagrado: "Emerge ya del Rig-Veda el concepto central de la religiosidad indoeuropea y de al raza blanca: el concepto de Orden: El orden entendido como Lògos universal y colaboración de las fuerzas humanas con las divinas (…)El orden, en tanto que esencia, del universo indoeuropeo, está en el mundo y más allá del mundo. Constituye la fuente de a que surgen el kòsmos visible y el invisible. Los símbolos de ambos se superponen, significando los primeros sobre el plano del devenir natural lo que sobre el plano del Ser no deviene sino que naturalmente es" (Romualdi 2003, 24,26). Este Orden que se manifiesta en el equilibrio de todo lo manifestado es para el hombre indoeuropeo, a la vez una intuición y un horizonte en la propia construcción física y espiritual. Escribe H.F.K. Günther (S.F., 191): "El ario vive en un equilibrio de cuerpo y alma, aunque considera el alma y el cuerpo como dos cosas diversas y distintas. En general, se puede decir que el mundo indoeuropeo ha vivido siempre en la unidad cuerpo y alma; los germanos estuvieron incluso a considerar el cuerpo como una expresión del alma", expresión del alma e instrumento de conquista espiritual en la que el desarrollo de una mesura interior se presenta como primer requisito: "Moderación y control (el latino iugum y el alemán Hoch), métron, temperantia son, como se ha mostrado anteriormente, caracteres específicos de la originaria religiosidad nórdica e indoeuropea: eusébeia como sinónimo de sofrosýne. A la religiosidad budista le es propia el precepto de la inmutabilidad de espíritu (en sánscrito upeksha y en pali upekha), exactamente cono en el estoicismo (ataraksía)" Günther (S.F., 207). Así, la única culpa (que no pecado) del hombre es la hýbris, la rebelión contra el Orden…

Un mismo fondo espiritual y ético que toma forma en unas imágenes del mundo divino y una práctica del culto sensiblemente parejas, vincula a los diferentes ciclos indoeuropeos. Jean Haudry (1999, 95-6) resume las características

de lo sagrado entre los indoeuropeos, resaltando su carácter politeísta, y su diversificación, con dioses, ritos y fórmulas propios para cada grupo social, de donde derivan su tolerancia y antiproselitismo, así como la posesión de mitos y símbolos a cada nivel social, lo que testimonia la existencia de un trasfondo iniciático, y la ausencia de dogmas. Religión de acciones y no de fe, donde a estricta ejecución del rito es fundamental. Religión política de jefes y no de sacerdotes, donde el poeta puede estar poseído por el furor divino pero donde el oficiante es un magistrado digno y severo. Religión en la que la práctica de la magia deriva del conocimiento de la analogía de los diferentes planos, conocimiento que lleva a condenar severamente la brujería y los cultos estáticos extranjeros. Religión de la claridad, de la forma y de la luz. Religión del conocimiento, del despertar. Religión del Orden.

Estos rasgos que reconocemos como propios de la religiosidad helénica, los vemos reproducidos por doquier en el ámbito indoeuropeo. Sus raíces se encuentran muy al Septentrión de la Península Balcánica y muchos milenios antes de que los primeros helenos avistasen las riberas del Mediterráneo. En las Edades en las que los hombres todavía veían y sabían. En las nieblas de la Prehistoria. En los Orígenes de Europa.

* * *

(1) Alrededor del tipo cromañón-dálico existen algunas cuestiones llamativas: por ejemplo, los estudios de biología molecular realizados por Sykes (2001) han establecido que es precisamente en esta área del continente donde permanece la gran mayoría de individuos cuyo ADN mitocondrial presenta la variación que puede considerarse más arcaica de Europa. Y es igualmente llamativo que la raza dálica sea, curiosamente, la que presenta un mayor grado de despigmentación de todas las razas humanas, constatable también en sus reliquias norteafricanas y de las Islas Canarias. No podemos extendernos aquí sobre la periodización del Auriñaciense, ni sobre los debates acerca de su origen y sus relaciones tanto con el musteriense como con las presuntas "culturas transicionales" (Bacho Kiro, el Uluzziense o el Chatelperroniesnse) ni tampoco el reciente intento de desvincularlo del "hombre anatómicamente moderno". Baste recordar que los intentos de situar origen el complejo auriñaciense en Oriente Próximo se han abandonado puesto que en esta zona es claramente intrusivo (Delporte 1998, 113-4) y que la opinión más extendida entre los especialistas es que la irrupción del Auriñaciense comporta una solución de continuidad radical en tipología física y comportamiento humanos y tecnología en relación a los neandertales y los tecnocomplejos a ellos asociados. Por otro lado, el simbolismo inherente a las manifestaciones culturales o artísticas del Paleolítico superior permitiría hipotetizar sobre la concepción del hombre con lo sagrado en aquellas edades. Las tesis avanzadas por el mundo científico, como el chamanismo, las tesis de un Leroi-Gourhan, o las relaciones del arte parietal con las representaciones del firmamento, se apoyan en datos en su casi totalidad de los

periodos más recientes y parten de premisas ideológicas y metodológicas cuanto menos desenfocadas. Tal y como afirman los testimonios tradicionales posteriores y sugiere la "desnudez" del registro arqueológico, la relación del hombre con lo inefable en la Europa de aquel entonces debía seguir vías de conocimiento e identificación, más cercanas a la visión de los Rishis de la que nos habla la Tradición hindú que a las concepciones religiosas modernas.

(2) En el tipo de Brno se ha querido ver la prueba de una evolución neandertal hacia el "hombre moderno". Sin embargo, los especímenes de Mladec, que son los mejor conservados de este tipo no muestran ningún rasgo vinculable con neandertal. Por otro lado los análisis de ADN realizados hasta la fecha a neandertales niegan rotundamente esta posibilidad: Estamos ante dos especies distintas.

(3) Sobre esta cuestión pueden verse las obras de Christian Levalois, Hiperbórea Regreso a los orígenes, 1987 Barcelona, o el fascinante libro de L. G. Tilak, The Artic Home in the Veda, Puna 1956 y la valoración de la cuestión que realiza J. Haudry (1999).

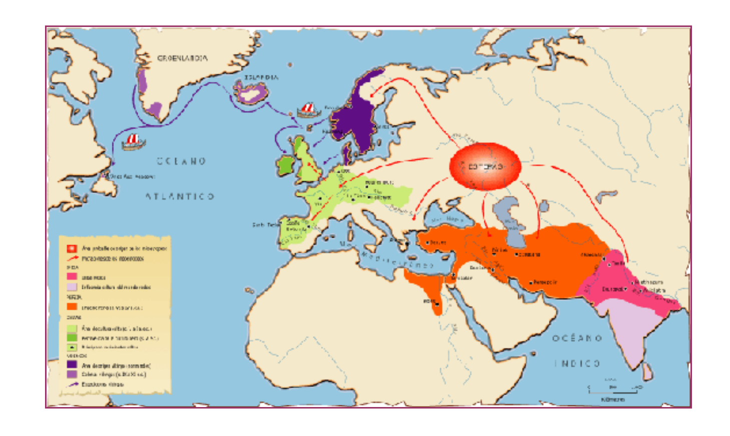
(4) A pesar de que, efectivamente, la lengua hablada por los colonos de la Cultura de la Cerámica de Bandas, que sin duda era muy diferente a las que hablaban los pobladores mesolíticos de la Europa central y septentrional a su llegada, pudo dejar una pequeña impronta en el indoeuropeo (véase Romualdi 2002, 164-5 notas 21, 22) e, incluso, colaborar como lengua de substrato en el proceso de dialectalización de aquel no podemos seguir a C.H. Boettcher cuando sostiene el carácter de lengua mixta del indoeuropeo, tesis rechaza por la mayoría de especialistas en la actualidad.

Referencias:

* Boettcher, C.H., (1999) Der Ursprung Europas, St. Ingbert.

* Delporte, H., (1998) Les Aurignaciens, premiers Hommes modernes, París.

* Günther, H.F.K., (1936) "Indogermanentum und Germanentum, rassenkundlich betrachtet", en Helmut Arntz (ed.), Germanen und Indogermanen. Festschr. für H. Hirt, Heidelberg, 317-340.



Renfrew y la revolución del radiocarbono

Pierre Vial

Desde hace varios años se viene constatando que la arqueología — como cualquier otra ciencia — no puede ser "neutra". En efecto, la arqueología nos aporta enseñanzas que, queramos o no, van a cimentar o a demoler tales o cuales tesis sobre la historia de las sociedades humanas, desde las primeras y más lejanas etapas que podamos identificar (una cuenta atrás que en los últimos veinte años ha hecho impresionantes progresos) hasta los estadios más recientes de los diversos desarrollos culturales (¿acaso no se habla hoy corrientemente de "arqueología industrial"?). Y por ese motivo, la arqueología está en el centro de muy virulentos debates ideológicos, bien a pesar de algunos arqueólogos que desearían no tener que levantar la nariz del campo de excavaciones.

La muerte del "difusionismo"

Esto es lo que demuestra la obra del eminente universitario británico Colin Renfrew, director del departamento de Arqueología en la Universidad de Cambridge. Con la publicación de *El alba de la civilización*, Renfrew sacó del armario un cadáver que desde entonces no ha dejado de dar que hablar (1). Ese cadáver es la vieja tesis del *Ex oriente lux* (de Oriente viene la luz). Según esa teoría — digamos más bien ese postulado, vinculado a una visión "bíblica" de la historia —, tanto la cultura como la civilización han nacido en alguna parte entre Mesopotamia y la cuenca oriental del Mediterráneo. Así, el Oriente sería, en la historia de la humanidad, la cuna de la civilización, de toda civilización. Después, a partir de ese hogar oriental, la cultura y la civilización habrían sido exportadas hacia las tierras y pueblos de Europa, cuyo carácter salvaje habría sido progresivamente corregido por las benéficas influencias orientales. ¿Esquema simplista? No hace tanto tiempo que el muy distinguido prehistoriador V. Gordon Childe, cuyas convicciones

marxistas no eran por otra parte ningún secreto (y lo uno explica lo otro), escribía tranquilamente (en la revista *Antiquity*, en 1958) que la evolución de la prehistoria podía resumirse en "una radiación de la civilización oriental sobre la barbarie europea". Como es perceptible, Gordon Childe no abusaba de los matices…

Así pues, la tesis "difusionista" — para darle el nombre científico que utilizan los universitarios — consideraba que lo esencial en el trabajo de prehistoriadores y protohistoriadores debía consistir en reconstruir las etapas a través de las cuales el progreso técnico venido del Próximo Oriente había llegado hasta las orillas del Atlántico. Quien osara sugerir tímidamente la hipótesis de un origen puramente europeo de las construcciones megalíticas —el impresionante conjunto de Stonehenge, por ejemplo— vería cómo se reían en sus narices, tachado de impostor o, en el mejor de los casos, de iluminado.

Hoy nadie podría tildar de impostor o iluminado a Colin Renfrew, cuyos trabajos son referencia de autoridad en el mundo científico. Sin embargo, la cosa no deja de causar comezón en algunos medios, porque Renfrew ha provocado una verdadera revolución — numerosos comentaristas han utilizado ya este término — en materia arqueológica. Él mismo, más modestamente, habla de "crisis" en el estudio de la prehistoria. Y lo explica así: "Los arqueólogos se dan cuenta, en todo el mundo, que gran parte de lo que nos exponen nuestros manuales es inadecuado — y, a veces, pura y simplemente falso (…) El gran impacto, la peripecia apenas imaginable hace aún pocos años, era que la prehistoria, tal y como se nos ha venido enseñando, se funda en varias hipótesis que no pueden ser tenidas como válidas (…) Muchos de nosotros, hoy, hemos llegado a creer que las pirámides egipcias son los más viejos monumentos de piedra del mundo y que fue en el Próximo Oriente, en las tierras fértiles de Mesopotamia, donde el hombre construyó sus primeros templos, justo donde emergieron las primeras grandes civilizaciones y donde fue inventada la metalurgia. El trabajo del cobre y del bronce, la arquitectura monumental y otras técnicas, habrían sido transmitidas entonces a poblaciones menos avanzadas de los territorios vecinos y, gradualmente, fueron difundiéndose sobre gran parte de Europa y el resto del Viejo Mundo. Los primeros monumentos prehistóricos de la Europa occidental, las tumbas megalíticas de piedras colosales, nos suministrarían un ejemplo realmente interesante de esta difusión cultural (…) Constituyó un auténtico choque mental el saber que todo esto era falso, que las sepulturas megalíticas de la Europa occidental son más viejas que las pirámides — hoy mismo se consideran los más antiguos monumentos en piedra del mundo" (pp. 15-16).

En la base del revisionismo desarrollado por la escuela de la "nueva arqueología" (donde Renfrew se codea con eminentes investigadores como L.R. Binford y J.G.D. Clark) se encuentran los problemas de datación. En efecto, las nuevas técnicas — lo que Renfrew llama "las revoluciones del radiocarbono" — han puesto en tela de juicio una cronología tradicional que venía siendo utilizada

desde el siglo XIX. La escala cronológica tradicional se fundaba en los puntos de referencia bien conocidos desde mucho tiempo atrás sobre la historia egipcia — las listas reales, con la duración de los reinos, establecidas en la época faraónica. Teniendo en cuenta las relaciones bien establecidas históricamente entre Egipto y las potencias vecinas, era posible trazar un cuadro general del estado del mundo pre y protohistórico en el que los sitios europeos sólo podían ser mucho más recientes y, por tanto, nacidos de la imitación de Oriente… ¿Quién habría osado proponer que los dólmenes bretones pudieran ser anteriores a las pirámides egipcias más antiguas, fechadas en —2700? ¿Y quién habría negado que los constructores de los megalitos del noroeste europeo no fueron sino lejanos y torpes imitadores de los arquitectos egipcios?

Cómo funciona el Carbono 14

Este cuadro bien ordenado ha sido completamente trastornado en algunos años. No sin traumas. "Después de todo — señala con humor Colin Renfrew —, no hace mucho más de un siglo desde que los investigadores renunciaron a tomar la Biblia al pie de la letra cuando ésta decía que el mundo había sido creado en siete días, el año 4004 antes de J.C."… (2). Y es que la datación por radiocarbono ha obligado a realizar revisiones desgarradoras. Pero aportando a la arqueología la respuesta a una importante y vieja pregunta: ¿Cómo datar un objeto, un sitio, y hacerlo no en función de tradiciones literarias, sino mediante un procedimiento auténticamente científico?

La datación por radiocarbono, resultado de los progresos de la física atómica, fue puesta a punto en 1949 por W.F. Libby y reposa sobre principios muy simples: el carbono 14, isótopo radioactivo del carbono, está presente en todas las materias orgánicas (vegetales y animales); a la muerte de un organismo, el C14 se descompone progresivamente emitiendo una radiación mensurable; midiendo la radioactividad restante en un pedazo de hueso, en granos de cereal o en cualquier otra materia orgánica, es posible datar la muestra (3). Esta técnica de datación, inicialmente muy criticada —no es fácil, psicológicamente, ver puestos en tela de juicio e incluso echados por tierra los resultados de los trabajos de uno, sobre todo cuando uno es un investigador de… digamos cierta edad —, se impuso sin embargo progresivamente en los años sesenta. Pero algunas debilidades del método del radiocarbono continuaban suscitando dudas. Así, el creador de este método, Libby, suponía que la concentración de radiocarbono en los seres vivos había sido constante a través del tiempo, de modo que, en una muestra dada, la concentración original de carbono 14 en la época en que estaba viva debía ser la misma que la de todos los seres vivos de hoy. Sin embargo, ahora sabemos que esto es inexacto: la concentración de radiocarbono en la atmósfera — y, por tanto, en los seres vivos — ha variado considerablemente. Así, hace seis mil años era mucho más fuerte que en nuestros días. Esto lo sabemos gracias a una nueva técnica, la dendrocronología, que permite corregir cuando hace falta las dataciones obtenidas a través del C14 (la

dendrocronología permite así robustecer, aportándole los matices necesarios, la datación por radiocarbono, contra ciertas afirmaciones que pretendían extraer de aquí un argumento para negarle legitimidad).

La dendrocronología, que Renfrew no duda en denominar "la segunda revolución del radiocarbono" por sus espectaculares consecuencias en materia de cronología arqueológica, reposa sobre una observación simple. En efecto, todo el mundo sabe que el crecimiento de los árboles, en primavera, produce cada año un nuevo anillo en el tronco. Si se cuenta la serie de estos anillos en una sección del tronco, se puede calcular la edad del árbol en el momento en que fue abatido. A partir de este principio —y teniendo en cuenta la variabilidad del espesor y de la densidad de los anillos anuales en función de los factores climáticos— se han podido precisar secuencias continuas con un alcance de varios milenios. Los trabajos efectuados por Edmund Schulman y Charles Wesley Ferguson han sido determinantes al explotar la extraordinaria fuente de información que constituye el *Pinus aristata* de California —un árbol que, en las Montañas Blancas, alcanza varios milenios de existencia: así se ha identificado un Pinus de 4.900 años, reconocido como el ser vivo más antiguo del mundo.

Las posibilidades de datación aportadas por el radiocarbono y la dendrocronología (complementadas con otras técnicas, como la utilización de la termoluminiscencia) han revolucionado las cronologías tradicionales en las que se apoyaban los defensores del difusionismo. En efecto, a partir de ahora es preciso envejecer considerablemente los sitios europeos —y por tanto se hace insostenible pretender que éstos sean una "imitación cultural" de los sitios orientales, porque son bastante anteriores a éstos—. Así, los megalitos bretones más antiguos datan del V milenio (el dolmen de Kercado, por ejemplo, se remonta hacia el año —4800), mientras que las pirámides egipcias más antiguas fueron levantadas en torno al —2700. Stonhenge, que se pretendía inspirado por Micenas, empezó a edificarse desde el III Milenio. En la península ibérica, aunque hay todavía pocas dataciones por radiocarbono, sabemos con seguridad que los dólmenes más antiguos son muy anteriores al año 3000 a.C. (—3700 en el sitio de Carapito, Portugal; —3300 en Los Millares, España), lo cual excluye cualquier origen oriental y da más bien la razón a Pedro Bosch-Gimpera, que sostenía el carácter autóctono de los monumentos dolménicos peninsulares (4). Nos remontamos más lejos todavía con los sitios de la Europa central. La cultura de Vincha, presentada por V. Gordon Childe como una etapa en la difusión de una "colonización" que partió de Troya (hacia el —2000), ha sido fechada hoy por el radiocarbono entre el fin del VI milenio y la primera mitad del V. Evidentemente, tal "zanja cronológica" de 2500 años cuando menos perturba el postulado difusionista…

Hay muchos otros ejemplos. Así, hoy es seguro que los primeros centros de la metalurgia del cobre, establecidos en el extremo sur de la actual Rusia, en Rumanía, en Bulgaria y en Yugoslavia, han conocido un desarrollo autónomo desde

el V milenio, independientemente de toda influencia oriental. El sitio de Varna, al borde del mar Negro, fechado en el año —4500, ha permitido descubrir espectaculares objetos de oro, mientras que en el Oriente Próximo el oro no aparece hasta 1500 años más tarde (5). Añadamos que otro de los grandes argumentos de choque tradicionalmente avanzados por los defensores de la primacía oriental —a saber, la invención de la escritura en Sumeria, donde las primeras tablillas aparecen hacia el año –2330— ha quedado también desmentido: en Rumanía y en Bulgaria se han encontrado plaquetas grabadas en sitios que hoy podemos datar entre los años —3500 y —3000.

Una visión nueva de la protohistoria

Así ha quedado aniquilado el bello razonamiento difusionista (una transmisión cultural que, partiendo del Próximo Oriente, habría ganado por etapas el Egeo, el Mediterráneo occidental y la Europa danubiana, y por último la Europa occidental). En su lugar, se impone la imagen de una pluralidad de focos culturales, autónomos, desarrollados en Europa antes que en las civilizaciones próximo orientales (6). Una constatación que tiene un peso ideológico comparable al de la tesis poligenética que hoy se impone en antropología, eliminando la de la monogénesis, directamente vinculada a la ideología bíblica (en el principio era Adán, y de esta única raíz han nacido las diversas ramas humanas…).

De hecho, lo que Renfrew propone es una nueva forma de aprehender la arqueología. "Lo que ha transformado a mi juicio la arqueología prehistórica — escribe nuestro autor — es que ahora no se habla ya de objetos, sino de sociedades, y se ha pasado del estudio del material de excavaciones, al de las relaciones entre las diferentes categorías utilizables de documentación. Anteriormente, todos los cuidados eran pocos a la hora de la clasificación, de la comparación y de la datación del material, como si todas estas reliquias inanimadas constituyesen el principal objeto de estudio. Lo que se juzgaba entonces fundamental era la clasificación del material recogido (…) Hoy día, los objetivos son más ambiciosos. Se trata de hablar de forma sensata sobre sociedades, cuyos objetos son los vestigios de que disponemos. Se trata de discutir su entorno, sus medios de existencia, sus técnicas, su organización social, su densidad demográfica, etc., y a partir de estos parámetros construir un cuadro y una explicación de los cambios que han venido produciéndose en ella (…) El nuevo paradigma que hace su aparición en el campo de la arqueología prehistórica será compuesto en función de las interrelaciones de seis o siete parámetros fundamentales, que podemos reconocer como determinantes del cambio cultural. Él relacionará el crecimiento de la población y su densidad con el modelo de subsistencia y los cambios de este modelo. Él conectará estos factores con la organización social y los contactos (comprendidos el comercio y el cambio) entre las comunidades vecinas y las regiones adyacentes. Finalmente, analizará cómo todo esto ha podido influir y determinar la estructura de las percepciones y creencias de la sociedad, comprendidos arte y religión, y

cómo éstos últimos, a su vez, han dirigido el modo de explotación del entorno y las técnicas de base utilizadas para tal situación" (pp. 276-278).

Así, una de las constataciones más sugestivas de Renfrew concierne a la "dimensión social" que supone una cultura como la de los megalitos. Son precisas estructuras comunitarias jerarquizadas, orgánicas (Renfrew utiliza el término "señoríos o cacicazgos", pp. 169 y ss.), para realizar grandes monumentos que van a traducir en el paisaje la significación de tal organización social. "Yo sostengo — dice Renfrew — que podemos considerar estos monumentos no sólo como sepulturas, sino también como centros públicos, frecuentemente utilizados como lugares de encuentro, quizá para todo un conjunto de ceremonias rituales con el objetivo de religar el conjunto de la comunidad tanto a sus antepasados como a sus muertos más recientes" (7).

Los trabajos de Renfrew aportan, en fin, una visión nueva, propiamente revolucionaria, de las sociedades protohistóricas y, por tanto, de las fuentes de la cultura europea. Esperamos con interés las reacciones que, en buena lógica, deberían suscitar (8).

Notas:

(1) RENFREW, Colin: *El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica*, Ed. Istmo, Madrid, 1986; traducción y presentación de José M. Gómez-Tabanera. La edición original del libro, con el título de *Before civilization*, data de 1973. Desde 1967, Renfrew había llamado la atención de los especialistas con su artículo "Colonialism and Megalithismus" en la revista *Antiquity*. Pese a la trascendencia de sus aportaciones y a su incontestable rigor científico, la referencia a la obra de Renfrew es sistemáticamente ignorada en el debate cultural oficial, especialmente en España (N. de la R.).

(2) "Pour une archéologie sociale", en *Sciences et avenir*, septiembre 1973.

(3) El carbono 14 pierde la mitad de su radioactividad en 5730 años; la mitad de la radioactividad restante tarda a su vez otros 5730 años en desaparecer, y así sucesivamente.

(4) Cf. BOSCH-GIMPERA, P.: *Prehistoria de Europa*, Istmo, Madrid, 1975. Don Pedro Bosch-Gimpera (Barcelona, 1891-México, 1974) fue uno de los grandes nombres de la historiografía en nuestro siglo, a pesar de lo cual es prácticamente desconocido en España fuera de los ambientes estrictamente académicos. Exiliado en Méjico desde 1939, sus obras sobre la prehistoria y sus aportaciones acerca de los indoeuropeos han demostrado ser sumamente certeras. El profesor Gómez-Tabanera, traductor y editor de Renfrew al castellano, fue también el editor de su *Prehistoria de Europa* (N. de la R.).

(5) Cf. Colin RENFREW: "Varna and the social context of early metallurgy", en Antiquity, noviembre 1978.

(6) Por sus trabajos, Renfrew confirma las intuiciones de autores más antiguos (entre otros Kossinna, Aberg, Schuchhardt o el ya citado Bosch-Gimpera) que habían reaccionado contra el difusionismo de Childe.

(7) "L'archeologie sociale des monuments mégalithiques", en *Pour la science*, enero 1984.

(8) En efecto, cabe esperar (?) la traducción de varias obras importantes de Renfrew, en particular *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium B.C.* (Methuen & Co., Londres, 1972) y Problems in European Prehistory (Edinburgh University Press, Edimburgo, 1979).

Georges Dumezil

Bernard Sergent

1. Primeros estudios y encuentro con Michel Bréal

Georges Dumézil nace en París el 4 de marzo de 1898. La historia de su familia es un notable ejemplo del ascenso social que durante mucho tiempo proporcionó la enseñanza pública. El abuelo, un modesto tonelero de Gironde, da a su hijo, Jean Anatole Dumézil (1857-1929) la oportunidad de matricularse en el liceo. El muchacho -que llegará a General- estudia lenguas y latín, entusiasmándose por la poesía latina, pasión que transmite a su hijo Georges, uno de los dos hijos que le ha dado su esposa, Marguerite Dutier (1860-1945). Y ese hijo será uno de los mayores sabios franceses, el más notable mitólogo (descontando a Claude Lévi-Strauss) de su generación, catedrético del centro de investigación L'École pratique des hautes études y luego del Collège de France, y miembro de la Academia francesa.

El chiquillo es buen alumno. Estudia latín y griego. Con sólo nueve años es capaz de leer la Eneida -que no es, que digamos, el más fácil de los textos latinos. Aprende también alemán, ayudado por su padre que le da a leer un libro de mitología griega del gran especialista de la antiguëdad, Berthold Geor Niebuhr (1776-1831).

El interés del joven Dumézil por la mitología de los pueblos de la antiguëdad se remonta pues a sus primeros años de estudio. Pero lo que va a orientar la vida del futuro sabio se sitúa un poco más tarde, en el liceo, cuando uno de sus condiscípulos lo presenta con su abuelo: Michel Bréal (1832-1915), uno de los maestros de la linguïstica francesa del siglo XIX. El fundador de la gramática

comparada es un alemán, Franz Bopp (1791-1867), autor de una obra monumental que trata de manera rigurosa de la comparación de la gramática y del vocabulario de las lenguas de la familia indoeuropea. Y es Bréal quien ha traducido el libro al francés, encabezando la edición (1866) con lo que Dumézil calificará más tarde de « luminosa introducción ». Se hace cargo del interés que el muchacho que le presentan siente por las lenguas y le regala su diccionario sanscrito-francés, aconsejándole dirigirse a su sucesor, Antoine Meillet (1866-1936), el lingüista francés más importante de la segunda mitad del siglo XX. Aún no ha ingresado en la universidad cuando Dumézil ya tiene aprendido el sanscrito -y por si fuera poco, el árabe- y leídos todos los libros escritos por Meillet hasta la fecha.

2. Los estudios indoeuropeos

Se ha identificado a la familia linguïstica indoeuropea desde el siglo XVII, al observarse que algunas lenguas de Europa y de Asia presentaban semejanzas en el vocabulario -por ejemplo en los numerales o en los términos de parentesco.

A principios del siglo XIX, Bopp y el danés Rasmus Khristian Rask precisan las cosas estudiando sistemáticamente dichas lenguas. Se dan cuenta de que todas ellas -es decir el latín, el griego, las lenguas germánicas, célticas, bálticas, eslavas, iranianas e indias- presentan no sólo semejanzas de vocabulario -cuyo número aumenta considerablemente en cuanto uno dispone de textos y de diccionarios- sino también, y principalmente, semejanzas gramaticales, las cuales menos aún que el vocabulario pueden explicarse por la casualidad o el préstamo de un idioma a otro.

Esa familia se define así: el parecido de esas lenguas puede explicarse únicamente en el caso de que todas ellas procedan de una lengua común, prehistórica y desaparecida. A esa familia pronto se la califica de « indoeuropea » dando el nombre de « indoeuropeo » al idioma desaparecido del que nacieron los demás.

A mediados del siglo XIX surge la idea de que si existió un idioma antecesor de las lenguas históricas, los hombres que la hablaban disponían de una civilización y de una religión. Se intenta entonces de reconstituirlas mediante la comparación entre los mitos y los ritos de los diferentes pueblos de lengua indoeuropea.

Pero después de un gran entusiasmo fue preciso hacer marcha atrás: con una salvedad, ningún nombre ni de divinidad ni de héroe parecía común a las diversas lenguas indoeuropeas; ritos y sacerdotes llevaban nombres diferentes; en cuanto a los ritos y mitos que se habían estudiado (como el origen del fuego), existían en otros ámbitos y no tenían nada específicamente indoeuropeo.

La explicación indoeuropea del mundo no es más que uno de los sueños de la humanidad y tampoco es, en cuanto al contenido, un sueño privilegiado. Pero lo es en cuanto a las condiciones de la observación. […]: en ningún otro caso se tiene la oportunidad de seguir, a veces durante milenios, las aventuras de la misma

ideología en ocho o diez conjuntos humanos que la han conservado después de su total separación. El cuadro que constituyen esas creaciones cuando se las coteja, es ante todo un testimonio de la fertilidad del espíritu humano […]

(Georges Dumézil, Mythe et épopée I) [Mito y epopeya I]

3. Lingustica y literatura

Eran mis primeros pasos […]Imagínense: ¡publicado en los Anales del Museo Guimet! Un libro que se puso muy pronto en tela de juicio. Y que, como yo mismo lo proclamo, era muy sujeto a dudas.

(Georges Dumézil, sobre su tesis de 1924, Entretiens avec Didier Éribon*)

A fines del siglo XIX, el balance de los estudios indoeuropeos era negativo: cuanto más progresaban los estudios puramente linguïsticos, tanto más marcaban el paso los que versaban sobre la civilización y su presunta religión.

Georges Dumézil es el hombre que va a cambiar por completo la situación. Por el momento, prosigue sus estudios. El brillante alumno de primaria y segundaria es también el primero de su promoción en las oposiciones para integrar L'Ecole normale supérieure, en 1916. Es año guerra. Como la casi totalidad de los jóvenes franceses, Dumézil es incorporado en 1917 como oficial de artillería. Devuelto a la vida civil en febrero de 1919, gana las oposiciones a cátedra de Letras clásicas (Agrégation) en diciembre, da clases en un liceo, y lo abandona para preparar su tesis doctoral.

Es entonces cuando bajo la dirección de Meillet, Dumézil emprende la investigación que va a guiarle durante toda su vida. Lo cierto es que tuvo sus dudas: la física le había interesado y durante algún tiempo se preguntó si no iba a estudiar en el novísimo campo de lo nuclear… Pero saldrán ganado los amores de la infancia y Meillet le proporciona las ideas que orientarán sus primeras investigaciones: cierto número de ecuaciones lingüísticas (es decir semejanza de palabras de diversas lenguas indoeuropeas) tienen un contenido religioso o mítico.

Luego, el fracaso señalado no es total. Que se encargue el jóven Dumézil, dice Meillet, de reestudiar esas ecuaciones, y ya que se interesa por los mitos, que observe si aquellos en los que figura el vocabulario religioso o mítico localizado presentan alguna similitud.

La tesis de Dumézil se basa sobre una ecuación lingüística relevante: el brebaje de inmortalidad se llama en la India antigua amrtâ (amrita) y el alimento de inmortalidad, en Grecia antigua, ambrosiâ. Los dos términos son casi idénticos, y significan la « no muerte ». Dumézil estudia entonces el conjunto de los mitos que hablan de la conquista de un brebaje de inmortalidad en el mundo indoeuropeo y en 1924 publica un excelente libro: Le Festin d'immortalité. Étude de mythologie indo-européenne 1.**

En mi tesis de 1924 yo había tratado de reconstituir un ciclo, ya indoeuropeo, de la ambrosía, la bebida que hace inmortales a los dioses. Y fabriqué uno donde no lo había. Entre los Escandinavos, por ejemplo, que no suministran al filólogo el brebaje de la inmortalidad, promocioné la cerveza a ese rango [...]

Mi libro era muy torpe. No lo vuelvo nunca a leer y sin embargo no consigo realmente deplorarlo ya que desde mi punto de vista, no era sino el primer barrote vacilante de la acrobática escala que me ha conducido a la terraza en la que me encuentro ahora. Reflexionando sobre las tonterías que has dicho -al menos en mi caso- es como terminas por descubrir probabilidades.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon)

1. Le festin d'immortalité. Étude de mythologie comparée indo-européenne, Annales du Musée Guimet, n 34, Paul Geuthner.

* Conversaciones con Didier Éribon (ndt.)

**El festín de inmortalidad. Estudio de mitología comparada indoeuropea (ndt.)

4. Viajes: Turquía, Cáucaso, Suecia.

Curiosamente, Meillet que ha proporcionado el punto de partida de la tesis, la rechaza -lo cual no es sino uno de los numerosos ejemplos de la desconfianza de algunos lingüistas hacia la mitología. Dumezil no ha vuelto a dar clases en el liceo y vive de pequeños empleos. Está recién casado cuando se entera de que Meillet ha dejado de apoyarlo; además, otro de los miembros del tribunal, Henri Hubert, le explica que no hay lugar para él en la universidad francesa. Por eso acepta la propuesta que en 1925 le hace Jean Marx.

Este especialista de las novelas del rey Arturo, menos opuesto a los trabajos de un mitólogo, le propone trasladarse a Turquía para ocupar la cátedra de Historia de las religiones que Mustafá Kemal acaba de crear.

La estancia en Turquía será uno de los grandes momentos de la vida de Dumézil. Para empezar, aprende el turco, que mucho más tarde le servirá; luego, tiene la oportunidad de visitar, en 1929, a los supervivientes de un peublo caucasiano, los Ubik, localizados en 1912 por un viajero alemán al este de Turquía, en donde se habían refugiado después de haber sido vencidos por los Rusos en 1860-1870. Allí estudia su lengua. Y saca provecho de su situación para realizar un gran viaje por el Cáucaso. Profundiza su conocimiento de los diversos pueblos caucasianos y descubre la soprendente tradición oral del único que era de lengua indoeuropea, el de los Osetas. Vuelve a Turquía, y luego a Francia, con un cajón de libros en ruso o en lenguas caucasianas sobre las lenguas, tradiciones y costumbres del Cáucaso. Es hoy en día el fondo de caucasología entre los más ricos en un país occidental.

En 1931, consigue el puesto de lector de Francés de la universidad de Upsala, en Suecia, lo que le permite proseguir sus estudios sobre la religión germánica antigua y aprender a fondo una lengua nórdica.

5. Los Osetas.

A continuación de su viaje por el Cáucaso, Dumézil llega a ser el principal (de hecho, durante largo tiempo, el único) especialista francés de las lenguas caucasianas. Es él quien redacta el capítulo sobre las tres familias en que se reparten esas lenguas, en la suma dirigida por Antoine Meillet y Marcel Cohen . En cuanto a los Osetas, aportan un material fundamental a las investigaciones mitológicas de Dumézil.

Ocupando el centro del Cáucaso, son los únicos descendientes de un gran pueblo, los Alanos, un ramal de los Escitas, y por consiguiente, de lengua iraniana. En su mitología, un pueblo legendario, los Nartes, son una proyección heroica de ellos mismos. Se distinguen dos elementos en esos mitos de los que Dumézil publicará dos recopilaciones: por una parte, se vinculan con el material folklórico común a toda Europa y al Asia occidental -los héroes combaten ogros, gigantes, dragones de siete cabezas, etc.-; por otra, esa tradición hunde sus raíces en la antigua religión de los Escitas, y más allá en la tradición indoeuropea (Dumézil lo probará en una serie de libros y de artículos).

Descubre así un texto según el cual los Nartes se dividen en tres familias, diferenciándose en fuertes, ricos e inteligentes. Lo cual a nuestro sabio le recuerda algo y en 1930 publica un artículo sobre « La préhistoire indo-iranienne des castes » *. Pues tanto en Irán como en la India, se conoce la división de la sociedad en tres categorías (que son efectivamente castas en la India) que corresponden a la división oseta: sacerdotes, guerreros y poseedores de rebaños.

La observación de esas similitudes desempeñará un papel fundamental en la obra de Dumézil.

Los Bori(i)atæ eran ricos en ganado (fons), los Alægatæ eran fuertes en inteligencia (zund), los Æxsærtægkatæ eran valientes (bœhatær) y fuertes por los hombres (lœg).

6. 1938: las tres funciones.

En octubre de 1937, volví a tomar desde el principio el problema de Flamen-Brahman. Fue durante aquel examen de conciencia, aquella autocrítica, cuando una evidencia, negada hasta entonces, se me hizo patente. Desde hace casi cincuenta años no hago sino sacar las consecuencias de aquel descubrimiento.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon*)

En 1933, Dumézil regresa de Turquía: el indianista Sylvain Lévi (1863-1935), que había apreciado sus investigaciones, le consigue un puesto en L'Ecole pratique des hautes études para dictar un curso sobre mitología comparada indoeuropea.

Paralelamente, Dumézil asiste a las clases de Marcel Granet sobre la antigua China, y el método de estudio de los textos de aquel sabio influirá mucho en él. En 1935, Lévi y Meillet, ya más favorable, le hacen nombrar director de estudios.

Es en 1938, en el momento de preparar una clase, cuando se sitúa el descubrimiento decisivo. El artículo de 19301 señalaba un parentesco de concepción entre los Osetes, los antiguos Iranianos y los Indios: descubrimiento interesante, pero que no salía del cuadro indoiraniano.

El descubrimieno de 1938 es de mayor amplitud . Existía en la Roma antigua una categoría de sacerdotes llamados flamines: tres de ellos eran llamados flamines mayores y se dedicaban al culto de Júpiter, el mayor de los dioses, de Marte, dios de la guerra, y de Quirino, protector de la colectividad y de la producción agrícola. Lo que Dumézil observa es que los caracteres que definen a esos dioses corresponden a las « castas indoiranianas » estudiadas anteriormente. Lo expone immediatamente en un artículo, « La préhistoire des flamines majeurs »2 **. Las tres funciones indoeuropeas -la primera, la soberanía, lo sagrado, la inteligencia; la segunda: la fuerza, y particularmente la de los guerreros; la tercera: la abundancia, tanto aquella producida por el trabajo agrícola como la representada por la colectividad -habían sido decubiertas.

1. Ver ficha 5, "La Préhistoria indoioraniana de las castas"

2. Revue de l'histoire des religions, CVIII, recogido en Idées Romaines, Gallimard, 1986.

* Converaciones con Didier Éribon (ndt.)

** La prehistoria de los flamines mayores (ndt.)

7. Mitología germánica

Las tradiciones reveladas por antiguos textos islandeses, los Edda, forman uno de los conjuntos principales de la tradición europea medieval. Desde su trabajo de 1924 sobre la bebida de inmortalidad1, Dumézil había estudiado algunos de los mitos de los Edda, y mostrado, por su parentesco con los mitos griegos, romanos o indios, que si su transcripción databa de la Edad Media, el material mítico era mucho más antiguo.

A fines de los años 1930, Dumézil trabajaba en una suerte de manual de la religión germánica -que no existía en francés- en el que defendía la tesis del origen antiguo del material mítico de los Edda, cuando su descubrimiento de 1938 interfirió con la redacción del libro y lo llevó a modificar el plan de la obra. Dado que si el conjunto coherente de las tres funciones (pronto hablará de trifuncionalidad, o de tripartición funcional) ha sido descubierto gracias a materiales romanos e indoiranianos, resulta que se encuentra también en el ámbito germánico.

Un texto que atestigua los últimos tiempos del paganismo en Suecia señala que en el templo de Upsala se adoraba a tres dioses: Thor, el más potente, Wotan,

que dirige las guerras y proporciona el coraje; Fricco, dotado de un pene enorme, y que procura a los hombres la paz y la voluptuosidad. Esos mismos dioses se encuentran en la Saga de Egil: se invoca a Odin (=Wotan) para que se enoje contra un rey que ha despojado a Egil, Thor, para ahuyentarlo; y a Freyr (=Fricco) y a Njördhr para que odien a aquel que saquea los santuarios.Y todos los mitos confirman esas definiciones: Odin es el dios soberano, dueño de la magia (como Varuna, su homólogo indio) y de la victoria. Thor es el fuerte, armado de un martillo, Freyr, con su padre Njördhr y su hermana Freya, se ocupa de la fecundidad. La tripartición funcional es en la misma medida germánica, y los mitos germánicos de los Edda son verdaderamente antiquísimos.

8. Primeras utilizaciones de un descubrimiento.

A mi regreso a Francia, en septiembre de 1940, redacté Jupiter, Mars, Quirinus, esbozo más que programa de lo que vendría después y que vislumbaba sólo a grandes trazos.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon*)

Mythes et dieux des Germains1 [Los dioses de los germanos], sale a la luz en 1939. Es el año del principio de la Segunda Guerra mundial. Dumézil es movilizado; a causa de su conocimiento del país y de la lengua, se le manda a Turquía, destino que lo salva de integrar el millón y medio de prisioneros de guerra franceses de mayo y junio de 1940. El armisticio permite su desmovilización y su regreso a Francia.

Pero el nuevo régimen lo priva de su cátedra de L' Ecole pratique des Hautes Etudes por haber tomado parte en una logia masónica entre1936 y 1939, ya que el régimen francés de Pétain quería eliminar a los masones, igual que a los judíos, de los servicios estatales.

Dumézil se gana la vida dando clases particulares; lo salva un colegio católico de Pontoise, la academia Saint-Martin, proponiéndole dar la clase de latín. Al año siguiente, el historiador de la antigüedad Jérôme Carcopino (1881-1970), nombrado ministro de Educación, lo reintegra en su puesto. Por gratitud para con la academia Saint-Martin, Dumézil seguirá dando su clase de latín todos los miércoles en Saint-Martin, hasta 1947.

Los años de la guerra le dejan pues tiempo para trabajar. Publica numerosos libros entre 1939 y 1948 -en su mayoría en las ediciones Gallimard. Componen dos series, Les mythes romains2 y Jupiter, Mars, Quirinus3*– cuyos títulos revelan la importancia tomada de súbito por el material propiamente romano en el trabajo de Dumézil, incluso si dichas obras son siempre, correlativamente, la ocasión de cotejar los datos romanos con los datos escandinavos, célticos o iranianos.

9. Nueva visita a Roma

El descubrimiento de que Roma presentaba una teología y un sacerdocio emparentados con los de la India y de Irán (Dumézil comparaba incluso el nombre mismo de los flamines con el de los brahmanes, representantes de la primera casta en la India) fue lo que llevó al investigador a examinar dichas tradiciones. A partir de ahí va de un descubrimiento a otro.

El primero es que la tripartición funcional estructura algunos de los mitos. Primero el más importante, el de la fundación de la ciudad. Es obra de Rómulo, hijo del dios Marte. Una guerra estalla poco después con los vecinos, los ricos Sabinos, como consecuencia del rapto de sus hijas. La guerra se termina por una alianza; el jefe sabino Titus Tatius va a Roma y se trae a sus dioses -los cuales tienen todos algo que ver con la fecundidad. Por consiguiente, Rómulo tiene por su parte a los dioses de primera (Júpiter) y de segunda (Marte) función, los Sabinos, los de tercera.

Después es la dinastía de los reyes de Roma la que aparece organizada por un legado conceptual indoeuropeo. Dumézil, al mismo tiempo que las tres funciones, descubre parte de la esfera de la soberanía bajo dos aspectos, llamados (según los datos indios védicos) la vertiente Varuna y la vertiente Mitra1. Constata entonces que entre los reyes de Roma anteriores a los reyes etruscos, el primero, Rómulo, se distingue del segundo, Numa Pompilio, como Varuna de Mitra; el tercero, Tulio Hostilio, se pasa el reino entero guerreando; el cuarto, Anco Marcio, enriquece la ciudad, la administra económicamente, funda un puerto. Por lo tanto, los primeros reyes de Roma ilustran sucesivamente las tres funciones, distinguiéndose la primera en sus dos aspectos (Rómulo en el aspecto Varuna y Numa Pompilio en el aspecto Mitra).

Y los paralelismos míticos, que el siglo XIX había buscado en vano, se multiplican: los talismanes del rey Numa tienen sus equivalentes entre los Celtas, los Escitas, en el antiguo Irán; lo que se cuenta del segundo rey etrusco, Servio Tulio, tiene su paralelo en la India antigua, tanto en el motivo del censo como en el de la vaca de abundancia; el héroe Horacio Cocles se dedica, con los ojos, o con el único que tiene,2 a las mismas muecas que el Irlandés Cuchulinn o el Escandinavo Egil…

10. Teología iraniana

Los textos religiosos más antiguos de Irán, reunidos en el siglo IV de nuestra era en un conjunto, el Avesta, ponen ante todo en escena a un dios soberano, y único en los primeros escritos, Ahura Mazdâ. Pero a ese dios se le añaden entidades mal definidas como los seis Amecha Spenta, a veces llamados « arcángeles » en el mazdeismo. Dumézil conocía la religión persa desde sus primero trabajos: una de esas entidades se llamaba Ameretãt, que es equivalente de la amrtâ (amrita) india, la ambrosiâ griega – su tesis de 1924 contenía un capítulo sobre el tema1. En 1945

descubre que los nombres, los empleos y más tardíamente los elementos puestos en relación con esas seis entidades, permiten ver que se reparten según las tres funciones: Vohu Maha, el « Buen Pensamiento » corresponde a la vertiente Mitra de la soberanía, y Acha, el orden, a Varuna, pues la palabra es idéntica al antiguo indio Rta, orden cósmico del que Varuna es el garante; Xchathra, la « Potencia » es el equivalente del ksatriya, el « guerrero » indio; Armaiti, el « Pensamiento piadoso » que es la Tierra y la Madre de los Iranianos; Hurvatat, la « Integridad », y Amereât, la « no muerte ». Como en Roma, la primera función está expresada en sus dos aspectos (Mitra-Varuna), y la tercera, por una pluralidad de figuras.

El artículo de 19302 mostraba la concordancia de la India, del antiguo Irán, de la tradición oseta en una tripartición de la sociedad según los mismos criterios.

«La Préhistoire des flamines majeurs »3* la extendía a la teología romana. Lo que aparece hoy es que la Roma más antigua, el más antiguo Irán, utilizaron el mismo cuadro de pensamiento para los mitos, panteones y organizaciones humanas. La herencia indoeuropea salta a la vista una vez más

11. Fecundidad de la trifuncionalidad

En los mitos y las literaturas que vengo estudiando, lo que más me ha llamado la atención es la increíble diversidad de las variantes -proliferación y mutilación, transferencias e inversiones, descentramientos, ósmosis etc.- que se forman sobre lo que yo simplifico al presentarlo como un esquema común.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon *)

De hecho, a partir del descubrimiento de 1938, Dumézil descubre dos órdenes de cosas. Por una parte, la multiplicidad de las organizaciones trifuncionales, no sólo en los mitos y las organizaciones de los dioses o de los hombres, sino también en todos los órdenes de los seres, objetos y fenómenos concebibles. Por otra parte, son campos enteros de mitología común lo que se revela, de una a otra punta del ámbito indoeuropeo -por ejemplo, el mito de los orígenes de Roma1 tiene un paralelo riguroso en el mito de la primera guerra de los dioses en los Edda: en efecto, el conflicto opone a un grupo de dioses, los Ases, entre los cuales se encuentran Odin y Thor, y otro grupo, los Vanes, que está compuesto ante todo de Freyr, Njördhr, Freya, es decir los dioses de la fecundidad: como en Roma, un mito de fundación en este caso, la fundación de la sociedad divina) opone las dos primeras funciones a la tercera.

En cuanto a las triadas divinas organizadas según las tres funciones, después de Upsala y Roma, Dumézil las descubre también en Iguvio, entre los Umbros del centro de Italia, y en Lanuvio, en el Lacio.

Los mitos, y a veces los cuentos, suelen poner en escena ciertas elecciones -el troyano Paris tiene que elegir entre Hera, que le brinda la soberanía, Atena que le ofrece la conquista y Afrodita que le promete la mujer más bella del mundo; el rey iraní Feridûn hace que elijan sus tres hijos: Salm quería grandes riquezas, y obtiene

el imperio romano: Tôz quería el valor, y conquista el Turquestán, Erico, devoto de la ley y de la religión, recibe en herencia Irán y la India…-, culpas –dioses, héroes (Indra, Héracles, el danés Starcatherus), cometen faltas que se reparten entre las tres funciones-, plagas -según un texto gálico, el rey legendario Lludd al ver que su reino estaba afligido de una raza de « sabios » que lo entendían todo, de dos dragones que combatían entre sí, de un mago que robaba todos los alimentos, y del mismo modo, las inscripciones reales del rey persa Darío piden a Ahura Mazdâ que impida que aparezcan el ejército, las malas cosechas y la mentira.

Son los mismos « lugares geográficos » los que estoy estudiando, sólo que se multiplican. Si usted quiere, uno empieza por tener una visión global y confusa. Y a medida que se precisa tal o cual punto, ve que los que estaban a oscuras hasta ahora, se iluminan. Y surgen otros problemas.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon*)

12. Grecia está aparte

Grecia, como siempre, ha elegido lo mejor: a las reflexiones hechas y derechas, a las relaciones preestablecidas entre los hombes y las cosas que le proponía la herencia de los ancestros del Norte, ha preferido los riesgos y las oportunidades de la crítica y de la observación, ha contemplado el hombre, la sociedad y el mundo con ojos nuevos.

(Georges Dumézil, Mythe et épopée I) [Mito y epopeya]

Las dos mitologías más imponentes del mundo indoeuropeo son, y con mucho, la India y la antigua Grecia. Era normal que proporcionaran, a lo largo del siglo XIX, los dos pilares de la comparación mitológica.

Dumézil, al principio, no derogó a la regla: su primer libro compara la ambrosía con la amr tâ 1, otro, del mismo año, trata del mito de las Lemnianas 2, luego, el tercero y el cuarto abordan sucesivamente la semejanza entre los Centauros griegos y los Gandharva indios y los mitos griegos del dios de Cielo, Urano, a la luz de los mitos y ritos indios acerca de Varuna 3.

Pero Grecia ya no desempeña ningún papel ni en el artículo de 1938 ni en los libros publicados entre 1939 y 1945. La trifuncionalidad, la bipartición de la soberanía, los mitos fundadores que oponen unas funciones a otras, los innumerables motivos anotados en las encuestas acerca de los talismanes reales o las muecas del guerrero, la vaca de la abundancia matada por un rey y la mujer ebria de oro… todo ello lo han suministrado y alimentado los aportes indios, iranianos (osetas entre otros), romanos, germánicos, célticos.

El primero sorprendido es el propio Dumézil: Grecia, que por su lengua ha dado tanto a la gramática comparada y cuyos textos son tan ricos, es la provincia del mundo indoeuropeo que menos contribuye a la comparación.

Sólo más tarde, Dumézil, a la luz de lo adquirido, discernirá casos de mitos en que la tripartición desempeña un papel (el juicio de Paris, en 1953, el transcurso de la vida de Heracles, en 1956). Por el momento, se interroga sobre esa extraña laguna. Muchas veces expresará la idea de que en Grecia el brote del pensamiento libre, sin sacerdotes dictando dogmas, en donde la verdad surge de la discusión, suplantó muy tempranamente los cuadros del pensamiento antiguo. La tripartición funcional parecía como que pertenecía al pensamiento en la prehistoria de Grecia, y ya no al de su historia.

13. De los Vedas al Mahabarata

El cuarto volumen de la serie "Jupiter, Mars, Quirinus", en 1948, se dedica ampliamente a presentar el descubrimiento de un colega sueco, Stig Wikander (1908-1983): estudiando el Mahabarata, la epopeya india más importante, éste último observa que los héroes de ese relato épico, llamados Pandavas, son los hijos de los dioses védicos de los que Dumézil ha mostrado precisamente que expresan las tres funciones.

El Rg-Veda (Rig-Veda) es el conjunto de himnos más antiguo de la India; en él se menciona a un gran número de divinidades. Y los trabajos de Dumézil desde 1938 habían consistido en gran parte en un estudio de esos grupos divinos. Había descubierto la pareja de dioses soberanos, Varuna y Mitra2, una pareja de dioses de la guerra que comprendía en primer lugar Indra, y a su lado, más violento, Vayú, el Viento; y expresando la tercera función una pluralidad de dioses (como en Irán, en Roma y en Escandinavia), entre los cuales se destaca un grupo fraterno, los Asvina.

Wikander observa, en un artículo publicado en 1947, que, sobre cinco Pandavas, los dos últimos, Nakula y Saha-deva, que no tienen la misma madre que los otros, tienen por padres divinos a los Asvina; en cuanto a los otros tres, Bhima es hijo de Vayú, Ardyuna es hijo de Indra, y sólo el mayor, Yudhis, es hijo de un dios no védico, Dharma -pero dharma es el equivalente hinduista del Rta védico, del que Varuna era el garante. El investigador concluye: las tres funciones estructuran el Mahabarata, sea cual sea la edad de esta epopeya.

Dumézil advierte enseguida la importancia del descubrimiento. Traduce el artículo y lo comenta. Más tarde, después de leer la integralidad del Mahabarata, hará de él un magnífico análisis en la casi totalidad del primer volumen de Mythe et épopée3 [Mito y epopeya].

Fue sólo después de 1945 cuando mi pequeña bomba de 1938 produjo algún ruido […] En Upsala, el indianista Stig Wikander, menor que yo de diez años, encontró en mis análisis los datos comparativos que le permitieron explicar la estructura del Mahabarata.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon)*

14. Estructura: Mitra -Varuna

Mitra es el soberano bajo su aspecto razonador, claro, ordenado, tranquilo, bondadoso, sacerdotal; Varuna es el soberano bajo su aspecto agresor, sombrío, inspirado, violento, terrible, guerrero.

(Georges Dumézil, Mitra-Varuna)

En su obra acerca de los himnos védicos[1] , el indianista Abel Bergaigne (1838-1888) había puesto de manifiesto que dos figuras divinas tienen, en relación con las demás divinidades, una función dominante que llamó « de soberanía ». Uno de los descubrimientos principales de Georges Dumézil es que esa pareja de dioses soberanos no se limita a la India antigua, sino que se encuentra bajo formas distintas en gran parte del mundo indoeuropeo –por ejemplo los dos primeros reyes de Roma[2] , o en Irán [3], también entre los Germanos, en donde, junto al dios principal Wotan-Odin, existía un dios más pacífico, Ziu/Tyr, garante de la justicia.

Se trata pues de una tipología que opone un primer aspecto Varuna, violento, alejado de los hombres, a otro, Mitra, pacífico, próximo a los hombres, que Dumézil descubre en otras culturas que las de la India, pero como ella de lengua indoeuropea.

Varuna tiene afinidades con la guerra: su equivalente germánico, Odin, conduce a la victoria, y Rómulo crea una suerte de policía para asegurar su poder. Los medios de acción de Varuna son los vínculos y la mâyâ, es decir la magia que crean las formas, la ilusión: Odin es el dios de la embriaguez, el dios de los ahorcados, mientras que los policías de Rómulo son los lictores, « los que atacan ».

A la inversa, Mitra, cuyo nombre significa el « Contrato » se ocupa de las relaciones negociadas entre los hombres, como Tyr se ocupa de la justicia; es « más sacerdote » frente al mago Varuna; en Roma, Numa es el rey que crea los cultos y los sacerdocios, adora ante todo a Fides, la diosa de la « Confianza »; Mitra tiene más afinidades con la tercera función; en cuanto al sabino Numa, toma consejo de la ninfa de un manantial.

Ulteriores investigaciones revelarán otros ejemplos de esa bipartición, tal como, en Irán, la pareja de Amecha Spenta, con Vohu Manah y Acha[4] .Y los seguidores de Dumézil descubrirán otras formas de ello en Grecia, en la epopeya francesa…

La oposición Mitra-Varuna es una estructura, de igual manera que la tripartición funcional, y esa bipartición de la soberanía en sus dos aspectos opuestos y complementarios es verdaderamente una de las adquisiciones del comparatismo indoeuropeanista estudiado por Dumézil: no se observa fuera del ámbito de las lenguas indoeuropeas.

15. Estructura: el tuerto y el manco

En una circunstancia importante para la sociedad, en Roma para la sociedad humana, en Escandinavia para la sociedad divina, en una situación de sumo peligro, la salvación se consigue mediante acciones conjuntas, sucesivas y complementarias de dos personajes, uno tuerto, […] y otro que se vuelve tullido de mano […].

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon)*

Otra pareja, menos contrastada que la anterior, pero que, recurrente, forma en adelante un conjunto estructurado, es la que constituyen un tuerto y un manco. Por lo demás, la pareja se vincula con la anterior.

Según los Edda, Odin es tuerto -ha dado un ojo a cambio de la sabiduría-, y T'yr es manco -después de poner la mano en las fauces de un lobo, y de haber jurado en falso.

En la India esas dolencias se encuentran en divinidas distintas de Mitra y Varuna, pero como ellas, de la esfera de la soberanía: Bhaga, próximo a Mitra, es ciego (es él quien reparte los bienes entre los hombres); Savitri, próximo a Varuna tiene las manos de oro -lo que recuerda un mito irlandés en que el rey de los dioses, Nuadu, pierde el brazo derecho que será sustituido por un brazo de plata, pero eso permite a los dioses realizar un acuerdo con sus adversarios, mientras que su sucesor, Lug, se entrega a una danza mágica sobre una pierna y con sólo un ojo abierto.

En fin el doble motivo se encuentra en Roma, separado a la vez de la soberanía y de lo divino: durante la guerra contra los etruscos, después de la fundación de la república, dos héroes van a ilustrarse. Por un lado, Horacio Cocles, que es tuerto, aterroriza a sus enemigos, según unos textos, con su único ojo; del otro, Mucius Scaevola (el « zurdo »), espanta al rey enemigo prestando un falso juramento que autentifica dejándose quemar la mano en las llamas.

* Conversaciones con Didier Éribon. (ndt.)

16. Estructura: el Fuego y el Viento

Una vez más, la comparación entre la India y Roma permite a Dumézil, durante el fértil decenio 1940-1950, descubrir un conjunto teológico tan sistemático que de nuevo conviene hablar de estructura.

Se trata de la disposición de los himnos védicos, y del orden de las operaciones cultuales de los Romanos. En unos y otros la divinidad del Fuego está en posición señalada: en los himnos ocurre que Agni, el Fuego encabece la invocación pero por lo general, está al final; en Roma, Vesta, la diosa del Fuego, es según Cicerón, la de los extrema: se le sacrifica a lo último, o se terminan con ella las invocaciones. En Irán, Atar, el Fuego, está a veces al frente de las invocaciones colectivas, más comúnmente al final. En lo que toca a Gracia podemos añadir que

Hestia, homólogo de Vesta, está a menudo al principio en las invocaciones similares.

Pero si Vesta, Agni, Atar están con más frecuencia en cola que en cabeza es porque otra figura divina puede ocupar el primer puesto. Y dicha localización no se debe tampoco al azar. En la India es a menudo Vayú, el Viento, quien abre una invocación. Se sospecha que ocurría lo mismo con Vata su homólogo del Irán antiguo. En Roma, ningún dios del Viento desempeña ese papel, que en cambio hace de modo específico un dios Ianus (Jano). Ianus no es un dios viento; pero lo propio del viento es circular, y el nombre de Ianus se basa en una raíz que significa « ir ».

Estos conceptos se comprenden: la invocación, el sarificio, han de ser llevados hasta los dioses y no hay mejores vectores que el viento y el fuego. Lo cual no impide que observando cómo se situaba a las divinidades de esos elementos en lugares peculiares, concibiendo incluso un dios específico de los comienzos (Ianus), Dumézil descubría una nueva originalidad, pues semejante pareja operativa del sacrificio o de la invocación no se comprueba fuera del mundo indoeuropeo.

17. Las lenguas caucasianas y el turco y el quechua

El Cáucaso del Norte y la maravillosa costa por la cual éste aborda el mar Negro y se prolonga largamente hacia el Sur, es un conservatorio de pueblos y de lenguas de los más interesantes que subsiste en la tierra.

(Georges Dumézil, Mythe et épopée I) [Mito y epopeya]

Al margen de su gran obra mitológica, Dumézil no dejó nunca de seguir estudiando temas de lingüística. Era por las lenguas por donde había empezado precozmente su carrera1 y siempre abordó los textos como filólogo. La investigación lingüística propiamente dicha le interesó menos, aunque no la ignoró.

Especialista de las lenguas del Cáucaso2, retorna a aquella región en 1954, y seguirá volviendo allá con regularidad, en verano, hasta 1972. Allí estudia diferentes lenguas, siendo en varias ocasiones el primer autor occidental en hacerlo, y particularmente el ubik (¡ idioma peculiar con sus ochenta y dos consonantes y dos o tres vocales!) que está a punto de desaparecer. Descubre a Tevfik Esenc -al que se llamará más tarde « el último de los Ubik » (1897/1902-1992), porque aquel hombre, por más señas analbabeto total, tenía una aguda conciencia de su lengua, de sus sonidos y sutilezas-, que va a ser un valioso auxiliar del investigador, ayudándole a registrar todo lo que se puede de una lengua que se encuentra en peligro de muerte.

Ese trabajo con los Ubik, como el que realiza con los Cherqueses, da lugar a numerosas publicaciones. Mucho menos conocida es una serie de artículos (cuatro, entre 1954 y 1957) en que, después de un viaje al Perú, durante el cual se había lógicamente interesado por la lengua local, el quechua, Dumézil observó una curiosa semejanza entre los seis primeros nombres de los números en aquella

lengua y su equivalente en turco. Planteando, a partir de esas aproximaciones, las ecuaciones consiguientes, llegó a vislumbrar todo un vocabulario común al quechua y al turco. Hasta la fecha, aquella investigación no ha tenido continuación.

18. Destellos védicos sobre Roma

[…] basta con apelar al testimonio de la India: los himnos del Rig-Veda no describen los ritos, pero sí revelan claramente los mitos.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon) *

En 1949, Dumézil es elegido catedrático del Collège de France en donde funda la cátedra de « civilización indoeuropea » con el apoyo del lingüista Émile Benveniste (1902-1976) y del americanista Claude Lévi-Strauss.

El método que se ha revelado tan fértil anteriormente sigue siendo utilizado en los años 1950: la cultura de la Roma primitiva presenta muchos rasgos comunes con la India védica; pero, tanto la India revela explicaciones detalladas sobre sus ritos y sus dioses, tanto Roma permanece muda ignorando muchas veces por qué cumplía con aquellos ritos. La clave del trabajo de Dumézil consistirá en explicar los datos romanos por los textos indios.

Rituels indo-européens à Rome 1 ** (1954) muestra cómo algunos viejos rituales, mal comprendidos por los Romanos, y después de ellos por los especialistas de Roma, encuentran su explicación en los Brâhmana. Así, en los Fordicidia, los Romanos sacrificaban el 13 de abril, una vaca preñada. A lo cual la India védica ofrece un paralelo con el sacrificioo de la « vaca de ocho patas » es decir igualmente preñada. Y no sólo expone con un mayor lujo de detalles cómo se operaba el sacrificio de las vacas preñadas, sino que explica por qué era necesario que las vacas lo estuvieran. Y es de la misma forma como queda esclarecida la oposición, en Roma, entre el templo redondo de Vesta y los templos cuadrados de los otros dioses –formas que son, en la India, las de dos de los tres fuegos del sacrificio védico-, o que el ritual romano del october equus, caballo sacrificado en octubre, es comparado con el ritual indio antiguo llamado achvamedha, mucho mejor conocido por los textos.

Déesses latines et mythes védiques 2 ***(1956) aplica un tratamiento homólogo a la elucidación de cuatro diosas latinas, Mater Matuta, Angerona, Fortuna Primigenis, Lua Mater. Para la primera, por ejemplo, diosa de la Aurora, ¿cómo se explica que con ocasión de su fiesta, el 11 de junio, las mujeres casadas lleven en brazos a los niños de pecho de sus hermanas y hagan penetrar a una esclava en el templo y luego la echen fuera a palos? En la India védica, explica Dumézil, Noche y Aurora son hermanas, Noche da a luz al Día, y Aurora cuida de él. Luego, en los Matralia, las mujeres toman al niño (el Día) de su hermana (la Noche), pero cuando le toca a la Aurora echar fuera a la Noche, es una esclava la encargada de desempeñar el papel de aquélla.

19. Mito y epopeya I. El Mahabarata, Virgilio, los Nartes.

[…] como introducción a todo este fárrago, yo aconsejaría el primer tomo de Mythe et épopée, […] Retomé allí, en toda su amplitud, los análisis que había propuesto en artículos o en breves estudios.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon*)

Dumézil se jubila en 1968. Su pensamento ha evolucionado mucho desde el descubrimiento inicial de 1938. Si en aquel entonces tenía tendencia a pensar que un reparto social de los papeles había podido ser el origen de la tripartición funcional, se da cuenta de que ha sido un sistema del mundo que permitía a los indoeuropeos analizar y clasificar el mundo. Por lo demás, muy crítico para con su propia obra, rechazando incluso todos los trabajos mitológicos anteriores a 1938, volviendo a menudo sobre los temas tratados, decide aprovechar su jubilación para poner las cosas en limpio, separar lo bueno de lo malo, sacar las consecuencias de sus obras de los tres decenios atrás.

La primera síntesis es el voluminoso tomo I de Mythe et épopée1[Mito y epopeya] . Dumézil se propone hacer el balance definitivo -¡ que no será tal!- de tres legajos que han ocupado su atención durante largo tiermpo: el análisis del Mahabarata, a continuación del artículo de Stig Wikander de 19472, aquí muy considerblemente aumentado y tomando en cuenta a todos los principales prsonajes del poema; el mito de la primera composición étnica de Roma a partir de tres componentes, según lo que han expuesto Virgilio y Propercio, sobre todo en la época de Augusto; el de la fundación de la ciudad y los primeros reyes3; por fin el asunto oseta, el de esas tres familias entre las que se reparten los Nartes4, con el examen de todos los mitos, por ejemplo aquellos en que los Fuertes se enfrentan, para despojarlos, a los Ricos, que ponen así a la luz los rasgos característicos de las tres familias, en toda su magnitud.

La cuarta parte, « Epica minora », vuelve sobre el tema de las tres plagas, en la India, en Irán, etc., y de la elección, ya sea propuesta a tres personajes (los hijos de Feridûn5, los hijos de Guillermo el Conquistador), ya triple, y propuesta a un solo personaje (Paris, Drona en el Mahabarata).

20. Mito y epopeya II y III, la India, Irán, Irlanda

Los tomos siguientes de Mythe et épopée 1[Mito y epopeya] (1971,1973) no llevan tan bien su nombre: cuando el primer tomo se proponía estudiar efectivamente cómo una materia épica, es decir literaria, prolongaba o adaptaba mitos antiguos, la comparación mitológica se encontraba entonces río arriba; los volúmenes siguientes estudian fragmentos de epopeyas, o epopeyas perdidas (es el caso de las de Heracles), y se entregan a la franca comparación mitológica para el mayor goce tanto del autor como del lector.

En uno de ellos Dumézil estudia a un héroe guerrero, sometido a un rey, pero al que eventualmente mata, y a veces triple pecador (los Indios Sisupâla y

Jarâsandha, el Escandinavo Starkadhr, el Griego Heracles), un curioso brujo (llamado Kavi Usan en el Shanameh, Kâvya Uchanas en el Mahabarata) haciendo de él un personaje de la tradición común indo-iraniana, o también un personaje de rey culpable de orgullo, salvado por sus hijos, particularmente por su hija (son los Indios Yayâti, Yima, Vasu Uparicara, el Irlandés Edchaid Feidled; por otra parte los nombres de las hijas deYayâti, Mâdhavî y del Irlandés Medb, son idénticos: significan « embriaguez »).

Menos « épico » aún, el otro tomo se interesa por un grupo mítico y ritual constituido por las leyendas romanas (del dios Neptuno, con sus festejos, los Neptunalia), irlandesa (del pozo ordálico de Nechtan), e indoiraniana (del dios llamado Apâm Napât, de funcionalidad también ordálica en Irán). El « material romano » compone lo esencial del volumen: la investigación de Dumézil que había corrido los primeros tiempos de Roma, de la historia a la mitología, prorroga su estudio hasta el pleno periodo histórico, mostrando cómo la organización de una biografía según las tres funciones tanto como la influencia de una mitología solar, han podido informar, en la analística romana, la imagen de personajes reales. Los hombres cuya comparación mitológica aclara las vidas, Camilo, Coriolano, Publicola, han vivido entre el VI y el IV siglo antes de J-C.

¡Aquí el problema de fondo es más « Historia y mito » que « Mito y epopeya »!

21. Roma, siempre

Después de la serie Mythe et épopée [Mito y epopeya], se han terminado las grandes síntesis comparativas y el investigador va a dedicarse en adelante, con sostenido compás, al estudio de puntos particulares. Tan particulares que en los últimos años se tratará de « Esbozos » de mitologías, popurrí de estudios en los que la agrupación temática será en el mejor de los casos geográfica, o también de densas monografías que exploran un tema preciso.

Les Dieux souverains des Indo-Européens1 [Los dioses soberanos de los indoeuropeos] es un libro de síntesis con el que Dumézil tenía empeño desde mucho tiempo atrás, y que permite recapitular uno de los asuntos más rigurosos que podía presentar: el estudio completo de la pareja Mitra-Varuna2 en las diferentes religiones indoeuropeas. Deja al cuidado de las generaciones futuras efectuar las síntesis sobre la segunda y tercera funciones menos logradas…

Otras dos monografías, publicadas respectivamente en 1969 y 1975, son romanas. Idées romaines3* dedica trescientas páginas al estudio de nociones y divinidades romanas o a problemas de la tripartición funcional en esa misma tradición. Fêtes romaines d'été et d'automne4** vuelve sobre los Neptunalia5 y otras fiestas de temporada romanas, y se prolonga en Dix Questions romaines, ***en donde se retoman y reexaminan trabajos anteriores sobre el caballo de octubre, la Fortuna6, Camila7. Cuestiones que vuelve a tomar y a examinar en varios « Esbozos » de las últimos obras.

Es de lo que yo no trataré y que merecería ser tratado. El principio de esos Esbozos es plantear un problema e indicar lo que pienso que es, hic et nunc, el principal elemento de solución.

(Georges Dumézil,   Entretiens avec Didier Éribon)****

22. De los Osetes a los Escitas

El estudio de los Osetes atraviesa la vida de Dumézil y, en cierto sentido, está en el punto de partida de lo que considerará como el mayor descubrimiento de su vida1. Si puede decirse que encuentra precisamente su apogeo en el magistral estudio de la epopeya oseta que constituye la tercera parte del primer tomo de Mythe et épopée 2 [Mito y epopeya], una suma publicada diez años más tarde -1978, año de la eleción de Dumézil a la Academia francesa-, en parte una reunión de artículos, propone, bajo el título de Romans de Scythie et d'alentour3 *, un maravilloso análisis de la antigua sociedad y de la religión de los Escitas a la luz de las tradiciones de sus descendientes, los Osetes.

El análisis es pues una anamnesis: aclara lo que sabemos de los Escitas -por el libro IV de las Historias de Herodoto, más que nada, y por otros escritores antiguos, la arqueología, el decorado de los búcaros -gracias a la inmensa literatura oral de los Osetes. Ahí sobre todo se verifica la calidad de esa tradición: trátese del dios de la guerra, de la diosa « que da luz y calor », de la enfermedad de la mujer que según Herodoto afectaba a los sacerdotes de Enaria y que afecta al Narte Xaemyc, en la leyenda oseta, del tema de los hijos de ciego, de la nieve de plumas (o de guata), de los datos acerca de los rituales funerarios, o sobre el caldero del soberano, ya no es la herencia indoeuropea lo que está a menudo puesto de manifiesto, sino dentro de una tradición cultural específica, la larga continuidad cultural que va desde los Escitas hasta un pequeño pueblo del Cáucaso.

23. Discreto regreso de Grecia.

Me ocupaban otros asuntos más urgentes y más prometedores, y el abuso de la referencia griega me había extraviado tantas veces antes de 1938, que me volví después demasiado prudente. Me hace feliz que lo exploren los más jóvenes.

(Georges Dumézil,   Entretiens avec Didier Éribon) *

Ya señalamos cómo en la comparación mitológica, Grecia faltaba a la cita, indoeuropea1. Ausente en los trabajos posteriores a 1938, hace una tímida reaparición en un artículo de 1953 en el que Dumézil, derogando a su regla de no considerar sino los textos más antiguos, pero sometiéndose a la evidencia, señalaba cómo la elección de Paris entre tres diosas o la organización de la ciudad ideal en la República de Platón son ejemplos perfectos de series trifuncionales.

Es poco: Grecia sigue sin figurar en las grandes obras siguientes. Totalmente ausente (salvo en lo de la elección de Paris y la historia de Heracles) de los tres

tomos de Mythe et épopée, no será objeto de ninguna monografía. Está siempre aparte.

Más que nada son los helenistas, Lucien Gerschel, Jean-Pierre Vernant, Francis Vian, Atsuhiko Yoshida, Bernard Sergent, quienes descubren poco a poco, en el mito de las razas sucesivas de Hesiodo, en las leyendas de Tebas, en las tradiciones de Esparta o en la Iliada, tratamientos trifuncionales. Estos últimos revelan, al propio Dumézil en primer lugar, cómo la tripartición funcional ha tomado formas originales que hay que saber discernir en una materia griega aun más compleja que las formas de los himnos védicos o las secas descripciones romanas.

En lo sucesivo, los volúmenes de « Esbozos »2 contienen gran número de apostillas sobre los mitos griegos, los tres pecados del rey troyano Laomedonte, la diosa triple Hécate, sobre Apolo, comparado con la diosa védica Vâc (« Palabra ») , o sobre la manera como Ulises domó a Circe…Y principalmente, Dumézil muestra que si el juicio de Paris no está relatado en la Iliada, en donde sólo es objeto de una alusión, todo lo que ahí se dice de las tres diosas implicadas es conforme a las propuestas que cada una hace al pastor.

Por lo demás, en esto también, Dumézil dejaba grano que moler para otros investigadores.

24. Georges Dumézil y Claude Lévi-Strauss

Francia se honra de tener otro muy gran mitólogo en la persona de Claude Lévi-Strauss. Su obra es bien conocida: yendo de la filosofía a la sociología, se interesó por las estructuras simbólicas, pasando luego, para observarlas, a la mitología. Los cuatro tomos de sus Mythologiques (1964-1971) son una de las obras capitales del siglo XX.

Hay quienes se han complacido comparando a los dos sabios -ambos estructuralistas- y oponiéndolos. Por ciero, el campo de estudio y los métodos los oponen totalmente. Dumézil estudiaba textos de sociedades antiguas, pertenecientes a la misma familia lingüistica, siendo su meta reconstituir un pensamiento común a dicha familia; el estructuralismo era para él un método de trabajo. Lévi-Strauss trabaja sobre una literatura oral (mitos recogidos, principalmente en los siglos XIX y XX, entre los pueblos indoamericanos contemporáneos pertenecientes a una multitud de familias lingüisticas, siendo su meta comprender el modo de funcionamiento del espíritu humano; para él, el estructuralismo es una doctrina. Paradójicamente, el filólogo Dumézil ha hecho obra antropológica, estudiando el pensamiento y el sistema de valores de un grupo humano dado (los Indoeuropeos), mientras que el antropólogo Lévi-Strauss ha hecho obra filosófica al establecer reglas psíquicas comunes a toda la humanidad.

Sin embargo, Dumézil y Lévi-Strauss se estimaban profundamente y siempre se respaldaron: aquél ayudo a éste a ser admitido en L' Ecole Pratique des Hautes

Etudes y luego en el Collège de France, éste recibió a aquél en la Academia Francesa.

Pues, más allá de su común interés por los mitos, más allá del estructuralismo, en realidad mucho menos ambicioso en Dumézil que en Lévi-Strauss, existía la convicción de la seriedad, del rigor, de la exhaustividad en la documentación, que garantizaba el avance de la investigación -por muy diferentes que hayan sido los resultados.

25. El compromiso político y la crítica de Dumézil

En seguida que los productos de una reflexión se ponen en circulación, hay peligro de mala lectura. Y mirándolo bien, tal vez sea mejor que las malas lecturas se manifiesten pronto para que uno pueda rectificarlas estando en vida.

(Georges Dumézil, Entretiens avec Didier Éribon) *

A principios de los años 1920, un condiscípulo de liceo, Pierre Gaxote, presenta a Dumézil con Charles Maurras, el dirigente del importante movimiento de extrema derecha Action Française. El muchacho, muy influenciado por él, lo trata bastante durante unos cuantos años hasta que termina por distanciarse, en 1924. Pues aunque admite el nacionalismo de Maurras, no soporta su antisemitismo (su propio padre había sido partidario de Dreyfus).

En los años 1930, bajo el seudónimo de Georges Marcenay, Dumézil redacta la crónica de política internacional del diario nacionalista Le jour.

Dumézil ha sido siempre muy reservado acerca de aquel compromiso político, y hasta 1980 no fue nunca atacado en Francia. Claro que surgieron muchas polémicas, incluso bastante agresivas, pero versaban sobre su obra. Sin embargo, a partir de 1980, aparecen varios artículos firmados por Carlo Ginzburg, Alain Schnapp, Jean-Paul Demoule … y a quien atacan es al hombre. Esos acusadores tardíos sostienen que Dumézil hubiera descubierto las tres funciones indoeuropeas o redactado algunos de sus libros -principalmente el de 1939 sobre la religión germánica, que pretenden desaparecido de las bibliotecas francesas- bajo la influencia de ideas nazis. De hecho, la fuente es italiana, y es el especialista de la antigüedad Arnaldo Momigliano1, quien, el primero de todos, en 1963, toma posición en contra de Dumézil. Sus alegaciones, como las de sus secuaces, fueron refutadas por Didier Éribon en 1992.

Pero ¿por qué cuajaron aquellos ataques? ¿cómo pudo seducir a algunos espíritus en Italia, Francia, Estados Unidos, la inanidad de las tesis de Momigliano? La razón profunda es política. Después de la segunda guerra mundial y de los horrores perpetrados por los nazis en nombre de los « ancestros » arianos, « indogermánicos », una gran capa de la opinión pública mundial, por supuesto ignorante de las cuestiones de lingüística y de gramática comparada, sospecha de todo autor que aborda el tema indoeuropeo.

Primer error, la investigación de Dumézil es independiente de sus ideas políticas ya que emprende sus primeros estudios lingüisticos antes de que la guerra lo oriente, como a muchos Franceses, hacia el nacionalismo.

Segundo error, Dumézil empieza su tesis mucho antes de la aparición de los nazis; el artículo de 1938 sobre las tres funciones indoeuropeas, y por consigüiente el libro de 1939, no hacen sino prolongar el artículo publicado en 19303 antes de la llegada de Hitler al poder (1933). Por lo demás, si en los años 1930 Georges Marcenay (Georges Dumézil) es un nacionalista francés, es también ferozmente anti nazi, aprobando la firmeza de Stalin frente a Hitler y anhelando, como gran parte de la derecha francesa de la época, una alianza entre Francia e Italia para hacer contrapeso a Alemania.

A la inversa de lo que piensan algunos, se puede ser como Bréal (que era judío), Meillet (próximo a los comunistas) y Dumézil, indoeuropeanista, sin ser nazi.

1. Curioso individuo, el tal Momigliano, un fascista activo en los años 30, y que se hizo demócrata a partir del momento en que Musolini tomó medidas en contra de los judíos -y que supone en Dumézil la misma versatilidad que en sí mismo. La posición de Momigliano ha sido explicitada por Marco García Quintela, Dumézil (1898-1986), Madrid, Ediciones del Orto, 1999.

2. Didier Éribon, Faut-il brûler Dumézil? Mythologie, science et politique, Paris, Flammarion, 1992.

* Conversaciones con Didier Éribon (ndt.)

26. Muerte y posteridad de un sabio

Georges Dumézil muere el 11 de octubre de 1986. De hecho, lo que lo mató fue la calumnia. Dumézil había contestado con humorismo al ataque de Momigliano, ironizando sobre la expresión « ancestros arianos » subrayada por el universitario italiano -él que había hablado de los Indoeuropeos como de sus « ancestros », y que no había empleado jamás el término ariano, en su forma auténtica Arya, sino para designar a los pueblos de la India y de Irán que se llamaban así ellos mismos. La multiplicación de los ataques a partir de 1980 lo sorprendió. Un universitario americano, Bruce Lincoln, se hizo el portavoz de las críticas de Dumézil y las generalizó, sosteniendo que todas sus teorías provenían de su amistad con Pierre Gaxotte y de las ideas de Charles Maurras. Es lo que se prepara a reafirmar en el Times Literary Supplement del 3 de octubre de 1986 con motivo de la reseña del último libro de Dumézil. Éste último recibe copia del artículo antes de su publicación y a partir de septiembre se establece un intercambio de correspondencia entre Bruce Lincoln, Daniel Dubuisson y Dumézill. En carta del 9 de octubre, Dumézil pide a Dubuisson que trate de obtener del Americano la modificación de ciertos pasajes. Pero es demasiado tarde y Dumézil recibe el aríulo ese mismo día.

Su capacidad de trabajo estaba intacta: poco antes había fundado con Georges Charachidze la Revue des études gorgiennes et caucasiennes *.

Si no ha tenido discípulos ni estudiantes de tesis doctoral, Georges Dumézil ha ejercido una influencia considerable sobre sus contemporáneos. Stg Wikander, Geo Widengren, Christian Guyonvarc'h, Louis Renou, Jan de Vries, Jacques Duchesne-Guillemin, Jean de Menasce, Marijan Molé, Emile Benveniste, Edgar Polomé, se han inspirado de sus trabajos en sus propias investigaciones y no omiten señalar los casos de tripartición funcional que van encontrando.

Por lo demás, el entusiasmo persiste. Ya se ha citado a los helenistas que se inspiran de Dumézil e introducen a Grecia en el debate1. En cuanto a la India, la obra de Dumézil alienta la investigación de Jean Naudou sobre la filosofía, de Daniel Dubuisson sobre el Narayana, inspira la de Madeleine Biardeau sobre la epopeya india y en Oxford la de Nick J. Allen. Joël Grisward abre la epopeya medieval al campo de investigación dumeziliano, y la búsqueda de material romano la continúan en Francia y en Bélgica Robert Schilling, Dominique Briquel, Jean Poucet, Frédéric Blaive y Jean-Luc Desnier. Alwyn y Brinley Rees, Claude Sterckx muestran, después de Ch. Guyonvarc'h y Françoise Le Roux, la utilidad de la comparación « estructural » dumeziliana en el universo céltico, igual que Françoise Bader, Zoé Petre, Didier Pralon en lo tocante a Grecia, mientras que Emilia Masson abre el dossier hitita. Por fin, en Estados Unidos, después de E. Polomé, Donald Ward, C. Scott Littleton, Dean A. Miller, Jaan Puhvel y Udo Strutynski ofrecen obras inspiradas en los hallazgos de Dumézil, y Gregory Nagy resuelve una pregunta planteada cuarenta y cinco años atrás por aquél: las tres tribus entre las que se repartían los Dóricos de la antigüed griega eran efectivamente trifuncionales.

Georges Dumézil no quería fundar escuela: pensaba que su investigación tenía un alcance universal. Sus manes pueden estar tranquilos. No hay escuela dumeziliana, pero sí una corrientes de múltiples caños.

27. Bibliografía selectiva

Obras esenciales de Georges Dumézil

La fecha y el editor de la edición original van, cuando viene al caso, puestos entre corchetes. Para una bibliografía completa y comentada, remitirse al libro de Hervé Coutau-Bégarie, L'œuvre de Georges Dumézil, Catalogue raisonné, Economica, 1998.

Apollon sonore et autres essais. Esquisses de mythologie, Gallimard, 1982.

Contes lazes, Travaux et mémoires de l'Institut d'Ethnologie, XXVII, 1937.

La Courtisane et les seigneurs colorés et autres essais, 25 esquisses de mythologie, Gallimard, 1983.

Le Crime des Lemniennes, [Librairie Paul Geuthner, 1924] Macula, 1998.

Déesses latines et mythes védiques, collection Latomus, vol. XXV, Bruxelles, 1956.

Les Dieux des Germains, Gallimard, 1959.

Les Dieux des Indo-Européens, PUF, 1952.

Les Dieux souverains des Indo-Européens, Gallimard, [1977] 1993.

Du mythe au roman. La Saga de Hadingus (Saxo Grammaticus, I, V-VIII) et autres essais, [PUF, 1953] Gallimard, 1997.

Le Festin d'immortalité. Étude de mythologie comparée indo-européenne, Annales du Musée Guimet, n 34, Librairie orientaliste Paul Geuthner, 1924.

Fêtes romaines d'été et d'automne, suivi de Dix questions romaines, Gallimard, [1975], 1986.

L'Héritage indo-européen à Rome. Introduction aux séries «Jupiter Mars Quirinus» et «Les Mythes romains», Gallimard, 1949.

Heur et malheur du guerrier, Aspects mythiques de la fonction guerrière chez les Indo-Européens, [PUF, 1969] Flammarion, 1996.

Horace et les Curiaces, Gallimard, 1942.

Idées romaines, Gallimard, [1969] 1986.

Jupiter Mars Quirinus I, Essai sur la conception indo-européenne de la société et sur les origines de Rome, Gallimard, 1941.

Jupiter Mars Quirinus II, Naissance de Rome, Gallimard, 1944.

Jupiter Mars Quirinus III, Naissance d'archanges, essai sur la formation de la religion zoroastrienne, Gallimard, 1945.

Jupiter Mars Quirinus IV, explication de textes indiens et latins, PUF, Bibliothèque de l'École des Hautes Études, Sciences Religieuses, n 52, 1948.

Légendes sur les Nartes, suivies de cinq notes mythologiques, Bibliothèque de l'Institut Français de Léningrad, n 11, Paris, Institut d'Études Slaves, 1930.

Le Livre des héros. Légendes sur les Nartes, traduit de l'ossète, avec une introduction et des notes de Georges Dumézil, Gallimard/Unesco, 1989.

Loki, [Maisonneuve, 1948] Flammarion, 1995.

Mariages indo-européens, suivi de Quinze questions romaines, Gallimard, [1979] 1988.

Mitra-Varuna, Gallimard, [1940] 1948.

Mythes et dieux de la Scandinavie ancienne, recueil posthume d'articles, édition établie et préfacée par François-Xavier Dillmann, Gallimard, 2000.

Mythes et dieux des Germains: essai d'interprétation comparative, Librairie Ernest Leroux, 1939.

Mythe et épopée I, L'idéologie des trois fonctions dans les épopées des peuples indo-européens, Gallimard, [1968] 1993.

Mythe et épopée II, Types épiques indo-européens: un héros, un sorcier, un roi, Gallimard, [1971] 1986.

Mythe et épopée III, Histoires romaines, Gallimard, [1973] 1990.

Mythe et épopée I, II et III, Gallimard, 1995.

L'oubli de l'homme et l'honneur des dieux, Gallimard, 1985.

Ouranos-Varuna, Essai de mythologie comparée indo-européenne, Maisonneuve, 1932.

«La Préhistoire des flamines majeurs», Revue de l'Histoire des Religions, 1938.

«La Préhistoire indo-iranienne des castes», Journal Asiatique, 1930.

Le Problème des Centaures, Annales du Musée Guimet, t. 41, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1929.

La Religion romaine archaïque, Payot, [1966] 2000.

Rituels indo-européens à Rome, Klincksieck, 1954.

Romans de Scythie et d'alentour, Payot, [1978] 1988.

Le Roman des jumeaux, esquisses de mythologie, édition posthume par Joël Grisward, Gallimard, 1995.

Servius et la Fortune: Essai sur la fonction sociale de louange et de blâme et sur les éléments indo-européens du cens romain, Gallimard, 1943.

Tarpeia. Essai de philologie comparée indo-européenne, Gallimard, 1947.

«Les trois fonctions dans quelques traditions grecques», Hommage à Lucien Febvre, Armand Colin, t. II, 1953.

Le troisième souverain. Essai sur le dieu indo-iranien Aryaman et sur la formation de l'histoire mythique de l'Irlande, Maisonneuve, 1949.

Los prefacios y otros textos « teóricos » de Dumézil han sido reunidos por Hervé Coutau-Bégarie bajo el título: Georges Dumézil, Mythes et dieux des Indo-Européens, Flammarion, 1992.

Obras sobre Georges Dumézil y su obra

Françoise Desbordes

«Le comparatisme de Georges Dumézil. Une Introduction», Georges Dumézil, Cahiers pour un temps, Jacques Bonnet et Didier Pralon (sous la dir. de), Centre Georges Pompidou -Pandora Éditions, 1981.

Georges Dumézil et Didier Éribon

Entretiens avec Didier Éribon, Gallimard, 1987.

Didier Éribon

Faut-il brûler Dumézil? Mythologie, science et politique, Flammarion, 1992.

Huguette Fugier

«Quarante ans de recherches dans l'idéologie indo-européenne: la méthode de Georges Dumézil», Revue d'histoire et de philosophie religieuse, n 45, 1965.

C.Scott Littleton

The New Comparative Mythology. An Anthropological Assessment of the Theories of Georges Dumézil, University of California Press, 1973.

John Scheid

«Georges Dumézil et la méthode expérimentale », Opus II, Rome, 1983.

Sergent, Bernard

« Paroles en oeuvre: Georges Dumézil », La Mandragore, Revue des littératures orales, n1, 1997.

Marco V. García Quintela

Dumézil, Une introduction, préface de Christian J. Guyonvarc'h, Editions Armeline, 2001.

Obras de Georges Dumézil publicadas en castellano

Del mito a la novela: La saga de Hadingus (Saxo Gramático, I v-viii) y otros ensayos por Georges Dumézil, [F.C.E. México, 1973], Madrid, F. C. E. de España, 1993.

Los dioses de los indoeuropeos, por Georges Dumézil [Traducción de María Hernández], [Barcelona: Seix Barral, 1970 (Bibl. breve, ciencias humanas ; 298)], 1971.

Los dioses soberanos de los indoeuropeos por Georges Dumézil; traducción: David Chiner, Barcelona, Herder, 1999.

Tratado de historia de las religiones, Prefacio de Gorges Dumézil, traducción de Tomás Segovia, México, Era, 1972.

Mito y epopeya, por Georges Dumézil; [traducción del francés de Eugenio Trías] : Seix Barral, Barcelona, 1977.

Mito y epopeya, por Georges Dumézil; traducción de Sergio René Madero Báez, México, Fondo de Cultura económica, 1996.

La cortesana y los señores de colores : esbozos de mitología, por Georges Dumézil; traducción de J.A.Castell, Fondo de Cultura económica, México, 1989.

El destino del guerrero: aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos, por Georges Dumézil, traducción de Juan Almela, México, Siglo XXI, 1971.

Los dioses de los germanos: ensayo sobre la formación de la religión escandinava, por Georges Dumézil, traducción de Juan Almela, México, Siglo XXI, 1973.

Escitas y oscetas: mitología y sociedad, por Georges Dumézil, traducción de Juan Almela, México, Fondo de Cultura económica, 1990.

Nostradamus, Sócrates, por Georges Dumézil, tr. Juan Almela, México, Fondo de Cultura económica, 1989.

Bernard Sergent, La homosexualidad en la mitología griega; prefacio de Georges Dumézil; [traducción, Alberto Clavería Ibañez], Barcelona: Alta Fulla, 1986.

La patria de los Indoeuropeos: ¿una *Urheimat* ártica o circumpolar?

Sebastian J. Lorenz

El hábitat ártico o circumpolar.

Por lo que se refiere al lugar de formación de la etnia indoeuropea, difícilmente se puede hacer abstracción de la tradición religiosa que sitúa con insistencia en el "extremo norte" el origen del urvolk (pueblo originario). En las culturas célticas, germánicas e indo-iránicas se ha conservado el recuerdo de un hábitat ártico o circumpolar, frecuentemente descrito con expresiones como las "islas al norte del mundo", el "país de los hiperbóreos", el "país de la larga noche", etc. También muchos autores clásicos mencionan un hogar ancestral situado en zonas septentrionales (Thule, Hiperbórea, Atlántida).

El "mito polar" como origen de un humanidad superior se inauguró en fecha temprana en torno a la mitad del siglo XVIII. El astrónomo Jean-Sylvain Bailly estudió unas tablas astronómicas indias, demostrando que las mismas no podían reflejar las latitudes de la India, pero que eran conformes con una latitud septentrional, concluyendo entonces que en dicha localización "distintas lenguas pudieron nacer de la lengua maternal y primitiva". Bailly escribió que «es algo muy notable que la iluminación parezca haber llegado del Norte, en contra del prejuicio común de que la Tierra fue iluminada a medida que se poblaba, de Sur a Norte. Los escitas (nombre con el que entonces se designaba a los arios indo-iranios) son una de las naciones más antiguas; los chinos descienden de ellos. Los propios atlantes, más antiguos que los egipcios, descienden de ellos».

Entonces, el místico astrónomo halló indicios de las siguientes etapas de grandes migraciones raciales en las mitologías de Egipto, Siria, China y hacían referencia a una latitud ártica, lejos del norte de Persia, concluyendo que las distintas leyendas conservaban la memoria racial de un origen el extremo norte y de las migraciones hacia el sur. Fue precisamente en Asia central donde se detuvo su avance, conservando los elevados conocimientos de sus antepasados pero ya sin poder comprenderlos e interpretarlos, lo cual les condujo irremisiblemente al estado de barbarie que después sufriría toda Europa. A partir de aquel momento, la aparente erudición de Bailly y, sobre todo, su originalidad, hizo posible la difusión en círculos culturales de sus teorías sobre la patria polar y la primera migración asiática.

William Warren fue el continuador de la teoría del origen polar de la humanidad (El paraíso encontrado): «La cuna de la raza humana, el Edén de la tradición primitiva, se encontraba en el Polo Norte, en un país que quedó sumergido con el Diluvio». Para él, cristiano creacionista, los primeros hombres fueron los más nobles, sumiéndose en un estado de salvajismo después del diluvio, abandonando su patria polar –entonces agradable e, incluso, cálido y luminoso- para buscar su exilio en el norte de Asia –caracterizada por una fría semi-oscuridad-, lugar en el que el cielo les pareció más inclinado de lo que ellos habían conocido porque la estrella del norte ya no reinaba en lo más alto y pensaron que, en lugar del cambio geográfico de su residencia, era la Tierra la que se había desplazado, lo que propició la gradual pérdida del conocimiento científico y astronómico que un día les habían transmitido sus antepasados polares.

Un siglo más tarde, el indio Lokamanya Bal Gangadhar Tilak (El hogar ártico en los Vedas), basándose en una serie de tratados y rituales védicos (el Devayâna y el Pitriyâna) llegaba a conclusiones todavía más radicales, que explicaban una división del año en dos partes, una indeterminada y otra clara, como en las regiones polares donde se conoce un día y una noche de seis meses cada una (seis meses de claridad y seis meses de oscuridad, como en las regiones septentrionales). Tilak creía sinceramente que los textos indios antiguos apuntaban de forma inequívoca a un "reino de los dioses" donde el sol salía y se ponía una vez al año, fenómeno que sólo podía comprenderse situándolo en las condiciones astronómicas en las que se desenvuelve el Polo Norte. En el Mahâbharata, por ejemplo, se considera conveniente aguardar la muerte hasta que "el sol se dirige hacia el norte" después del solsticio de invierno que marca el inicio del Devâyana, aunque en su origen ésta debía comenzar en el equinoccio de primavera cuando el sol resplandece para inaugurar su día polar de seis meses.

Ya se especuló con anterioridad que el Avesta informa igualmente de que, en la patria originaria de los arios, el invierno contaba con diez meses, mientras que el verano sólo contaba con dos. Para desarrollar su tesis, Tilak recurría también a numerosos mitos griegos, romanos, eslavos, avésticos e indios, que mencionaban todos ellos una estancia primitiva circumpolar caracterizada por una noche interminable, en la que los extranjeros conquistadores de la India debieron tener su primer hogar –en un lugar correspondiente al polo ártico actual o en una región muy próxima-, región desde la que fueron expulsados naturalmente por el cataclismo que debió suponer la última glaciación.

Las teorías de Tilak fueron desarrolladas por el pensador zoroástrico H.S. Spencer (El ciclo elíptico ario) que rastreó las migraciones de los arios desde el Norte hacia sus nuevos hogares y el nacimiento de los cismas en su pensamiento, especialmente en las corrientes persa e india. La causa fue la extensión, después de una plácida era interglaciar, de una edad de hielo propagada por una inundación glacial hacia el 10000 a.c., uno de los numerosos cataclismos naturales que acabaron

con las más antiguas civilizaciones de la Atlántida, Lemuria y la Isla del mar de Gobi, cayendo entonces los arios en un estado de esclavitud ante las razas indígenas de Asia hasta que pudieron liberarse del yugo e imponerse a sus rivales desde su nuevo imperio de Bactriana.

G.M. Bongar-Levin y E.A. Grantovskyj también consideran que las tradiciones indo-arias remiten a un patrimonio mitológico común donde el Norte ocupa un lugar primordial. El prehistoriador Frank Bourdier considera que las lenguas indoeuropeas «fueron habladas, en el origen, por un pueblo que se agitaba en las regiones circumpolares, utilizando tanto para la ganadería como para la caza a una organización jerarquizada». Por su parte, Ch. J. Guyonvarc concluye diciendo que «los acontecimientos más cargados de consecuencias para la historia de la humanidad se produjeron fuera de los límites accesibles de la propia historia, hace cuatro o cinco milenios quizás, cuando masas conquistadoras hablando lenguas emparentadas dejaron, por razones que nunca conoceremos, una región del norte de la Eurasia que es preferible no localizar sobre un mapa con excesiva precisión».

La tesis del hábitat circumpolar debe ponerse en relación con la glaciación de Würm, que comienza a partir del año 70000 a.c, situándose el núcleo activo de la desglaciación entre el 12000 y el 9000 a.c., período en el que se certifica una presencia humana en el Norte, o incluso antes, desde el 15000 a.c. –existen restos arqueológicos de diversas culturas en Noruega, Suecia y Dinamarca-. La fundición de los hielos y el calentamiento climático que se produjo a partir de esas fechas, en combinación con la más tardía difusión de las prácticas agrícolas, se tradujo necesariamente en una explosión demográfica y en la colonización de territorios antes inexpugnables para el hombre nórdico. Como causas de las glaciaciones se cita, entre otras, las que recurren a grandes catástrofes (sísmicas, atmosféricas, cósmicas, etc) que pudieron provocar una modificación del ángulo de inclinación de la Tierra en relación con su órbita, lo que, en consecuencia, produjo un desplazamiento de los polos. La mayoría de las tradiciones indoeuropeas –como también las orientales- han conservado el recuerdo de cataclismos de este tipo, que luego se asocian al advenimiento de un "gran invierno" o de una "noche cósmica perpetua". Lo cierto es que, como se ha visto anteriormente, durante la última glaciación se produjo el fenómeno de despigmentación que originó la aparición del tipo nórdico de cabellos y ojos claros.

El misterio hiperboreal

La cuestión del origen o de la patria ancestral de los indoeuropeos no puede resolverse con los planteamientos históricos o etnográficos tradicionales, para los que un pueblo comienza su existencia sólo cuando entra en contacto con el mundo civilizado. La antropología, la arqueología y la lingüística nos permiten dar un paso atrás. Pero resulta imposible ir más allá de los restos visibles al ojo humano sin recurrir a las leyendas que se utilizan para justificar el mito fundacional de los pueblos. Un hueso, una espada o un símbolo escrito, son susceptibles de una

explicación racional y, en consecuencia, forman parte de la dimensión humana. Un origen remoto y legendario sólo puede interpretarse en relación íntima con la divinidad. Esa huida de lo humano y la obsesión por encontrar una ascendencia divina han provocado, con inusitada frecuencia, el surgimiento de ideologías que resaltaban la soberanía real, la nobleza medieval, la clase dirigente y, por último, la raza superior.

Dentro del mito nórdico tiene especial relevancia la creencia en una tierra maravillosa, origen de nuestro mundo, la isla blanca, al norte del océano también blanco, en donde se encuentran los hombres de un blanco transparente y centelleante, llamada Hiperbórea o Thule para los griegos, y que estaría situada en algún lugar del norte de Europa. Todas las mitologías de los pueblos antiguos hacen referencia, con distintas denominaciones, a una nostálgica isla del norte. De hecho, las regiones pre-árticas, como Islandia, Groenlandia (tierra verde) y Baffin, debieron estar pobladas durante el último período interglaciar –entre el 80000 y el 8000 a.c.-, con un clima y una vegetación muy similares al de los bosques centroeuropeos. Precisamente, las leyendas celtas los hacían venir del noroeste, lo que podría situar su tierra originaria en zonas próximas a estas grandes islas circumpolares. Y, tal vez por ello, René Guenon identificaba a los antepasados de los celtas como el nexo de unión entre la Atlántida e Hiperbórea (más allá del viento boreal).

Entonces, los hombres del norte son vistos, en la tradición avéstica, como "nobles extranjeros" (los "arya"), que se adaptan a otras condiciones de vida y que combaten a los pueblos dravídicos de color oscuro (dasa-varna). Según el Avesta iranio, el país original y místico (Ariyanem Vaejah) fue recubierto por el hielo y la nieve, trayendo el frío duro y destructor, fundiendo el mundo con inviernos de desgracia. Las descripciones de cataclismos por agua, hielo o fuego son comunes en los textos sagrados y mitológicos, recuerdos de catástrofes que cierran el ciclo de una hipotética humanidad anterior. En esas condiciones, los hiperbóreos debieron emigrar por imperativo de las leyes de la supervivencia. La última glaciación terminó hacia el 9000-8000 a.c. Antes de esas fechas, en pleno período glaciar, las regiones árticas debieron ser inhabitables y diversas olas migratorias partirían en todas las direcciones buscando una tierra de acogida que, sin embargo, deberían conquistar a las poblaciones autóctonas a través del ejercicio de la guerra.

De Hiperbórea, según Julius Evola, los pobladores boreales se dirigirían principalmente en dos direcciones: la primera, del norte hacia el sur y, posteriormente, del oeste hacia el este. Alcanzarían así América del Norte y las regiones septentrionales de Europa y Asia. Una segunda oleada descendería por el continente americano, concentrándose en una sola región, la desaparecida Atlántida, y creando una civilización nórdico-atlántica. Las últimas oleadas alcanzarían el centro, el este y el sur de Europa, así como el norte de África (Libia, Egipto) y a buena parte del continente asiático (China occidental, India, Pakistán,

Afganistán, Irán). Estos procesos migratorios de los pueblos nórdicos, producidos a través de grandes olas, con flujos y reflujos, con aportaciones de otras razas aborígenes, con superposiciones entre pueblos del mismo origen nórdico, dieron lugar, por irradiación, a diversas civilizaciones en las que el linaje nórdico se erigiría en la élite dominadora.

Sobre la cuna donde se forjó física y anímicamente la raza nórdica, Alfred Rosenberg retomó la leyenda atlántica, imaginando las cimas de cadenas montañosas repentinamente hundidas, en cuyos valles se habrían originado antaño culturas anteriores a las catástrofes que sufrieron. La geología delinea bloques que fueron de tierra firme entre Norteamérica y Europa, cuyos restos actuales son Groenlandia e Islandia. Fundamentándose en las teorías ártico-polares de Wirth, el filósofo nazi cree probable que el Polo Norte sufriera un desplazamiento, antes del cual en el ártico habría reinado un clima más templado, sobre el que una raza creadora habría engendrado una vastísima cultura, enviando a sus hijos hacia el exterior como navegantes y guerreros.

Sin comprometerse con la existencia de un continente atlántico hundido, asegura que hay un nexo común a todas las migraciones de las razas nórdicas que es el "mito solar", el cual sólo habría podido surgir en un lugar donde la aparición del sol hubiera constituido una profunda vivencia cósmica, esto es, en el lejano Norte. Los arios son los portadores del mito solar y, de ahí, surge también el símbolo solar de la esvástica. Son pueblos del norte porque allí el espectáculo del sol es, además de excepcional, realmente impresionante. El mito solar se opone a los mitos de la noche de las razas oscuras. Rosenberg escribe que «la experiencia mítica es clara como la blanca luz del sol». La fuerza mítica del sol, su luz y su calor, formaron el arquetipo ario, el pueblo fundador de la civilización, la forma más evolucionada de la sangre. De esta idea, Rosenberg extrae varias conclusiones: la primera, la creación y dominación civilizadora por la sangre; la segunda, la preservación de la sangre, es decir, el honor, porque «entre el amor y el honor, el ario optó por el honor de su raza».

De ese centro nórdico, un enjambre de guerreros nórdico-atlánticos se trasladarían por mar en sus "barcos en forma de cisne o de dragón" hasta el Mediterráneo y el norte de África, y por tierra hasta el Asia central y el norte y el sur de América. Los antiquísimos recuerdos ario-atlántidos de indios y persas mencionan un día y una noche que duran seis meses cada uno, lo que constituiría la prueba evidente de una patria nórdico-polar. El brote nórdico, pues, aparece ya en el Egipto predinástico, en el pueblo señorial de los amoritas, los bereberes nómadas, los kabilios cazadores, los libios barbados de ojos azules, aunque en la actualidad constituyan ya –según Rosenberg- una mixovariación entre atlántidos y la primitiva población negroide. Los citados amoritas fundarán Jerusalén y formarán la capa nórdica en la posterior Galilea ("comarca de los paganos"), de la que un día surgiría Jesucristo. Continúa Rosenberg diciendo que nada puede

modificar «el único gran hecho de que el sentido de la historia mundial», irradiando desde el norte, se ha extendido por toda la tierra, portado por una raza rubia de ojos azules que, en sucesivas oleadas, determinó, «el rostro espiritual del mundo», aun allí donde tuvo que sucumbir.

Ésta es también la tesis del holandés Hermann Wirth, de quien hablaremos más adelante por su relación con la Ahnenerbe-SS, en su obra "Aurora de la Humanidad", en la que justificaba los mitos nórdicos e indo-iranios en la creencia del origen polar de los pueblos septentrionales: hacia el año 20000 a.c. una gran raza blanca unitaria, con símbolos solares –la esvástica- y provistos del hacha de guerra, habría abandonado las regiones nórdico-árticas por resultar inhabitables a causa de la glaciación, emigrando hacia el sur –Europa, América, Asia- y hacia una tierra, hoy desaparecida, situada al norte del Atlántico. Pero lo que habría hecho inhabitables las regiones árticas no era el simple enfriamiento de la Tierra, sino el desplazamiento de los continentes y la desviación de los polos, siguiendo la teoría geológica de Alfred que venía dictada por dos fuerzas, la fuga de los Polos (Polfuchtkraft) y el avance continental hacia el Oeste (Westwanderung) causadas por la rotación de la Tierra.

Esta es, desde luego, la ubicación clásica de la perdida Atlántida, que ha contado con innumerables hipótesis geográficas hasta que Jürgen Spanuth hizo públicas sus investigaciones: el punto de partida ha de situarse en el norte de Alemania o en la Escandinavia meridional, lugar donde confluyen el Elba, el Weser y el Eder, ríos cuyos cursos, según confirma la geología, fueron drásticamente modificados por grandes catástrofes coincidentes cronológicamente con las que provocaron la ruina de la Creta minoica, asolaron el Imperio Hitita y devastaron la Grecia micénica. Por todo ello, Spanuth llegó a afirmar, apoyado en incontestables pruebas arqueológicas, que la isla alemana de Helgoland (tierra sagrada) frente a la costa danesa (península de Jutlandia), parcialmente desaparecida bajo las aguas del mar del Norte, se correspondía exactamente con la descripción que Platón hace de la antigua Basileia, capital del reino de los atlantes.

Desde aquel lugar, esa raza primigenia se trasladaría sucesivamente, en el paleolítico, hacia Europa y África, llegando al Mediterráneo y fundando un ciclo de civilizaciones propiciadas por el contacto y la mezcla con las poblaciones ribereñas, tales como los iberos, ligures, etruscos, pelasgos, libios y egipcios. Las llamadas invasiones de los "pueblos del mar", cuyas tribus principales de los "feres", los "saksar" y los "denen" serían los ancestros de frisios, sajones y daneses, arrasaron el civilizado mundo mediterráneo, alcanzado el Oriente Próximo. Y nuevas oleadas seguirían su avance por el Cáucaso hasta llegar a la India y a China.

El resultado de este mestizaje entre la raza hiperbórea y las razas neolíticas autóctonas, regeneradas progresivamente por la irradiación de troncos más antiguos y racialmente intactos de los nórdicos, daría como producto final a los llamados indoeuropeos (arios o indogermanos para la historiografía clásica), familia común

de la que los germanos, por hallarse aislados geográficamente cerca del lugar de origen y no contaminados racialmente, serían los más puros representantes de aquella raza nórdica de origen divino. Para los seguidores de estas teorías, la sub-raza aria actual sería un producto del mestizaje entre los supervivientes nórdico-polares, hiperbóreos y atlantes. Los primeros seres pertenecerían a una raza extraordinaria de gigantes que fueron degenerando hasta dar lugar a las razas citadas. Las otras razas no-nórdicas, no serían el resultado de la evolución de los simios, sino una degeneración de los humanos superiores.

Los Indoeuropeos y los origenes de Europa

de Francisco Villar

Desde hace siglos la gente culta sabía que el latín y el griego eran lenguas emparentadas entre sí, y con ello seguían la opinión ya corriente en la época clásica; la leyenda y la superioridad literaria del griego hacían, además, de éste el padre de aquél. Pero hace doscientos años la familia se amplió, en forma de gran fraternidad, al incluirse en la nómina a las lenguas germánicas y al sánscrito. Fue el origen de la lingüística comparada y de la lingüística histórica, nuevos campos que enriquecieron los estudios filológicos.

Los creadores fueron un ramillete de sabios en su mayoría alemana (Bopp, J. Grimm, W. Humboldt, F. Schlegel) y un danés (Rask). Fueron ellos los que hablaron por primera vez de una lengua común, anterior a las conocidas históricamente, lengua que después de muchas vacilaciones llamaron indogermánico, indoeuropeo y también ario. La búsqueda de ese idioma ancestral no sólo era un asunto gramatical, sino que obligaba a preguntarse por los hombres que lo utilizaban y su lugar de origen. Así, la filología ofreció un nuevo tema a la historia, en este caso a la arqueología. Ya no se trataba solamente de una lengua, sino también de un pueblo. Y de ahí que el término "indoeuropeo" tenga hoy ese doble significado.

La preferencia por la designación "ario", durante un tiempo, se justificó creyendo que era la forma en que se llamaban a sí mismos sus hablantes (como ahora los iranios) y la prueba estaba en que se mantenía en las "áreas laterales" del territorio que ocuparon (Irán-Irlanda); el significado de "señor" y las teorías, entonces dominantes, de un origen nórdico de este pueblo (rubio, alto, de ojos azules) se convirtieron en una de las plataformas del pensamiento racista (que llegó a su extremo con los nazis). En la actualidad sabemos que ni la correlación Irán-Irlanda es cierta, ni el lugar de partida era el norte de Europa ni la palabra "ario" era

indoeuropea con toda seguridad (se puede tratar de un préstamo de una lengua semita). Así que no disponemos ya de este posible nombre endoétnico ni de ningún otro del mismo tipo genérico.

Durante todo el siglo XIX se fue consolidando una metodología, tanto en lo lingüístico como en la arqueología, para sentar sobre bases seguras los nuevos conocimientos. Surgió además una ciencia intermedia, la Paleolingüística o Arqueología lingüística que alcanzó la primacía sobre las otras especialidades implicadas. La metodología lingüística dio a luz a varias leyes: la ley de Grimm, luego llamada de Rask-Grimm (rotación de las consonantes oclusivas, en alemán "Lautverschiebung", que explica el diferente consonantismo del germánico y el latín, y luego del primero con el indoeuropeo); la ley de Grassmann (disimilación de las consonantes en caso de reduplicación, como en griego, fenómeno que no ocurriría en la lengua común); la ley de las "áreas laterales" ya mencionada (que da consistencia a elementos lingüísticos iguales en lenguas derivadas cuando éstas hace tiempo que perdieron contacto); y la ley del "área mayor" (concerniente sobre todo a la fonética, y en especial al vocalismo, que prioriza los datos extraídos de un grupo mayoritario de lenguas derivadas, sobre la minoría).

La arqueología lingüística trabajaba especialmente en el aspecto semántico, buscando correlaciones entre términos geográficos, botánicos y zoológicos, y el posible lugar de origen de los primeros indoeuropeos. Los arqueólogos puros, por su parte, se lanzaron a explorar lugares hasta entonces pobres en testimonios (zona báltica, sur de Rusia, Danubio). De todo ello, en una fase que llega hasta el siglo XX, se extraen ya ciertas conclusiones: división en dos grupos (centum y satem, según se palatalicen o no las consonantes sordas), el primero occidental, el segundo oriental, como resultado de las migraciones del II Milenio; lugar de origen aún hipotético, pero con preferencia por el área europea; mayor cercanía al lenguaje original del sánscrito y el griego por la existencia del vocalismo o/e, previo al vocalismo en "a" (suponiendo que hubiera sólo cuatro vocales, que algunos lingüistas redujeron incluso a una sola, todo ello en contraste con el vocalismo de las lenguas derivadas, que suele ser de diez entre largas y breves). El optimismo subsiguiente a estas conclusiones llevó incluso a intentar la reconstrucción del "indoeuropeo" traduciendo sencillas fábulas.

El descubrimiento sensacional de las lenguas anatolias (hitita y luvita, y sus derivados cario, lidio y licio), que presentaban un mayor arcaísmo que el sánscrito, revolucionó los conocimientos y trajo consigo nuevas teorías: alteración de la cronología (que penetra más allá del II Milenio), cambios de localización del espacio común inicial (Anatolia, Cáucaso, y, después de las investigaciones de María Gimbutas acerca de la cultura de los "kurganes", las estepas del sur de Rusia, hoy todavía la hipótesis de mayor credibilidad), y, sobre todo, aceptación de la existencia de varios "indoeuropeos" comunes, correspondientes cada uno de ellos al momento previo a cada una de las migraciones.

Con todo ello ya se podía dar una imagen más o menos aproximada de lo que era el "fenómeno" indoeuropeo: un pueblo poco numeroso en sus inicios, de raza blanca, consolidado en una zona al norte del mar Negro, agrícola y ganadero, conocedor del caballo (en principio sólo como animal de tiro), con estructura social patriarcal, poco original en lo artístico, creador de una lengua más capaz que sus coetáneas para expresar pensamientos abstractos y complejos mediante una estructura gramatical rica en flexiones verbales y nominales, temeroso de los dioses celestes, se lanza en oleadas separadas por milenios (quizá la inicial estaría en el V Milenio) ocupando otros territorios (Danubio, Anatolia) desde los cuales, a su vez se reiniciaría el camino hacia los extremos, tanto occidental (España) como oriental (India, Turquestán chino en el caso del tocario). Un segundo estrato se superpondría más tarde y, probablemente un tercero hasta llegar a los albores del primer milenio. En realidad, el proceso continuó más tarde (invasiones germánicas) y se ha convertido en mundial cuando los descendientes de aquellos pocos indoeuropeos comenzaron la conquista del planeta desde el siglo XVI.

Los territorios de arribada no estaban vacíos. Las poblaciones preindoeuropeas, en algunos lugares muy poco densas (Europa occidental y septentrional), en otros más numerosas (Creta, Próximo y Medio Oriente), recibieron el nuevo o nuevos sustratos en condiciones de inferioridad (no conocían el caballo ni tampoco más tarde el hierro); por ello se produjo una aculturación de tipo indoeuropeo, con préstamos lingüísticos, técnicos, religiosos y artísticos de los sometidos que, a la larga, fundirían en un sólo pueblo los distintos componentes, pero con impronta final indoeuropea. Por ello no cabe hablar, en esta fase ya temprana, de características físicas determinadas, como se había hecho antes, si bien no se puede negar que dentro de la raza blanca, los pueblos de origen indoeuropeo contienen un índice mayor de individuos prototípicos (los antiguamente llamados jafetitas) nórdicos o caucásicos.

La enumeración de todas las etnias que ya en tiempos históricos se pueden identificar como indoeuropeas resulta abrumadora: celtas (o galos), germánicos, eslavos, itálicos, ilirios, dacios, tracios, helenos, anatolios, persas, medos, indios, tocarios, ramificados a su vez desde la protohistoria. Nosotros, producto de la fragmentación de esas variedades, representamos más de un centenar de pueblos actuales. Y si hubiera que seleccionar uno de ellos como el que mejor conserva los elementos originarios de tipo lingüístico, la elección recaería en los lituanos (que entre otras cosas aún poseen una compleja flexión nominal).

La lingüística comparada no se ha conformado con llegar a explicar el indoeuropeo. Partiendo de una hipótesis poco lógica, pero que se ha mantenido como creencia firme en el ámbito judeo-cristiano, la de una primitiva lengua común de toda la humanidad (o al menos de la raza blanca), se ha intentado, a su vez, integrar al indoeuropeo en un conjunto mayor que agruparía, junto con él, a las lenguas semíticas y camíticas. Hay quien ha visto paralelismos significativos con el

coreano, el chino, el aino del norte del Japón y con las lenguas polinesias, paralelismos estructurales y no sólo de léxico (que es de fácil intercambio entre lenguas distintas).

De entre todas las propuestas, la que más fortuna ha tenido ha sido la que afirma la vinculación, en una lengua anterior común, de indoeuropeos, semitas y camitas; por coincidir los tres en el espacio del antiguo Mare Nostrum se le ha llamado "nostrático" y sus propulsores han sido investigadores rusos. Y lo mismo que sucedió el siglo pasado con el indoeuropeo, se ha intentado asimismo "construir" textos en base a lo que se supone era tal lengua.

El autor, que ya por los años 70 hizo una primera aportación de envergadura al tema (única síntesis en español) con su libro "Lenguas y pueblos indoeuropeos", parcialmente revisado ahora y, en algunos aspectos invalidado (por aquel entonces Villar suscribía la tesis de un indoeuropeo convergente, esto es, producto del contacto entre lenguas vecinas, y dudaba de la existencia de la unidad previa), es, como Rodríguez Adrados y antes Antonio Tovar, uno de los investigadores más prestigiosos a escala internacional, y no se limita a exponer el estado de la cuestión, sino que realiza significativas aportaciones tanto en el terreno de las estructuras lingüísticas como en la problemática indoeuropea de la Península Ibérica.

Apoyándose en las opiniones de otros investigadores actuales, que hablan de una "vieja Europa" para referirse a una fase (allá por el V Milenio) primigenia de expansión indoeuropea, encuentra la clave del elemento lingüístico diferencial (respecto al indoeuropeo "clásico" posterior) en el vocalismo: habría cuatro vocales, con ausencia de las alternantes (temáticas) e/o y presencia clara de la "a", al revés de lo que sucedió en la fase siguiente (tan bien representada por el griego). Esta afirmación, de base lingüística (tras el análisis de las lenguas derivadas más antiguas), se complementa y sirve como explicación para algo que hasta ahora carecía de ella: la abundancia de hidrónimos con ese vocalismo en la Europa central y occidental al menos y que, a pesar de tener raíces indoeuropeas, no encajaban en el sistema aceptado habitualmente.

Como sabemos ya que los nombres de los ríos son quizá de los que más se conservan a pesar de los cambios lingüísticos sobrevenidos (aunque pronto dejan de ser "parlantes") para Villar se trataría de un decisivo "testigo" de aquella lengua luego subsumida en las posteriores fases de expansión en una variante nueva del indoeuropeo. Así tendríamos no uno, sino dos y posiblemente más estratos de esta procedencia que nos introducirían en el momento de la difusión de la revolución neolítica. Fueron precisamente estos primeros indoeuropeos los que trajeron la agricultura a nuestro continente?

Esta explicación también sería útil para resolver ciertos problemas que plantea el fenómeno indoeuropeo en España. La cronología de éste en la Península Ibérica suele coincidir con la llegada del primer milenio, y el pueblo concreto que vino fue el celta; su expansión es conocida, teniendo sus límites en el valle del

Ebro, zona litoral levantina, parte de Andalucía y varios núcleos del norte (celtas y celtíberos, por supuesto, son dos nombres que identifican al mismo pueblo y cultura, sin ninguna diferencia real). Pero lo primero que no encaja (si nos atenemos a topónimos y a los breves testimonios que han quedado) es la pertenencia de los lusitanos a este pueblo celta, pues, aun siendo su lengua de vocalismo o/e, no pierde la oclusiva sorda (cuando esto es una constante en la lengua celta y ha persistido en la evolución del latín al castellano la degradación de la sorda en sonora, e incluso posteriormente la desaparición de ésta si es intervocálica); son abundantes los ejemplos tanto en gutural como en labial. La conclusión es clara: se trataría de una oleada anterior a la céltica y habría que situarla en el segundo milenio.

Pero la cosa no acaba aquí. Observando, como en el caso europeo, la hidronimia (y en parte la toponimia general) Villar encuentra numerosísimos ejemplos de temas indoeuropeos con vocalismo en "a" (y ausencia por tanto de o/e) que desborda el área tradicional de presencia céltica y lusitana, llegando hasta el litoral mediterráneo; se apoya en términos como Pallantia y Páramo como los más representativos (así se explica el nombre del río saguntino, tan parecido al de la ciudad castellana). La coincidencia arqueológica se establece con los llamados "campos de urnas"; así este sería, según Villar, el pueblo que introdujo tal rito funerario. En este caso, sin embargo, cabe cuestionar su deducción si tenemos en cuenta que la cronología que se da a esos restos es bastante reciente, de principios del segundo milenio, y por ellos sería más pertinente establecer la relación de los "urnenfelder" con los lusitanos.

Denso y exhaustivo, este libro es una magnífica panorámica que del conocimiento del problema indoeuropeo se tenía en 1991, fecha de la edición. Salvo discrepancias de orden secundario, parece que hoy por hoy existe ya un consenso científico amplio en los términos que el texto expresa. Pero no queda por ello cerrado el tema, pues bien la arqueología o bien el desciframiento y mayor comprensión de restos escritos pueden abrir otro proceso ascendente en el conocimiento de las raíces históricas de gran parte del viejo mundo. Esperemos que ahí esté de nuevo Francisco Villar para contárnoslo con tan inspirada prosa como aquí lo ha hecho.

Los Indoeuropeos. Orígenes y migraciones

de Adriano Romualdi

«No puede decirse que el problema indoeuropeo sea muy popular en la Europa de hoy». Con esta afirmación, tan válida hoy como cuando fue escrita hace tres décadas, arranca el trabajo que publicó Adriano Romualdi a modo de introducción de la edición italiana de la obra de H.F.K. Günther, *Frömmigkeit nordischer Artung**. Y la gran cantidad de publicaciones sobre esta cuestión, que ronda las 2.000 anuales (Mallory 1989, 278), no ha servido para mejorar el conocimiento del público europeo en general sobre ella.

Entre los múltiples objetos de investigación dentro del mundo de los estudios indoeuropeos, dos de los más antiguos y que mayores discusiones han levantado son los referentes al área originaria donde el pueblo indoeuropeo (el *Urvolk*) habló su lengua (la *Urheimat*) y la naturaleza étnica de dicho pueblo. Y a esta cuestión está dedicado el libro que nos ocupa, libro que, sin duda, sorprendería a más de un especialista español, si es que cayese en sus manos (cosa harto improbable, creemos), y ello a causa de que la abrumadora mayoría de especialistas españoles en esta cuestión que son casi en su totalidad lingüistas, junto con algún arqueólogo o algún autor especializado en el estudio de las religiones comparadas, aceptan la teoría del origen asiático de los indoeuropeos, en la versión conocida como la «teoría de los kurganes». En efecto, para Romualdi la cuestión indoeuropea debe salir de los departamentos universitarios y las reuniones de especialistas, porque «el problema indoeuropeo se nos presenta como el problema del origen de Europa» y porque «la idea nórdica... aspira a constituir una *weltanschauunglicher Stosstrup* que nos señale qué es lo que somos y qué es lo que debemos querer». Y hemos leído bien: la idea nórdica, porque el libro de Adriano Romualdi constituye una reelaboración de la teoría que sostiene que tanto la *Urheimat* como el *Urvolk* se habrían localizado en el área de la llanura germano-polaca entorno al Báltico y al mar de Norte.

A lo largo de los cinco capítulos de que consta el libro, y con un estilo que mantiene constantemente el interés del lector, expone las argumentaciones que avalan esta tesis desde los campos de la filología y la etnología (capítulo I), la arqueología (capítulos II y III) y la antropología física (capítulos IV y V), a los que se añade un apéndice sobre los orígenes de la lengua latina. En los capítulos II y III critica con acierto las posiciones que habían mantenido hasta ese momento los defensores de la tesis kurgán, en especial Marija Gimbutas, o de la teoría que identificaba a los indoeuropeos con la cultura de la cerámica de bandas del primer

neolítico centroeuropeo, cultura de evidente origen meridional, como Pedro Bosch-Gimpera. Romualdi sostiene el carácter protoindoeuropeo de las poblaciones de la la cultura septentrional, mesolítica o del primer neolítico, de Erteböll e y el carácter ya indudablemente indoeuropeo de la cultura que la sustituye y que hunde sus raíces en ella: la cultura neolítica de los vasos de embudo. Ésta, a su vez, se transformará en la denominada cultura de las ánforas globulares y de la cerámica de cuerdas, que son las que durante el neolítico final protagonizan la expansión hacia el este, hacia Rusia, creando las bases para las posteriores migraciones arias hacia la India y el Irán. En su exposición resulta muy clara la influencia de los trabajos de Schulz y Meyer (véase, por ejemplo los artículos de ambos en Scherer ed. 1968). Más de un milenio después, entre el 1400 y el 1200 BC un segundo estallido del área centro y nordeuropea va a llevar a los pueblos de los Campos de Urnas hasta los últimos confines de nuestro continente, consumando así su proceso de indoeuropeización. Pero las convulsiones que se producen en este periodo traspasan ampliamente las fronteras de Europa: Asia y Oriente Próximo se verán afectados por migraciones de pueblos que transformarán esos territorios para siempre. Es la época de la *grosse Wanderung* y de la *pontische Wanderung* de Heine-Geldern.

Pero la determinación de la *Urheimat* ya había sido estudiada en el primer capítulo desde los enfoques etnológicos y, sobre todo, lingüísticos. En el campo de la etnología Romualdi subraya, siguiendo a Fritz Flor, la vinculación de las tradiciones y costumbres indoeuropeas con los pueblos urálicos y su escasa relación con los altaicos, tesis que en la actualidad parece indiscutible y que apunta hacia las sedes occidentales del *Urvolk*. En cuanto a la lingüística, la argumentación sigue dos caminos. En primer lugar, y tras un repaso de los diferentes grupos y lenguas que componen la familia, analiza los resultados a los que ha llegado la paleontología lingüística a la hora de establecer las condiciones medioambientales en las que vivió la comunidad primigenia indoeuropea, estudiando con más detalles aquellos elementos (plantas, animales, características climáticas etc.) que permitirían una mayor precisión. La conclusión a la que llega es la misma que la de Thieme: una comunidad asentada esencialmente en la llanura nordeuropea. En segundo lugar, retoma la argumentación de Hans Krahe sobre el paleoeuropeo, la lengua de los hidrónimos, el estrato lingüístico más antiguo detectable en Europa, que se extiende en su área nuclear precisamente por los mismos espacios, presentando una extraordinaria superposición con el área de la cultura de los vasos de embudo.

Los dos últimos capítulos están dedicados al problema de la antropología física. El IV consiste en una caracterización de las diferentes razas presentes en el continente europeo, en la que sigue la clasificación acuñada por H.F.K. Günther, tanto desde el punto de vista físico como psíquico, tratando también el problema del origen de cada una de ellas. En cuanto al V, se consagra a la relación entre indoeuropeos y raza nórdica. Romualdi expone la presencia abrumadora de este tipo en las culturas que propone como indoeuropeas, hecho ampliamente

constatable desde el punto de vista de la antropología física, y posteriormente, en aquellas culturas surgidas de los movimientos de fines del siglo segundo, protagonizados principalmente por pueblos que practicaban la incineración de los cadáveres, como la india, la irania la helénica o la latina, ofrece un repaso exhaustivo de las fuentes que hacen referencia al aspecto físico de estos pueblos y a la imagen que tenían de sus dioses, sus héroes, de sí mismos y de su ideal humano.

Todas y cada una de ellas apunta hacia la imagen del hombre nórdico siguiendo principalmente a Sieglin y Günther, (actualmente Haudry (2001, 165 y ss.) es quizá el autor que más llama la atención sobre este hecho). No obstante, la exposición no se agota en una fría exposición de datos sino que a imagen que nos ofrece el autor del mundo indoeuropeo es la de un mundo de valores aristocráticos, en el que rigen los conceptos de honor, de mesura, de medida y, englobándolos, Orden. Un mundo que Romualdi siente como el propio de Europa. Para el autor es un deber luchar por volver a recrearlo.

Por último, el libro se cierra con un excurso sobre los orígenes del latín. En el se vincula la llegada de la lengua del Lacio a los movimientos incineradores del 1200, explicándose su posición dentro de la familia indoeuropea y resaltándose algunas relaciones muy significativas con las lenguas germánicas. Es quizás en este apéndice, dedicado a su propia tierra, en donde mejor se capte la pasión del autor por el mundo que nos ha mostrado página a página en todo el libro.

Sin embargo, la fecha de redacción de esta obra exigía una puesta al día de las argumentaciones presentadas, dado que en los últimos treinta años muchas cosas han variado en el campo de estos estudios. Así, los editores han incluido alrededor de un centenar de notas en las que se ofrece una amplia (es imposible en esta materia hablar de exhaustiva) exposición de las posiciones, ideas y planteamientos actuales en cada uno de los ámbitos estudiados en el libro, siempre sosteniendo las tesis general propuesta por A. Romualdi. Aquí no podemos dejar de citar la obra, que se menciona en diferentes notas, de C-H Boettcher (2000), que a nuestro juicio constituye la mejor obra de síntesis sobre la cuestión del origen indoeuropeo de las últimas décadas y cuya tesis coincide con la defendida por A. Romualdi. El libro incluye también ocho mapas elaborados por diferentes especialistas que ilustran muy bien la coincidencia de los datos lingüísticos con la extensión de las culturas que se proponen como indoeuropeas en la obra.

Aún básica desde el punto de vista del estudio del origen de nuestros pueblos, Romualdi no pretende simplemente escribir un libro de arqueología, no un tratado sobre «historia muerta», sino dar las correctas bases ideológicas a cualquier formulación del nacionalismo europeos, nacionalismo que tiene su razón de ser en este origen común que queda perfectamente demostrado y explicado a lo largo de toda la obra.

Si el hombre del futuro será de quien la posea, en los orígenes y migraciones de los indoeuropeos encontramos nosotros nuestra más larga memoria.